

ELIZABETH DALY

UNA DIRECCIÓN
EQUIVOCADA

se



Lectulandia

Si nos situamos en una elegante mansión inglesa, hogar de varias generaciones formadas en la Universidad de Oxford, donde de pronto alguien aparece asesinado misteriosamente, tendremos la quintaesencia de la novela policiaca clásica. Pero si resulta que los herederos estudian en Yale y la propiedad se encuentra en Nueva York, con seguridad nos hallaremos ante su distintiva variante estadounidense, creada por Elizabeth Daly en los años cuarenta.

Una dirección equivocada transcurre en Manhattan, donde el singular detective Henry Gamadge —escritor y bibliófilo experto— recibe unos extraños anónimos que parecen sugerir que algo macabro sucede en el conservador hogar de la familia Fenway... Además de su bien resuelta trama, que satisfará a los puristas del género, lo que dota de un halo especial a esta novela es su aguda mirada sobre la psicología de los personajes, pues no en vano se considera que Daly siguió la estela de Edith Wharton al ofrecer en sus obras una reveladora semblanza de la sociedad de su época.

Lectulandia

Elizabeth Daly

Una dirección equivocada

ePub r1.0

Titivillus 04.10.2017

Título original: *Arrow pointing nowhere*
Elizabeth Daly, 1944
Traducción: Raquel García Rojas
Portada: Image courtesy of the Advertising Archives
Retoque de portada: Gilba

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Capítulo uno

Una carta para Gamadge

Schenck empujó una bola de papel arrugado desde el otro lado de la mesa.

—El problema —dijo— es que no te llega el correo.

Gamadge cogió aquel gurrño y lo estiró. Resultó ser un sobre beis de buena calidad, dirigido con pulcras letras de molde al Sr. Blake Fenway, de la Setenta Este. En la esquina superior izquierda estaba impresa la dirección de un establecimiento comercial: «J. Hall. Libros raros y singulares», y a la derecha el sello y su correspondiente matasellos, fechado el 29 de enero.

Tras dirigir una breve mirada a Schenck, cuyo rostro exhibía una extraña sonrisa, Gamadge dio la vuelta al sobre. Estaba abierto y la factura, la circular o lo que fuera que hubieran enviado desde J. Hall se había esfumado; luego, al parecer, lo habían estrujado y tirado a la papelera. Pero primero, o quizá después, alguien había escrito el nombre y la dirección de Gamadge bajo la solapa, con un lapicero y de forma un tanto descuidada. Este lanzó una nueva mirada inquisitiva a su visita, bajó la vista hacia el sobre y finalmente sacó de su interior un trozo de papel satinado blanco. Parecía como arrancado de la página de una revista y contenía un mensaje anotado también a lápiz con trazos irregulares:

«SE SUGIERE PRONTA VISITA PARA EXAMINAR INTERESANTE
CURIOSA. DISCRECIÓN».

Gamadge lo releyó sorprendido. Schenck se permitió entonces soltar una carcajada; sus ojos despedían un brillo casi obscuro. Ya no era aquel investigador de seguros siempre maqueado y a la última moda de otros tiempos; ahora, como miembro respetable del FBI, vestía con el atuendo discreto y sobrio de los ciudadanos corrientes, pero en ese momento lucía su aspecto más atractivo.

—¿Quién nos está comprometiendo a mí, a J. Hall y al señor Blake Fenway de esta manera? —preguntó Gamadge.

—No lo sé.

—¿De dónde lo habéis sacado? ¿De un cubo de basura? ¿Has intercedido en mi favor delante de tus colegas?

—No andas desencaminado —respondió Schenck, pero su semblante había perdido todo rastro de jovialidad cuando señaló con un dedo extendido la prueba que descansaba sobre la mesa—. Esto demuestra que incluso un repartidor de correo

puede verse alejado de su rutina por el mero peso de las señales acumuladas. Sin embargo, desconozco cuántas de estas bolas de papel se habrán perdido: el cartero de Fenway no se percató de su existencia hasta hace una semana, pero desde entonces ha encontrado cinco. Nunca por las mañanas, siempre por la tarde, sobre las tres, cuando hace su última entrega. Y siempre en el mismo lugar, por dentro de la verja, entre las escaleras de la entrada y la puerta de servicio. ¿Conoces la casa del viejo Fenway, la que hace esquina?

—Desde luego. Un edificio independiente, separado de la calle por un patio corrido y con un gran jardín en el lado sur.

—La fachada da a la calle lateral y hay un muro de tres metros entre su parcela y la siguiente vivienda. Antes tenían ahí sus propias caballerizas, pero el cartero dice que ahora es un corredor que llega hasta el patio y el jardín. Se accede por un camino, al que se entra por una pequeña cancela, y por la puerta de servicio, que permanece abierta durante el día. Los árboles y setos que rodean la casa tienen dos metros y medio o tres de espesor y la verja, alrededor de un metro veinte de altura, pero en la zona del jardín llega hasta los tres metros y ahí hay otra puerta, ¿lo recuerdas?

—Claro.

—El viernes 22 de enero, el cartero vio la primera bola de papel mientras se dirigía por la vereda a la puerta de servicio. Estaba en el suelo, a medio camino entre la puerta y las escaleras de la entrada, y a casi un metro de la verja. Una ventanamirador doble sobresalía de la fachada por encima y un poco más atrás de aquel punto. No le prestó mayor atención y pensó que se habría caído de algún cubo cuando los basureros lo sacaban a la calle y que el aire la habría arrastrado. También se le pasó por la cabeza, sin darle importancia, que era curioso que el jardinero la hubiera dejado allí, pues la propiedad de Fenway está siempre impecable.

»Los sábados por la tarde no hay reparto, así que no vio la siguiente bola hasta el lunes. El martes vio otra, y otra más el miércoles. El jueves llegó un poco tarde a causa de la fuerte tormenta, pero allí estaba, tirada justo en el mismo lugar, otra de aquellas bolas. La nieve estaba empezando a cubrirla y, si hubiera permanecido allí más de un minuto o dos, la habría tapado por completo, aunque el viento del este se la iba quitando de encima. Era un papel resistente, como este.

»Se quedó allí de pie, con la tormenta silbándole en los oídos, preguntándose si aquello iría dirigido a él, exclusivamente, porque el viejo irlandés que cuida del lugar es como un reloj y limpia el patio delantero del edificio todas las tardes a las tres y cuarto; él mismo lo ve hacerlo cuando el reparto se retrasa. El jueves la tormenta se había convertido casi en una ventisca y quizá el abuelete decidiera retirarse hasta el día siguiente, pero los demás días habría salido justo después de que él se marchara y habría recogido cualquier resto de basura que pudiera quedar en el jardín. Empezaba a pensar que había demasiadas coincidencias. Se agachó, cargado como iba con la cartera, el paraguas y todo lo demás, y cogió la bola de papel. Era azul.

—No como este.

—No... Y ha habido otro ligero contratiempo, aunque no se podía esperar que el cartero se detuviera a especular mucho más cuando tenía que terminar el reparto en medio de una tormenta así. Parecía un simple sobre usado, un sobre comercial, de una librería según dice. —Gamadge silbó—. Creyó que estaba vacío y, como solo vio unos garabatos a lápiz, emborrnados, volvió a tirarlo. Dice que lo dejó en la papelería de la esquina, pero con ese temporal ni yo mismo me habría molestado en buscar una; lo tiraré al suelo.

»Y llegamos a ayer: ha dejado de nevar y brilla el sol. El cartero entra por la cancela de la verja justo a las tres en punto y ahí está, esperándolo, su bola de papel. Porque esta vez está seguro de que es para él. La coge del suelo, pero enseguida levanta la vista hacia arriba, hacia la ventana-mirador. Luego echa un vistazo al piso superior. Se pregunta si no habrá algún crío intentando burlarse de él; a sus propios hijos les encanta tirar cosas por las ventanas. Pero las cortinas están corridas. Cortinas de varios paños: nadie mira jamás por la ventana en una casa como la de los Fenway.

»Entonces se fija en las ventanas del sótano, bajo el voladizo. Están a ras de suelo, enrejadas y cubiertas de nieve.

»Así que se guarda el sobre en el bolsillo y entra en la casa por la puerta de la cocina para entregar el correo. Eso sí, no le enseña lo que ha encontrado a la muchacha que recoge las cartas; a estas alturas ya está convencido de que las bolas de papel no están destinadas a nadie salvo a él, y desde luego a nadie de la casa Fenway.

»De vuelta en la calle, el cartero lee tu dirección en el reverso del sobre y descubre el papelito que contiene. Para él no significa nada, pero se lo lleva a la estafeta y se lo enseña a uno de los clasificadores, al que le cuenta toda la historia. Eso —recalcó Schenck inclinándose ligeramente hacia delante y dando un par de golpecitos en el borde de la mesa— es justo lo que se suponía que debía hacer. Difícil, sí, pero ¿has visto alguna vez una táctica más hábil?

Gamadge lo miró a los ojos.

—Pocas veces.

—«Curiosa». Esa es la palabra mágica. El de clasificación tampoco sabía lo que implicaba, pero pensó que todo aquello era lo bastante raro como para dar parte al director adjunto de la oficina. Y este sí sabía lo que significaba, por descontado. Es un término al que el servicio de correos siempre está atento; no dejan de vigilar la correspondencia en busca de posibles materiales perniciosos.

»Sin embargo, se encontraba ahora frente a un dilema. Ese pedazo de papel no parecía destinado a un envío por correo ordinario, más bien podría ser un apunte, una nota, un borrador de algo que J. Hall tuviera la intención de mecanografiar o imprimir. Información para una circular o un catálogo especial. Y tu nombre y tu dirección en el reverso del sobre te señalaban como destinatario. En fin, a ti no te conoce, y tampoco a J. Hall, pero sabe lo suficiente sobre los Fenway y, si Blake Fenway podía estar implicado, el director adjunto no iba a poner en marcha la rueda sin pedir consejo antes, sobre todo al oír que el sobre del jueves era de color azul.

¿Otro librero? Estaba desorientado. Así que llamó a un tipo de nuestra oficina local al que conocía, quedó en encontrarse con él esa misma tarde y le mostró lo que tenía.

»Ese tipo me conoce, y sabe que yo te conozco a ti. Me lo ha hecho llegar esta mañana y... aquí lo tienes.

Gamadge examinaba de nuevo el trozo de papel.

—Gracias —dijo al fin.

—¿No vas a decir que es todo una farsa? ¿Podría J. Hall haber hecho esa anotación, después de todo?

—Lo dudo mucho. Soy un viejo cliente y, aunque no puedo responder de la moral de Hall, conozco sus formas. No creo que en toda su vida haya tomado notas en un recorte de papel como este y jamás lo he visto escribir nada en mayúsculas. Su letra es pequeña y enmarañada, y si el impresor no puede descifrarla, lo manda a paseo. Su secretario no redacta borradores, mecanografía los de Hall. En cualquier caso, yo diría que el sobre azul del día anterior confirma esta suposición: el remitente de este mensaje solo necesitaba a un librero dedicado a los ejemplares raros, cualquiera, como tapadera.

—¿Por si alguna de las bolas de papel caía en manos equivocadas?

—Eso creo.

—Parece que alguien en esa casa estuviera intentando comunicarse y se complicara más de la cuenta.

—Así es. Tanto tú como tu colega, el director adjunto de la estafeta, el clasificador y el cartero de Fenway habéis sido muy inteligentes y discretos.

—Les dije que querías investigarlo. Pero estás muy ocupado últimamente, no estaba seguro de si tendrías tiempo para un trabajo extra.

—Yo siempre doy respuesta a mis cartas.

—Supongo que es el destino, porque es un milagro que te haya llegado.

—Bueno, no lo sé. Si J. Hall hubiera sido acusado, cosa que habría ocurrido si todo hubiese seguido su curso ordinario, él se habría lanzado contra mí... como una fiera.

—¿Y qué conclusión sacas de todo esto?

Schenck volvió a recostarse y observó a su amigo, que ahora estaba inspeccionando el sobre arrugado.

—La que sacaría cualquiera. Esto ha salido de una papelería de Fenway, que es sin duda cliente de J. Hall, y si este le ha enviado una carta tan a finales de mes, probablemente contendría lo mismo que la que yo recibí también ayer por la mañana: un avance de las próximas rarezas literarias. Debería buscarla... Me gustaría contestar a este mensaje —continuó Gamadge con una sonrisa—, y hacerlo en un sobre del propio Hall sería perfecto. Este de aquí fue rescatado de la basura por alguien que no tenía acceso a material de escribanía: ni papel, ni pluma ni tinta. Escribieron mi dirección con prisa y a oscuras, o a escondidas bajo alguna mesa... Sin duda el mensaje de dentro fue escrito también en estas circunstancias u otras no

muy distintas. Su autor estaba pendiente de otra cosa.

»En una situación así, escribir en mayúsculas es aún más difícil que hacerlo de forma normal, pero quien lo hizo no podía permitirse que lo identificaran por la letra. Tenía la esperanza de que, si alguien lo interceptaba, lo atribuyera a J. Hall y lo tirara a la basura.

—Y no podrá salir de la casa ni llegar hasta un buzón. ¿Y si el que lo encontrara pedía explicaciones a J. Hall?

—El resultado habría sido el mismo: Hall negaría indignado cualquier relación con ello y me señalaría a mí.

—Aun así, supongo que irás a verlo, ¿no?

—Sí, claro. Me pasaré a charlar con él. Puede ser mi mejor baza para llegar hasta el señor Fenway.

Schenck arrugó la frente.

—Esto mejora por momentos... Puede que no sepas dónde nos metes. Te estás imaginando algún asunto turbio en la guarida de un gánster, y no es fácil salir airoso en un sótano o un garaje.

—No hago otra cosa que seguir los indicios.

—¿Y si se tratara de una broma pesada? ¿O de un criado resentido? Aunque dudo que los empleados de Fenway tengan motivos para guardarle rencor, el cartero dice que los tienen en casa hasta que son demasiado viejos para trabajar y que luego les procura un retiro bastante generoso. ¿Qué me dices de un lunático? Esta mañana he hablado con algunos cronistas de sociedad y no tienen noticia de que haya ningún loco suelto, pero tampoco saben mucho sobre los Fenway, de hecho. Deberías oírles hablar del tema, los Fenway tienen auténtica fobia a la prensa.

—Eso juega a su favor.

—Sí, los periódicos apenas consiguen información sobre su vida. Las bodas son privadas, sin fotografías y sin ceremonia religiosa, y cuando hay un fallecimiento, el difunto pasa inadvertido en dos líneas de la sección de necrológicas. Los Fenway son tan desconocidos como el obelisco de Central Park, y eso que llevan en Nueva York muchísimo más tiempo, pero prefieren que no se hable de ellos.

—Y sin embargo, su historia no tiene ningún misterio, todo el mundo la conoce. Linaje de rancio abolengo, ilustre y reputado sin parangón. Fortuna adquirida a base de matrimonios acertados, venta de tierras, de las que les fueron cedidas antes de la Independencia al norte del Hudson, y servicios de asesoramiento legal a una distinguida clientela. Los Fenway vienen de una familia inglesa muy antigua y parece que siempre han sido más que solventes. Por utilizar una expresión un poco anticuada, conocen a todo el mundo y están siempre en el lugar adecuado, es decir, saben quiénes forman parte de la élite y se codean con ellos. No me sorprende menos que a ti, Schenck, que un mensaje como este haya podido salir de una de las ventanas de esa casa. ¿Sabes quién vive allí ahora?

—Blake Fenway, viudo, su hija soltera, la viuda de su único hermano y... creo

que el hijo de esta. Su esposo, Cort Fenway, murió hace mucho tiempo. Ella siempre había vivido en Europa, pero la guerra la empujó a regresar al hogar. ¡Ah! Y también hay un primo o algo así, un tal Mott Fenway, un hombre mayor que ha residido toda su vida allí.

—¿Fenway aún se dedica a la abogacía?

—No lo sé. El bufete se llama Fenway, Fenway y Chudley. —Schenck sacudió la cabeza—. ¡No me extraña que el director adjunto de la estafeta quisiera consultar con mi colega antes de hacer nada oficial sobre cualquier cosa que tuviera que ver con esa casa! Nunca han salido en las noticias, mucho menos por un escándalo. No, tiene que tratarse de un loco obsesionado con la familia.

—Bueno, veamos cuáles son las instrucciones. Tengo que ir allí y examinar algo o a alguien, quizá intentar ponerme en contacto con mi cliente, pero debo ser discreto..., no puedo traicionarlo ni llamar a la policía. Y he de ir lo antes posible, ya llevo una semana de retraso.

—Tiene que ser un hombre, las mujeres no leen catálogos de libros raros ni saben nada sobre los *curiosa*.

—¡Vamos, Schenck! Hay mujeres que leen todo lo que pueden agenciarse. ¿No conoces a ninguna dama instruida?

Schenck dijo que no.

—Además —añadió Gamadge—, sería más fácil retener a una mujer bajo coacción.

—Pero ¿qué tipo de coacción? La parte interesada aquí tiene cierta libertad, suficiente al menos para tirar bolas de papel por la ventana. La casa hace esquina y da a una calle por la fachada y a una avenida por el lateral. Incluso con la familia al completo involucrada en la conspiración, empleados y todo, tu cliente habría sido capaz de llamar la atención de algún modo, gritando «fuego» o pidiendo auxilio.

—Olvidas la cláusula de discreción del mensaje. No parece que su autor quiera armar ningún escándalo.

Schenck se levantó.

—Te digo que es un chalado con manía persecutoria. Ándate con cuidado y ¡buen fin de semana!

Gamadge lo vio desaparecer en el interior del pequeño ascensor y luego llamó a su mujer alzando la voz por el hueco de la escalera. Esta subió acompañada por Harold Bantz, su antiguo ayudante y ahora sargento de marines, que estaba de permiso temporal. Gamadge decía que el torpedo que los había alcanzado y los había mandado a casa le había suavizado el carácter, pero en ese momento parecía malhumorado. Theodore, el viejo sirviente de color de la casa, iba tras él hablando entre dientes.

—Con tanto ruido y tanto grito —murmuraba—, uno no puede oír ni su propio pensamiento. ¿Por qué no arregla Harold los timbres ahora que ha vuelto? Es imposible conseguir que venga un operario.

—No puedo arreglar los timbres ni la radio ni las cañerías —respondió Harold— hasta que el gato no vuelva a estar en condiciones. Además, no puedo trabajar sin herramientas, alguien ha estado revolviendo en mi parte del despacho y no encuentro nada.

—Harold cree que hemos estado racionando la comida a Martin —explicó Clara. Theodore volvió a refunfuñar.

—Pues es el único de la familia que no ha pasado por eso.

—¡Está flaco como una comadreja! —insistió Harold.

El gato anaranjado entró corriendo y se instaló en una posición dominante sobre la chimenea. Desde que Harold había regresado, Martin lo seguía a todas partes. No le gustaba que ningún miembro de la familia desapareciera durante mucho tiempo; Gamadge tenía la teoría de que ahora el animal intentaba imaginar que los últimos doce meses habían sido solo un sueño y convencerse a sí mismo de que nada había alterado su realidad.

—Me preguntaba si estarías dispuesto a ayudarme con un caso —le dijo al sargento.

—¿Un caso?

—Acabo de recibir instrucciones. —Harold cogió el sobre de color beis que le tendía y se sentó junto a la mesa para examinar su contenido—. Clara, te he llamado para preguntarte si tu tía Rob podría conocer a los Fenway.

—¿Al señor Blake Fenway y a Caroline? Los conoce, y yo misma he coincidido con ellos alguna vez. No estarán relacionados con ese caso, ¿verdad?

Clara parecía muy sorprendida.

—No lo sé. ¿Podrías llamar a la señorita Vauregard e invitarla a almorzar?

Clara se dirigió hacia el teléfono, y al cabo de unos momentos regresó para anunciar que su tía se reuniría con ellos en media hora.

—Antes de que llegue —continuó Gamadge—, os contaré a Harold y a ti toda la historia.

Se sentaron los dos junto al sargento, alrededor de la mesa situada bajo la ventana; la misma mesa que muy pronto Theodore estaría preparando para el almuerzo. Las ramas de un espigado rosal formaban una especie de celosía entre su ventana y los patios traseros de la calle de enfrente, y del cielo encapotado empezaban a caer copos de nieve.

Gamadge terminó de relatar la historia de las bolas de papel. Harold parecía expectante, pero Clara estaba perpleja y tenía cara de incredulidad.

—Henry, debe de tratarse de un error. Creo que esta vez el señor Schenck y tú os equivocáis, de veras, es imposible que esté sucediendo nada siniestro en casa de los Fenway.

—Pero debería asegurarme, ¿no crees? Aunque los Fenway sean intachables, no están fuera del alcance de la especulación humana, ¿verdad?

—No, pero hablas como si pensaras que son unos engreídos, y no lo son en

absoluto. La última vez que vi al señor Fenway fue en una boda y se comportó de una forma encantadora, y Caroline también es muy agradable. Es bastante mordaz..., aunque quizá esa no sea la palabra adecuada.

—¿Amargada? ¿Resentida?

—Puede ser, pero es muy divertido escucharla.

—¿Cuántos años tiene?

—Unos treinta, diría yo.

—¿Agradada?

—Pues no, pero es muy distinguida y viste muy bien: sencilla pero impecable.

Harold seguía estudiando el sobre y la nota. Entonces levantó la vista hacia Gamadge.

—El cliente debe de saber mucho sobre ti.

—Sepa lo que sepa, parece que le ha inspirado más confianza de la que nadie, excepto una persona —añadió sonriendo a su esposa—, ha tenido nunca en mí. Es una responsabilidad terrible y lo peor es que empiezo con una semana de retraso. Si no me doy prisa, podría llegar demasiado tarde, pero no puedo correr más. Además, es un trabajo para el que realmente ahora no tengo tiempo. Debo aprovechar al máximo este fin de semana. ¿Puedo contar contigo? —dijo al fin, mirando a Harold.

—Me pondré manos a la obra enseguida —contestó el sargento al tiempo que se levantaba—, pero no podré trabajar esta noche. La señora Gamadge y yo tenemos una cita.

—¿Una cita?

Gamadge lanzó una mirada suspicaz a su ayudante y luego a Clara.

—Vamos a cenar y al teatro —le explicó Harold—. Arline Prady nos acompañará, y también un amigo mío que acaba de desembarcar.

—¡Lo prohíbo! ¡Lo prohíbo terminantemente! —exclamó Gamadge con vehemencia.

—¡Pero Henry! —protestó Clara—. ¡Harold está de permiso!

—No conseguiréis un taxi, los autobuses estarán atestados, está empezando a nevar otra vez y cogeréis un catarro de muerte. Y ese tipo recién desembarcado, ¡menudos modales tendrá!

—Es un joven muy agradable —concluyó Harold, ya desde la puerta— y quiere visitar el Planetario.

Capítulo dos

Intachables

La tía de Clara, la señorita Robina Vauregard, llegó con prisas y dijo que debía marcharse enseguida después de almorzar. Gamadge dejó que se tomara un cóctel y que empezara a comer antes de preguntarle sobre los Fenway.

—¿Los Fenway? No hay nada que contar sobre ellos. Clara, las alcantarillas están inundadas... El taxista ha tenido que ayudarme a saltar hasta el bordillo. —La señorita Vauregard siempre se mostraba animada y parlanchina—. Al parecer va a nevar más... bueno, ya está nevando, y dicen que volverá a helar. ¿Qué tal tu resfriado?

—Mucho mejor —terció Gamadge—, pero pillaré otro esta noche. Hábleme de los Fenway, señorita Vauregard.

Los brillantes ojos negros de la dama lo interrogaron con curiosidad.

—¡No me digas que están en dificultades! Jamás han tenido problemas. Al menos... —De repente se puso seria—. No debería decirlo, pero me refería a Blake, Mott y Caroline.

—Intachables, ¿no?

—Las criaturas más sencillas y encantadoras, aunque Blake es bastante tímido. Los conozco desde siempre. Blake, Cort y yo fuimos a la misma escuela aquí en Nueva York cuando éramos niños. Mott era mayor que nosotros, pero lo veía cuando acudía a la celebración de algún cumpleaños en su casa, en el número 24. El señor y la señora Fenway siempre estaban organizando fiestas para sus hijos. Íbamos a la escuela de la señorita Denny, los niños estaban en el sótano, y después de las clases jugábamos en el parque. Luego fuimos a colegios diferentes, pero ellos venían a nuestras fiestas y nosotros íbamos a las suyas, y coincidíamos en la academia de baile. A menudo yo formaba pareja con alguno de ellos dos para dirigir el cotillón alemán. Blake era más reservado, pero Cort era un romántico.

—¿Romántico? ¿En general?

—Bueno, siempre estuvo enamorado de Belle Kane. Era amable con todas nosotras, pero ella era especial. Al final se casaron y ahora Belle vive en el número 24. Él murió hace veinte años. Blake se casó con una chica encantadora, ideal para él. Es una pena que Caroline se parezca a su padre y no a su madre.

—¿Sigue teniendo relación con ellos?

—No, hace años que no. Nos fuimos distanciando, como pasa siempre a menos que se tenga algo en común. A veces veo a Blake en casa de algún conocido, en conciertos o en el teatro. Caroline siempre está con él. Fue a la universidad uno o dos

años, y es muy inteligente según tengo entendido, pero tras la muerte de su madre volvió a casa. Su padre y ella están muy unidos. Pobrecilla... tuvo una desafortunada experiencia con un hombre al que estaba prometida y que acabó casándose con otra muchacha de mayores posibles.

—Creía que la fortuna de los Fenway era suficiente para contentar a cualquiera.

—Pero nada de eso es suyo aún. Blake y Cort nunca han tenido grandes dotes para hacer dinero, la verdad, el patrimonio viene de su abuelo, el que vendió las tierras originales de la familia. El padre de Blake era hijo único y lo heredó todo, y se lo dejó a Blake y a Cort mientras vivieran, para que luego pasara a los hijos de estos. Caroline no recibirá su parte hasta que Blake muera.

—Creo que el señor Cort Fenway tuvo un hijo. ¿Él es ahora el titular de la mitad de las propiedades de los Fenway?

El semblante de la señorita Vauregard se ensombreció de nuevo.

—Sí. —Y después de un silencio continuó—: Puede que las rentas de Blake sean sustanciosas, pero está empeñado en mantener esos dos viejos caserones, el del número 24 y Fenbrook. El Fenbrook de ahora no está muy lejos de aquí, subiendo por el Hudson, pero el original estaba cerca de Peekskill, un lugar encantador construido mucho antes de la Independencia. El pobre Blake siempre ha lamentado que su abuelo se lo vendiera a los Van Bronck, sus vecinos, que luego derribaron la casa. Puedo contarte una historia muy divertida sobre Blake que da una idea bastante acertada de su carácter. Una vez alguien le preguntó sobre la vieja casa de Fenbrook y él dijo que la habían tirado abajo tras la guerra. Quien le preguntó se mostró sorprendido: «¿Tan poco tiempo hace?». Y Blake contestó de la forma más inocente: «Me refiero a la guerra de la Independencia».

Gamadge se echó a reír, pero dijo que el señor Blake Fenway parecía simpático.

—Y no es ningún necio —continuó la tía de su esposa—, solo siente apego por el pasado.

—Me gustaría conocerlo.

—Supongo que podría arreglarse, dada su afición a los libros. Quizá... —Pero la señorita Vauregard se detuvo en seco y dirigió a Gamadge una mirada enérgica y suspicaz—. Henry, no te dejaré suelto entre los Fenway sin saber antes qué te traes entre manos.

—¿Acaso teme que les cause algún perjuicio? —preguntó Gamadge con una sonrisa.

—No creo que pudieras porque ellos nunca se meten en problemas.

—Digamos que he tenido noticia de que el señor Fenway está interesado en ejemplares literarios singulares. Yo también lo estoy, ¿no es suficiente?

—He oído que, desde que se retiró, se dedica a coleccionar libros. En la familia siempre han tenido ese tipo de inquietudes: el abuelo Fenway escribía o hacía algo de eso, y me han contado que Caroline también lo intentó.

—¿Y el señor Cort Fenway? ¿También era un hombre de letras?

—Si lo era, no creo que encontrara demasiado apoyo en Belle. Estuvimos internas en el mismo colegio y puedo asegurarte que no era ninguna literata. Una muchacha hermosa y radiante, eso sí, y muy divertida. Pero tenía una madre terrible; de excelente familia, claro, pero obstinada en el vulgar empeño de que Belle cazara un buen partido. El que fuera. Aquella espantosa mujer solía empujar a su hija a relacionarse con los hombres más insufribles. Belle no quería ni verlos y todos nos alegramos muchísimo cuando por fin Cort Fenway triunfó en su empeño. En aquel momento ella tenía veinticinco años y la señora Kane decidió transigir. La guerra había empezado, era 1914, y Cort se había ido de voluntario a Francia. ¡Cómo no!

—¿Era ese tipo de persona?

—¡Siempre lo fue! Belle y él se casaron en Francia, una romántica boda en tiempos de guerra, y solo regresaron a casa en una ocasión, en 1918, para que el pobrecito Alden naciera aquí.

—¿El pobrecito Alden?

La señorita Vauregard hizo caso omiso a la pregunta y siguió hablando sin parar.

—Luego Belle se llevó al niño de vuelta a Europa, cuando tenía cuatro años, y Cort y ella se establecieron allí, pero Cort murió solo un año después. Belle se sentía a gusto en aquel país, el viejo señor Fenway había muerto y el pobrecito Alden tenía su parte de la herencia. Bajo tutela, por supuesto; Blake Fenway es uno de sus tutores. Belle nunca habría regresado a los Estados Unidos si no hubiera sido por esta horrorosa guerra, y para colmo sufrió una lesión al embarcar en ese buque atroz en el que tuvieron que viajar.

—No hace más que repetir «el pobrecito Alden».

—¡Una auténtica desgracia! Era un bebé tan tierno y tan hermoso... Pero cuando cumplió cuatro años les dijeron que su mente jamás podría desarrollarse con normalidad. Aun así, Belle no dejó de visitar a un solo especialista para que lo vieran y, según ella, hicieron un buen trabajo: ahora muestra, en algunos aspectos, la inteligencia de un niño de seis o siete años. Dice que tiene una apariencia bastante normal hasta que intentas hablar con él, y que es muy apuesto. Una criatura dulce y tranquila y muy educado. No se te ocurra contar ni una palabra de todo esto, Henry, casi nadie lo sabe excepto la familia y los médicos.

Gamadge se dio cuenta de que Clara lo miraba con cierta congoja, pero continuó con las preguntas.

—¿Usted no lo ha visto?

—No, pero he visto a Belle. Fui a casa de los Fenway en el otoño de 1940, cuando supe que había regresado. Me avergüenza admitir que no he vuelto desde entonces, pero ya sabes cómo son las cosas en Nueva York y ahora, además, hay tanto que hacer a causa de la guerra... Estoy al menos en cuatro comités y apenas tengo tiempo para nada más. Belle me dijo que Blake Fenway se había portado como un ángel con ellos, que no quiso ni oírle hablar de llevar a Alden a una residencia. Por supuesto, atada a una silla de ruedas ella no estaba en condiciones de llevar una casa,

ni tan siquiera un apartamento, y ni se le hubiera pasado por la cabeza la idea de internar a Alden en una institución por muy buena que fuera. Jamás se ha apartado de él desde que nació.

—¿Cómo de graves son sus lesiones? ¿Puede moverse con muletas?

—Aún no. Parte del daño recayó en la espalda y se vieron afectados algunos nervios. Pero ha mejorado mucho, se ha sometido a varias intervenciones quirúrgicas y sigue un tratamiento regular de fisioterapia, y por supuesto el médico de la familia, Thurley, le procura los mejores cuidados. Fue él quien trajo a Alden al mundo. Dice que podrá volver a andar en un año o incluso menos; él mismo me lo aseguró un día que nos cruzamos en el cine hace apenas un mes.

—Supongo que el chico tendrá una cuidadora o algo así.

—En eso Belle tuvo suerte. Cuando trataban de llegar a Marsella, una experiencia horrible... espantosa, apareció una vieja amiga del colegio. Cuando la conocimos, se llamaba Alice Horton, pero entonces era viuda y llevaba el apellido de su esposo, Grove. Iba con ella una sobrina, bueno, sobrina de su marido, que había estudiado en Suiza. Todo el dinero de Alice se había quedado inmovilizado en París, así que Belle la acogió de inmediato como dama de compañía. Y por fortuna para ella, porque la dejaron impedida antes siquiera de abandonar el puerto de Marsella. Alice Grove la cuidó durante la travesía y sigue cuidándola ahora, no necesita ninguna otra enfermera.

—¿Y qué fue de la sobrina?

—Vive con ellos, creo que trabaja como secretaria para Blake Fenway. Me suena que alguien me dijo que le gustaban los espacios abiertos y que pasaba mucho tiempo en Fenbrook. En fin, el caso es que en el muelle se encontraron luego con un joven llamado Craddock, conocido de Alice. Sus padres eran viejos amigos de los de su marido. Él era periodista en China y volvía a casa porque se había contagiado de un extraño germen y sufría fiebres intermitentes. Se convirtió en el perfecto compañero para Alden, Belle dice que es maravilloso con él. Teme el día en que se recupere lo suficiente y lo llamen a filas.

—¿Y también vive en el número 24?

—Sí, ya no pueden prescindir de él.

—¿Y ese tal Mott Fenway?

—Siempre ha estado allí o en Fenbrook. Le fue mal en algunos negocios cuando era joven y vive con su primo Blake desde entonces. Creo que le lleva las cuentas y las cuestiones inmobiliarias.

—Así que en la casa viven: el señor Blake Fenway, del que emanan todas las dádivas; su hija Caroline, a quien Clara considera mordaz y que quizá tenga motivos para serlo; el señor Mott Fenway, un anciano mantenido; la viuda de Cort Fenway, impedida y atada a una silla de ruedas; su hijo mentalmente discapacitado; el cuidador de este, medio enfermo con fiebres recurrentes, y la dama de compañía de la señora Fenway y su sobrina, sin un techo propio bajo el que vivir.

—¡Qué poco alentador, Henry!

—Bueno, no tiene que ser una casa muy alegre, ¿no?

—Los Fenway nunca han considerado a Mott un pariente pobre, están encantados de que viva con ellos, y tienen un profundo sentido de la responsabilidad familiar, no han dudado en recibir a Belle y a Alden, que además tienen una posición tan desahogada como la de Blake, probablemente mejor, incluso, porque no tienen tantos gastos. Y Alden no supone ningún problema, como te he dicho lo han atendido los mejores especialistas... Viborg aquí, hasta que cumplió los cuatro años, y todos los que hay en Europa. Belle me dijo que había estado con los mejores médicos en Austria y con Fagon en París. Lo llevó a los sanatorios más renombrados. Pero entonces vino esta espantosa guerra y los obligó a volver. El viaje y todas sus adversidades no fueron buenos para él, ahora está más retraído.

—Aun así, tiene que ser una carga para la familia.

—Belle asegura que no. Y el joven Craddock se está recuperando. En cuanto a las Grove, supongo que se ganan su sueldo.

—¿Hay algún antecedente de enfermedad mental en la familia Fenway o por parte de los Kane?

—No que yo sepa. La única neurótica que conocí era la señora Kane, pero solo se trataba de histeria y mal carácter.

—¿Por qué demonios no dejó que su hija se casara con Cort Fenway desde el principio?

—Entonces no era un buen partido. A la señora Kane le daba igual la distinción de la familia, lo único que quería era dinero para seguir viviendo a todo lujo. Cort nunca tuvo mucho hasta que su padre murió.

—¿Sabía el respetable anciano que Alden Fenway tenía un retraso mental cuando le dejó la mitad de sus propiedades?

—¡Santo cielo, no! Murió cuando el pobre chiquillo no tenía más que dos años. Dudo que él o la señora Fenway aprobaran ese matrimonio, detestaban a la señora Kane, pero les horrorizaba que hubiera discordias en la familia y querían mucho a Cort. Además, Belle parecía una muchacha sensata. Luego la señora Kane murió y Cort recibió una buena renta. ¡Qué triste que solo tuviera dos o tres años para disfrutar de ello!

—Y el apellido Fenway desaparecerá con el desafortunado Alden. ¿Qué hay de la anciana señora Fenway, la madre de Cort? ¿Cuándo falleció?

—Poco antes que el señor Fenway.

Gamadge le ofreció un cigarrillo a la señorita Vauregard, cogió otro para él y encendió ambos.

—¿Vio a esa tal señora Grove cuando fue a visitar a la viuda de Cort Fenway hace dos años? —le preguntó.

—Sí, es increíble lo poco que ha cambiado desde el colegio. Debe de andar por los cincuenta y cinco, era más o menos un año mayor que Belle, pero sigue siendo la

misma mujercita callada y resuelta, solo que un poco más seca y distante. Era todo un ejemplo de moral y tenía una voluntad de hierro. Ese día pensé que, incluso ahora, Belle parecía un dócil corderito a su lado mientras la otra le daba instrucciones sobre la labor que estaban haciendo, unos inmensos bordados en punto de cruz para los muebles del salón.

—¿Y no vio al joven Craddock o a la sobrina de Grove?

—No, él había salido a dar un paseo con Alden y creo que la muchacha estaba en Fenbrook para revisar los libros que Blake guardaba allí. Belle dijo que algunos ejemplares habían resultado ser bastante valiosos. Tenían hasta catálogos encima de la mesa, se lo tomaban muy en serio.

—Voy a tener que tratar con toda la familia... una vez me procure usted la carta de presentación para el señor Blake Fenway.

—Henry, si tengo que introducirte en esa casa, ¡exijo saber por qué!

—Es parte de una investigación para un cliente que desea permanecer en el anonimato.

—Por favor, tía Robbie —le rogó Clara—. Sabes que Henry no te pediría algo así a menos que fuera muy importante.

—En fin, supongo que puedo complaceros con la conciencia tranquila. No puede suceder nada inapropiado en el número 24.

El chow chow de Clara entró en la habitación. Se detuvo un instante para asegurarse de que no había ninguna presencia felina en la chimenea y luego fue a tumbarse frente al fuego.

—Tenemos dos animales leonados en casa —dijo Gamadge con una sonrisa dirigida a la señorita Vauregard—. Pertenecen a dos especies que, por lo general, no se llevan muy bien, pero ellos han aprendido a convivir. Si no lo hicieran, uno tendría que irse, y lo saben tan bien como Clara o como yo.

—Pero Henry, ¡son animales! —exclamó ella y, al ver que no decía nada y que seguía fumando y mirándola sonriente, levantó las manos en señal de rendición—. Está bien, pero tendrás que decirme lo que quieres que ponga.

—La avisaré cuando haya visto a un librero llamado Hall. Blake Fenway hace negocios con él y puede que nos dé alguna pista. Es sábado —añadió mientras se ponía en pie—, pero no creo que se haya ido de la oficina, prácticamente vive allí. Voy a llamarlo.

La conversación telefónica duró solo un par de minutos.

—Va a estar en su despacho —confirmó a su regreso—. Cuando haya ido a verlo la llamaré. ¿Podría hacer que luego le entreguen su nota en mano al señor Fenway?

—Claro, parece que te corre muchísima prisa.

—Así es, y le aseguro que no podría estar más agradecido...

Pero la señorita Vauregard ya no escuchaba.

—No es nada, nada en absoluto. ¡Santo cielo! ¿Es posible que sean ya las tres?

—No hemos terminado con el cóctel hasta pasadas las dos —razonó Clara.

—Cierto. Debo irme volando.

Media hora más tarde, Harold entró en la biblioteca.

—He estado rondando por el número 24 desde las dos y media —anunció—, pero nadie ha tirado nada por ninguna ventana.

—El cartero no pasa los sábados por la tarde, era evidente que no habría ninguna bola de papel.

—El viejo ha aparecido a las tres y cuarto y ha inspeccionado el lugar con lupa. Ha recogido todo lo que ha visto y ha limpiado la nieve de los escalones y del camino. Aunque como seguía nevando, al final se ha dado por vencido. Las bolas de papel no pueden haber salido de ninguna de las ventanas del sótano, están cubiertas de hielo. Bueno, las que dan a la fachada, porque las del lateral estaban despejadas y una tenía una rendija abierta, supongo que la de la cocina. Tampoco creo que las tiraran desde el piso de arriba, no habrían salvado el tejadillo de la ventana-mirador sin caer fuera de la verja. Tuvieron que hacerlo desde una de las ventanas intermedias del propio mirador, desde el segundo o el tercer piso.

—Alden Fenway no ha podido ser —sostuvo Clara—. La mente de un niño de seis o siete años no ha podido escribir ese mensaje.

—Puede que alguien lo convenciera para tirar las bolas —sugirió Harold. Y mirándola fijamente, añadió—: ¿Quieres decir que es un crío?

—Tiene veinticinco años, pero sufre un retraso mental —le explicó Gamadge.

—¿Y se le podría confiar la tarea de lanzar un mensaje desde la ventana sin que nadie lo viera? —preguntó Harold después de una pausa.

—A lo mejor, no lo sé. No si la interceptación del mensaje supusiera serias consecuencias para el que lo envía.

Harold frunció el ceño.

—No sabemos lo perturbado que está. Puede que no sea tan grave como piensan. ¿Y si el señor Schenck tiene razón y se trata de alguien que en momentos de lucidez intenta hacerte llegar algún tipo de información?

—A Alden Fenway le diagnosticaron un retraso irreversible cuando tenía cuatro años, y lo hizo toda una eminencia de las lesiones cerebrales. Desarrolló algunas capacidades, pero su mente nunca ha podido madurar. No puede tener momentos de mayor discernimiento, su intelecto está siempre igual de limitado, si es que no disminuye con el tiempo.

—Dime entonces qué opinas de esto. A las tres y cinco un joven baja por el lado izquierdo de la escalera, que es de doble tiro, y llama a un taxi. Un tipo alto de pelo claro, bastante bien parecido, un poco encorvado. Y justo cuando el coche se acerca, arruga un trozo de papel y lo tira.

—¿Que ha tirado un trozo de papel arrugado? —repitió Clara casi en un aullido.

Harold continuó sin inmutarse.

—Un papel blanco. Luego se ha dado la vuelta en busca de otro hombre también joven que salía de la casa y bajaba corriendo las escaleras. Delgado, pálido, cabello

oscuro, rostro vulgar, con una vieja gabardina impermeable. Este ha recogido el papel del suelo, lo ha mirado y ha ido a tirarlo a la papelera de la esquina. Entonces ha vuelto, ha cogido al grandullón por un brazo y lo ha ayudado a subir al taxi.

—Harold —comenzó Clara con la voz entrecortada—, ¿has cogido ese trozo de papel de la basura?

El sargento Bantz les mostró el papelajo.

—Aquí está.

—Bueno —dijo Clara cuando lo cogió y lo estiró—, al menos sabemos una cosa: Alden Fenway sabe jugar a las tres en raya.

Gamadge observó los cuadrados desiguales, los círculos y las cruces.

—Puede que lo ayuden o que pierda siempre, pero si esos dos hombres eran Alden Fenway y el tal señor Craddock que cuida de él, sabemos algo más: ninguno de ellos es mi cliente. Ambos tienen demasiada libertad para verse forzados a enviar mensajes tirándolos por una ventana.

—El joven Fenway no parece gozar de tanta, Craddock lo ha seguido como un rayo —replicó Harold.

—Pero ha salido de la casa solo y ha tenido tiempo suficiente para pasarle una nota al taxista, ¿no?

—Sí, supongo que sí. Es un muchacho grande y tiene buena planta, he pensado que sería algo endeble o que estaría indispuerto, pero no hubiera adivinado lo del problema cerebral. Aunque claro, no tenía ni idea de que pudiera haber alguien así en la casa y ahora no sirve de nada decir que me ha parecido tan inexpresivo como la esfera de un reloj. Mucha gente tiene esa cara, de todas formas.

—Confiaré en tu palabra respecto a su expresión. ¿Ha pasado algo más?

—Nada más irse el taxi, ha llegado un buen coche. Se ha bajado de él un hombre más bien mayor, de aspecto agradable, que llevaba un maletín. Parecía un médico.

»Luego ha entrado en la casa. Entonces ha aparecido el viejo y ha empezado a pasar la escoba, y me he marchado.

—Buen trabajo de vigilancia. Invita a tu amigo y a Arline y venid a tomar un cóctel a casa esta tarde.

El sombrío rostro de Harold se iluminó con una leve sonrisa.

—Está bien. Me encantará presentarte al cabo Lipowitsky. Es un excelente bailarín.

—Estoy impaciente —confesó Clara—. ¡Será una gran noche!

Capítulo tres

Gamadge compra un libro

Gamadge salió a la calle bajo una nevada débil pero compacta, que caía sobre la ya amontonada en las cunetas tras el temporal del jueves. Cruzó la avenida desierta, esperó largo rato el autobús, y cuando por fin vino vadeó el agua medio helada para subirse. Se apeó a la altura de la Cuarenta Sur y fue abriéndose paso en aquel manto blanco hacia el oeste, con el cuello del abrigo subido, el ala del sombrero bajada y las manos hundidas en los bolsillos.

Entró en una casa de piedra rojiza reconvertida en la que J. Hall ocupaba el segundo piso. El escaparate del librero era sencillo pero imponente: una discreta exposición de volúmenes en folio abiertos, un mapa, una colección de pequeños ejemplares en octavo, descoloridos y encuadernados en cuero rojo gofrado en oro, y en un marco un grabado de tonos suaves y oscuros. Gamadge subió la sombría escalera y abrió una puerta con un panel de cristal en el que había una inscripción en letras doradas que decía simplemente: «J. Hall. Libros».

La primera estancia en la que se vio era una habitación grande, en otro tiempo el salón de la vivienda, con pilas de libros que se alzaban hasta las molduras del techo. La mesa de Hall estaba junto a la ventana y la de su ayudante, más modesta, ocupaba una esquina al lado de una puerta corredera. Esta última daba a la trastienda, donde Hall recibía de manera informal a unos pocos elegidos.

El secretario del librero estaba en su puesto, leyendo bajo una luz verdosa. Era un joven serio con una crecida melena de aspecto descuidado.

—El señor Hall lo está esperando, señor Gamadge —dijo al tiempo que se levantaba.

—Gracias, Albert.

—Hace un día espantoso.

—Sí, espantoso.

Albert abrió la puerta para darle paso, pero Gamadge se detuvo un momento junto a su mesa.

—¿Qué estás leyendo? ¿*Puestos en servicio*?

—Sí, señor. El negocio está un poco flojo.

—¡No me digas!

Gamadge atravesó el umbral de un santuario caldeado por una estufa de carbón. El señor J. Hall estaba sentado junto a ella con la espalda un poco encorvada, el whisky a mano y la cara oculta por un enorme pañuelo de seda con el que se sonaba la nariz. Inglés de nacimiento, era ciudadano estadounidense desde hacía casi

cuarenta años, pero seguía cumpliendo con tanta fidelidad como podía con las costumbres de su tierra natal. Antes de irse a casa, Albert le traería una jarrita de té.

Al percatarse de la presencia de Gamadge, se giró para mirarlo y guardó el pañuelo.

—Tengo un resfriado horrible —se excusó—. ¿Quiere un poco de mi medicina?

—No, gracias —rehusó el invitado antes de sentarse al otro lado del fuego.

—Si encontrara un lugar barato y soleado, sin tanto pretencioso del arte y sin turistas, me retiraría. ¿Ha venido a comprar algo? ¿La colección Cotter, quizá? Diarios, retratos... casi todo primeras impresiones y láminas inéditas de una gran singularidad. Finísimos grabados muy raros, a media tinta. Todo encuadernado en marroquín verde oliva por Rivière.

—Lo he leído en su boletín. Pero más que conmigo, debería probar con clientes como... bueno, el señor Blake Fenway, por ejemplo.

Hall respondió a este comentario con una furibunda mirada.

—¿Fenway? ¡Pues sí que lo conoce bien! Él no compra ese tipo de cosas, ni casi nada en realidad. Ahora no. Pero está interesado en los libros, a su manera, y me complace ayudarlo. Es un caballero.

—¿Y cuáles son sus fútiles aficiones?

—Primeras ediciones americanas demasiado recientes para poseer un verdadero atractivo. Quiere completar la obra de los autores que sus padres y sus abuelos compraron como literatura contemporánea, menuda idea. Los libros de Fenway están en condiciones impecables, incluso me atrevería a decir que jamás se han leído, pero no van más allá que de Howells a Hawthorne. —Hall volvió a sacar su pañuelo y estornudó antes de continuar—: Nos enfrentamos a un dilema con Henry James, porque los Fenway solo poseían un ejemplar de *Daisy Miller*, pero pensamos que podremos completarlo cuando termine la guerra.

—Eso supondrá un arduo trabajo.

—Bastante. Fenway no comprará más libros hasta entonces, pero ¿quién soy yo para quejarme? Está dispuesto a hacer intercambios, pero no tiene nada que me interese.

—Ya veo.

—Yo tengo un *Elsie Venner* que él quiere, porque el suyo no es genuino: su edición no tiene el fallo de imprenta original. Se llevó un disgusto atroz cuando lo descubrió.

—Quizá yo pueda comprárselo, si no pide demasiado por él.

—¡Santo Dios! ¡Albert, una venta! —Y cuando el desaliñado secretario apareció sonriente, le ordenó—: Envuelve el *Elsie Venner* para el señor Gamadge. No tenemos repartidores, Gamadge, ¿necesita que Albert lo suba a su casa o puede llevárselo usted mismo?

—Si lo plantea así, me lo llevo conmigo.

—A mí no me importa hacer las entregas, señor Gamadge —se ofreció Albert,

que había subido a lo alto de una escalera y ahora estaba sacando dos volúmenes de tapas marrones un tanto descoloridas de una estantería.

—Y a mí no me importa llevármelo. Regresaré a casa en taxi, no voy vestido para seguir haciendo alpinismo. ¿Esa novela está en venta, Albert? La que estás leyendo.

Hall se quedó mirándolo, sorprendido.

—¿Una novela? ¿Una novela actual? ¿Por qué no va a buscarla a una biblioteca?

—Quiero comprarla.

Albert había vuelto a su mesa y estaba empaquetando los libros, pero se detuvo un momento para contestar.

—Llévesela, señor Gamadge, yo puedo conseguir otro ejemplar de camino a casa.

—Eres muy amable. —Gamadge pagó el total de su compra y Albert incluyó *Puestos en servicio* en el paquete. Luego, mientras se colocaba los guantes, añadió—: Por cierto, Albert, ¿no habrás escrito tú mi nombre a lápiz en un sobre de la librería y lo habrás echado al correo por error, verdad?

—Si lo ha hecho —amenazó Hall desde su sillón—, puede darse por despedido. No estamos para malgastar material de oficina.

Albert, con cara de perplejidad, sacudía la cabeza.

—No, señor. Nunca he escrito su nombre en ningún sitio.

Gamadge hizo un gesto en dirección a la habitación trasera.

—¿Y él? —preguntó en voz muy queda.

Albert negó con un nuevo ademán.

—No, señor.

—¿A qué viene todo eso? —quiso saber J. Hall, que estiró el cuello para mirar a Gamadge—. ¿Acaso le ha llegado tal cosa?

—Sí, un misterio sin importancia. Si lo resuelvo, intentaré acordarme de contárselo.

—A lo mejor podría resolver también el misterio de Fenway.

—¿El misterio de Fenway? —Gamadge, con su paquete bajo el brazo, se acercó de nuevo al sillón del señor Hall—. ¿Qué misterio?

—Ha perdido una estampa de un libro de vistas. Quiere conseguir otro, pero me temo que sea inencontrable. Esa colección estará en manos privadas o en algún museo etnográfico. No vale mucho.

—¿De qué estampa se trata?

—Una en color de la vieja propiedad que tenían al norte del Hudson, Fenbrook. Pondré un anuncio, pero no creo que logre nada.

—¿Y cuándo se dio cuenta de la pérdida?

—La semana pasada. Llamó por teléfono el lunes, para consultarme sobre ello.

—Creí que se había impuesto la norma de no comprar nada hasta después de la guerra.

—Bueno, al parecer no es aplicable a este libro en concreto. Se trata de una cuestión familiar, pagaría lo que fuera por recuperar esa lámina.

Tras salir de la librería, y tan pronto llegó a casa y dejó los libros en su despacho, Gamadge llamó a la señorita Vauregard.

—Tengo la información que necesitamos —le comunicó.

—Entonces, ¿quieres dictarme la carta ya, Henry? Iré a por un lápiz.

Para cuando regresó al aparato, Gamadge tenía preparadas un par de notas.

—Supongo que querrá empezar mencionando lo mucho que siente no haberlos visto en tanto tiempo, para romper el hielo.

—¡Sí, desde luego!

—E interesarse por la salud de la viuda de Cort Fenway... ese tipo de cosas. Luego podría decir: «El esposo de mi sobrina, Henry Gamadge, ha tenido noticia de sus primeras ediciones americanas a través de Jervis Hall, el librero, y se muere de ganas por verlas. Creo que alguna vez él mismo compra libros al señor Hall, en la medida de sus modestas posibilidades. Si tuviera la amabilidad de ponerse en contacto con él, sé que le quedaría muy agradecido. El único inconveniente es que tendría que hacerlo con cierta premura porque pronto volverá a marcharse para atender sus obligaciones con el Departamento de Guerra».

—¡No, Henry! —se lamentó la señorita Vauregard—. ¿De veras?

—Bueno, no de inmediato, es solo para apremiarlo un poco. Después podría añadir unas palabras sobre el aprecio que siente por mí y asegurar que soy un tipo afable e inteligente. Pero por amor de Dios, no diga nada sobre crímenes.

—¿Crímenes? ¡Ah, tus casos!

—¿No podría alarmarlo?

—Pues... si ha oído hablar de ello, aún tendrá más ganas de conocerte, te lo aseguro, ¡pero puede que no te deje acercarte a su familia!

—He de intentar causarle una buena impresión. No tengo palabras para expresar cuánto le agradezco todo esto, de veras.

—No tiene importancia, querido.

—¿Se lo hará llegar en mano?

—Lo tendrá en una hora. Henry —añadió tras una breve pausa—, no estarás sufriendo algún tipo de trastorno profesional, ¿verdad?

—¿A qué se refiere?

—Bueno, pues a que empieces a pensar que suceden cosas malas donde no pasa nada.

—Es posible, iré con cuidado.

Cuando se acercaba la hora del cóctel, Harold entró en la biblioteca y encontró a Gamadge sentado en su sofá *chesterfield* frente al fuego, con un cigarrillo entre los dedos y los ojos clavados en el vacío.

—¿Has sacado algo en claro de Hall? —le preguntó.

—El mensaje no salió de su oficina. Y Fenway no es mi cliente, telefoneó a Hall el lunes.

—Puede que alguien lo vigilara y lo controlara con un arma.

—No correrían ese riesgo. Podría decir algo en código, no es difícil si estás hablando de libros antiguos, como demuestra el propio mensaje que he recibido.

—Sí, no creo que él sea el cliente. —En ese momento sonó el teléfono y Harold fue a atender la llamada al receptor. Enseguida regresó con el auricular en la mano, arrastrando el largo cable que lo unía al aparato—. Es el señor Blake Fenway, quiere hablar contigo.

—¿Señor Fenway? Soy Henry Gamadge.

—Me alegro de encontrarlo en casa, señor Gamadge —respondió una agradable voz al otro lado de la línea—. Yo acabo de llegar a la mía y me han dado una nota de nuestra querida Robina Vauregard. Si de veras está interesado en mis libros, estaré encantado de mostrárselos.

—Se lo agradezco mucho. La señorita Vauregard ha venido hoy a almorzar con nosotros y dijo que le escribiría.

—Además, también tengo los suyos, fascinantes, y será un honor para mí conocer al autor. Espero que Hall le advirtiera que soy un mero aficionado en esto del coleccionismo.

—Para Jervis Hall todos somos meros aficionados.

Fenway rio.

—¡Debería verlo buscando a Melville y a Poe entre mis Aldrich y Stockton!

—El único problema, señor Fenway, es que tengo solo unos días...

—Lo comprendo. ¿Podría hacer un hueco mañana y pasar a tomar café conmigo después de comer? Por desgracia ya tengo una cita para el almuerzo, nuestro comité local se reúne cuando buenamente puede.

—¿A las dos y media?

—Espléndido. Es una pena que no tenga todos los libros de la familia para enseñárselos, muchos de ellos aún están en Fenbrook. Voy haciendo que me los envíen poco a poco, de mayor a menor valor. Hasta ahora, que tengo algo más de tiempo libre, nunca me había dado cuenta de que aquel no es el lugar más seguro para los libros en caso de incendio.

—En estos tiempos no se puede correr el riesgo de perder nada con cierta antigüedad.

—No, ¿verdad? Hasta mañana, entonces.

—Muchas gracias. —Gamadge colgó y devolvió el teléfono al sargento Bantz—. El señor Blake Fenway no es mi cliente, va donde le place.

—Lo he oído. Parece un tipo agradable.

—Diría que es la más amable y considerada de las criaturas, y la menos dañina.

—Lo cual hace que todo sea más extraño. ¿Qué estará pasando en esa casa?

La primera de los invitados al cóctel entró en la biblioteca: la señorita Arline Prady, una joven alta y huesuda con grandes ojos oscuros. Era una bailarina de danza clásica sin empleo, dedicada entonces a rellenar los programas de entretenimiento en los campamentos militares. Le gustaba ir vestida a la última, siempre que fuera barato

y llamativo, y esa tarde llevaba como tocado un chal de lana de un intenso color púrpura, un abrigo corto, vestido rojo y botas altas. El ligero efecto izquierdista del conjunto no era para nada intencionado, pues la señorita Prady carecía de convicciones políticas.

El cabo Lipowitsky llegó poco después y Clara entró corriendo un minuto más tarde, vestida con sus mejores galas para el nuevo invitado. Gamadge se esforzó en animar la reunión que, excepto por su mujer, parecía que iba a ser demasiado solemne. Le hubiera gustado saber de qué hablarían luego, en el restaurante. Sirvió cócteles, repartió canapés y trató de poner una nota de frivolidad en la velada. Al cabo, ayudó a Clara a ajustarse las botas de nieve y despidió al grupito en la puerta.

Cuando volvió a entrar en casa, se dispuso a dar cuenta de su propia cena. ¿Estaría sufriendo un trastorno profesional? Ese caso, si es que era un caso, le causaba angustia y temor. No podía concentrarse en nada más, así que, después del café, volvió a prepararse para salir y se sumergió en la oscuridad de las calles, caminó hacia el norte y se acercó a la casa de los Fenway desde la parte trasera.

Le recordaba a esas viejas y encantadoras cromolitografías que solían colgar por parejas en las paredes de las casas rústicas: «Vida en la ciudad», «Vida en el campo». Esta sería «Vida en la ciudad», con el mismo color y la misma apariencia nebulosa gracias a la semioscuridad y al frío. El enorme edificio cuadrado de ladrillo sobre el suelo nevado parecía acogedor y alegre; de las ventanas salía una luz dorada que se esparcía sobre la albura del jardín, sobre los arbustos y los árboles sin hojas. Uno de ellos era un plátano de sombra y cada una de las bolitas marrones que se aferraban a las ramas más altas estaba coronada por un pequeño capuchón de nieve.

Siguió andando hasta detenerse en la esquina. Un taxi, que sin duda habría sido una elegante limusina solo unos días antes, cuando aún no estaba en vigor la prohibición de circular con vehículos privados, se paró junto a la acera enfrente de la escalera de doble tiro. Dos hombres con sombrero de seda y una mujer se bajaron del coche. La dama llevaba un abrigo de piel de marta cebellina con el cuello subido hasta las orejas, por encima del cual asomaban sus pendientes multicolores. Tenía el cabello oscuro y un rostro anodino y sombrío de perfil aguileño.

—Tenga cuidado, señorita Fenway —le advirtió uno de los dos hombres que la acompañaban, mientras el otro abría un paraguas. Eran tiempos difíciles y extraños para aquella gente.

Cuando la puerta principal se cerró tras ellos, Gamadge encendió un cigarrillo y se dio la vuelta para regresar a casa. La sombra doble de su propio cuerpo avanzaba delante de él, pero la silueta más pálida parecía no tener vínculo alguno con la más oscura ni consigo mismo. «Como este caso fantasma», pensó. «Un misterio vago, incierto y sin forma que no puede explicarse a menos que se tenga la información precisa».

Cuando llegó a casa se puso a trabajar un rato. Clara y el sargento Bantz no volvieron muy tarde y Harold parecía satisfecho.

—Lipowitsky lo ha pasado bien —aseguró—. Eso me ha dicho. Cree que las chicas de Nueva York son muy hermosas.

Gamadge, mirando de reojo a su mujer, dijo que le alegraba saber que Lipowitsky no se había ido decepcionado.

—Supongo que no habrá nada nuevo sobre el caso, ¿no? —preguntó distraído el sargento.

—Pues... solo una cosa. Mi cliente no es la señorita Caroline Fenway.

Capítulo cuatro

El libro de vistas

A las dos y media en punto del domingo 31 de enero, con el sol brillando en el cielo y un libro bajo el brazo, Gamadge se detuvo junto a la casa de los Fenway y la observó desde la esquina. Incluso a la luz del día tenía un aspecto semiurbano: podía imaginarse a las damas paseando por el jardín bajo una sombrilla en las tardes soleadas y al viejo señor Fenway saliendo a trabajar cada mañana en su carruaje.

Bajó entonces por la calle lateral hasta llegar a la escalera de piedra de doble tiro. Allí estaba la ventana-mirador y allí, delante de ella, el sitio donde habían tirado las bolas de papel. Un poco más allá se alzaba el alto muro de ladrillo que albergaba la puerta principal, de color verde oscuro. Gamadge subió por el lado de la escalera que tenía más cerca y vio un patio lateral cuidadosamente pavimentado, con arbustos y una hilera de árboles en la pared que separaba la parcela de la casa vecina.

Llamó al timbre y, cuando le abrieron, entró en un vestíbulo de estilo pompeyano con pinturas en el techo y en las paredes. El suelo era de mármol blanco y negro y las recias puertas de nogal tenían paneles de cristal esmerilado con diseños seudoclásicos. Los Fenway, desde luego, sentían inclinación por lo antiguo. Lo había hecho pasar un criado muy mayor, que le dijo que el señor Fenway lo estaba esperando y guardó su sombrero y su abrigo. Sin embargo, Gamadge se quedó con el libro y trataba de llevarlo con un aparente aire distraído mientras seguía al viejo mayordomo por el pasillo.

Según avanzaban, pudo entrever un inmenso salón en el ala izquierda y un comedor con mirador a la derecha. La ancha escalinata subía y se perdía en la penumbra y, en un recodo del rellano del segundo piso, había una hornacina con una estatua de mármol que representaba a Psique con una lámpara en la mano. Una lámpara de aceite, no iban a conectar a la diosa griega a la instalación eléctrica.

Al final del pasillo una puerta con paneles de cristal dejaba pasar una luz tamizada y grisácea. Junto a ella se distinguía otra, bajo las escaleras (¿un armario?), otra más allá (¿la sala de estar?) y otras dos enfrente. Su guía abrió la última de ellas y anunció su llegada.

—El señor Gamadge.

Gamadge entró en una elegante y enorme biblioteca de paredes paneladas en madera de roble con dos ventanas que daban al jardín y un mirador desde el que se veía el patio lateral. Un hombre alto y delgado se acercó a él; bien afeitado, cabello gris, rostro alargado pero armonioso y dulces ojos azules. Esas facciones aguileñas que hacían de su hija una mujer corriente daban a Blake Fenway, sin embargo, el

aspecto de un hombre apuesto, y además llevaba un impecable traje oscuro.

—Es un gran placer tenerlo aquí, señor Gamadge.

Se dieron la mano y Gamadge replicó que era consciente de que le debía aquel favor a la señorita Vauregard.

—Para nada —continuó su anfitrión—. Estoy encantado de poder conocerlo. Sus escritos son realmente extraordinarios. Libros y misterios que resolver... Fascinante.

—Lo hago por diversión.

Gamadge echó un vistazo a su alrededor, a las altas estanterías con puertas de cristal y coronadas por los bustos de varios escritores y legisladores clásicos, al robusto mobiliario, a las cortinas y la tapicería de terciopelo rojo, a la impresionante cantidad de cachivaches y a la vieja y tupida alfombra turca. Sobre la repisa de la chimenea colgaba un retrato de alguien que compartía rasgos con Blake Fenway, a excepción de la boca, más fina y con un rictus menos afable.

Frente al fuego había una pequeña mesita. El mayordomo entró por una puerta situada en la pared norte de la estancia y dispuso el servicio de café que traía preparado en la bandeja.

—Gracias, Phillips, puede retirarse —le indicó Fenway—. Señor Gamadge, póngase cómodo, por favor.

Gamadge se sentó en una silla frente al dueño de la casa y aceptó un puro. Phillips se fue y Fenway sirvió el café. Cuando Gamadge cogió su taza, este miró de reojo (aunque no por primera vez) el libro que su visita había dejado sobre la mesa auxiliar.

—¿Ha traído algo para enseñarme? —le preguntó—. ¡Espero que sí!

—No es más que una novela que he cogido prestada para leer.

—Me temo que no sigo a los escritores actuales tanto como debería. Mi hija asegura que es un signo de que me estoy haciendo viejo y cree que debería luchar contra esa tendencia. Dice —continuó con una sonrisa— que la ficción nos ayuda a entender nuestro tiempo. En fin, Caroline siempre tiene razón pero cuando leo literatura de ficción, quiero ficción de verdad, ¿entiende? ¡No quiero un manifiesto!

—Hay muchos argumentos a favor de su punto de vista. Pero incluso sus autores favoritos... —Los ojos de Gamadge vagaron por las estanterías que tenía más cerca—. Bueno, ni siquiera ellos dejan sus ideas totalmente al margen de sus novelas.

Fenway rio.

—¡Entonces será que las compartimos!

—Vamos a echar un vistazo.

Los dos hombres fueron recorriendo las vitrinas sección por sección, se detenían para ojear los libros que el señor Fenway iba sacando y comentaban los que eran hallazgos interesantes e incluso auténticos tesoros. Al cabo, cuando habían llegado al final de la pared este, Gamadge señaló un libro en particular.

—Veo que tiene un *Elsie Venner*. El original, imagino, con el fallo de imprenta.

Fenway parecía abochornado.

—Me avergüenza admitir que no lo es, y que no tenía la más mínima idea hasta que Hall me lo dijo. Es un considerable disgusto para mí no poseer esa primera edición, con todos sus detalles. Pero no creo que esté bien alimentar una simple afición en estos tiempos, cuando hay una auténtica necesidad de dinero en el campo de batalla.

—Yo tengo esa primera edición —le reveló Gamadge.

—¿La tiene?! —Fenway lo miraba con ojos anhelantes.

—Y la verdad es que no la quiero para nada. Oiga, señor Fenway, ¿por qué no hacemos un intercambio?

—¿Un intercambio? ¿Y qué podría tener yo que le interese?

—Bueno, tiene dos copias de *Las cartas de William Henry*. Yo lo leí tanto de niño que lo tengo destrozado. Si no viera inconveniente en desprenderse de uno de sus ejemplares y de su propio *Elsie Venner*...

—¿No hablará en serio? No sería en absoluto un trato justo.

—Podemos consultarlo con Hall, pero el valor económico no distará mucho.

—Mi querido señor Gamadge, no puede imaginarse el favor que me hace.

—Nada de eso, pero sé cómo se siente. Yo también he coleccionado primeras ediciones.

—Haré que le envíen los libros a su casa esta misma tarde, y ese mensajero puede también recoger y traer aquí su Holmes.

—De ningún modo; pediré un taxi y me los llevaré yo mismo, y le traeré el suyo en persona esta noche o mañana.

—¿Qué divertidos resultan estos hallazgos y coincidencias! ¡Y qué suerte he tenido! Tengo que contárselo a Caroline, y mi cuñada y su amiga, la señora Grove, también querrán oírlo. Además, todos tienen muchas ganas de conocerlo. Cuando hayamos terminado, subiremos al salón.

A Gamadge le resultó gracioso y muy gratificante saber que había pasado la primera prueba, pero aún quedaba otra por superar. Y llegó mientras Fenway cerraba la puerta de la última estantería.

—Tengo entendido que cumple usted con sus obligaciones civiles de una forma que muy pocos estaríamos cualificados para afrontar —comenzó a decir—. Nuestro bufete nunca se ha dedicado al derecho penal, pero siempre hemos tenido un profundo respeto por aquellos que se enfrentan a los aspectos más desagradables de esta rama de la ley, y por los criminalistas en general.

Gamadge, entre risas, confesó que nunca habría esperado un elogio tan generoso hacia la investigación privada.

—Pero me temo —añadió— que es el reto de resolver el rompecabezas lo que me resulta atractivo. No puedo decir que me muevan razones más nobles cuando abordo un caso.

El señor Fenway parecía encantado.

—Un pasatiempo, ¿eso pensaba!

—Bueno, no es que me lo tome a la ligera.

—Por supuesto, no me refería a eso. Pero no... —Fenway dudó un momento y luego continuó con un tono más afligido—: No se dedica a ello de manera profesional, ¿verdad?

Gamadge volvió a reír.

—Me han contratado alguna vez, pero, ahora que lo pienso, ¡jamás me han pagado!

Fenway estaba más satisfecho que nunca, pero se puso serio.

—Me alegra saber que no todo el mundo se mueve hoy por dinero, pero ahora he de enfrentarme a una disyuntiva. Tengo un pequeño problema sobre el que me gustaría mucho consultarle, pero si acudiese a pedir consejo a un abogado o a un médico, esperarí­a poder compensarlos por prestarme su ayuda y su experiencia.

—Yo no tengo condición de profesional, señor Fenway, y como le he dicho, me gusta resolver rompecabezas. —Gamadge esperaba no sonar demasiado ansioso—. Cuénteme lo que le ocurre. Pero si se trata de libros, le advierto que no soy ningún experto, debería acudir a Hall.

—Hall no ha podido decirme gran cosa y es posible que usted tampoco pueda hacerlo. Pero no importa.

Se dio la vuelta y se dirigió a una mesa grande en el mirador oeste sobre la que había un montón de libros, algunos aún sin desenvolver, y entre ellos dos delgados ejemplares en cuarto con las tapas de color verde oscuro.

Primero cogió uno y luego levantó el otro.

—Pero bueno —murmuró—, ¿qué habrá hecho Caroline con el tercer volumen?

—¿Necesita ayuda?

—No, no. Es el último lote que la joven Hilda Grove ha enviado desde Fenbrook. Una muchacha excelente. ¿Dónde demonios...? ¡Un momento! Ya me acuerdo.

Entonces cruzó la habitación hasta una mesa con incrustaciones tipo *bouille* situada a la derecha de la puerta que daba al pasillo. La superficie quedaba cubierta casi en su totalidad por un gran cofre de metal, de tapa plana, profusamente taraceado en marfil. Fenway lo abrió.

—Aquí está —confirmó, y sacó de su interior un libro similar a los dos anteriores de tapas verdes que, como ahora Gamadge podía ver, estaban encuadernados en terciopelo—. Si fuera usted tan amable de sentarse de nuevo, señor Gamadge, y echarle un vistazo...

Este volvió a ocupar el mismo asiento de antes junto al fuego y apoyó el cuarto en sus rodillas. El título estaba impreso en letras doradas: *Vistas del Hudson*.

Fenway se sentó frente a él y observó cómo lo abría y cómo miraba primero el frontispicio de hermosos colores y luego la página del título.

—«Vistas del Hudson» —leyó Gamadge—. «Con descripciones de varios autores. Cuatro volúmenes. Estampas en color de Pidgeon. 1835». —Y tras pasar algunas páginas, añadió—: Una bella colección.

—Lo era, señor Gamadge. —Fenway parecía apesadumbrado—. Pero si va a la página cincuenta...

—«Descripción de Fenbrook, antigua residencia de los Fenway cerca de Peekskill, por Julian Fenway» —decía en la página indicada. Gamadge alzó los ojos para mirar a su anfitrión—. ¿Era su abuelo?

—En efecto.

—Pero aquí no parece haber ninguna imagen de Fenbrook.

—No, como podrá comprobar, la han arrancado.

Gamadge reparó en el talón de papel irregular que había quedado donde antes estaba la lámina, y otro similar en la tela protectora.

—¡Es espantoso!

—Se imaginará cómo me sentí cuando fui a buscar la estampa y descubrí que había desaparecido. Aunque quizá no pueda hacerlo, a menos que sepa usted que la casa original fue derribada en 1849 y que esa reproducción era todo lo que nos quedaba del viejo Fenbrook. La serie es irremplazable; algunos de los propietarios de aquellas tierras se juntaron para encargar las ilustraciones y redactar los textos, y Hall cree que no habrá ninguno en el mercado. Fenbrook era una casa pequeña y sencilla y mi abuelo no parecía tenerle demasiado aprecio, dejó que se la quedara un amigo junto con el resto de la propiedad. Mi padre nunca llegó a verla.

»El pobre anciano —continuó Fenway después de que Gamadge expresara su condolencia con un gesto—, me refiero a mi abuelo, claro, no hizo un mal negocio desde el punto de vista económico; pudo comprar terrenos aquí y en el condado de Westchester y en la década de los sesenta hizo construir esta casa y el nuevo Fenbrook. Puedo asegurarle que en aquel momento eran de lo más moderno, ¡pero tendría que haber visto la encantadora casa al sur de la ciudad donde nació mi padre! También ha desaparecido. Ahora tenemos esta, que incluso para mí, con todo su valor sentimental, no es ningún modelo de belleza arquitectónica, y otra del mismo periodo al norte del Hudson, más propia de las afueras, desde luego, ¡y de un estilo muy local!

—Estoy seguro de que tendrá un gran encanto y dignidad.

—Solo un Fenway viviría hoy allí. Pero al menos puedo dar gracias por una cosa: mi pobre hermano Cort no llegó a saber que la estampa del viejo Fenbrook se perdería. Apreciaba mucho estos libros. Todavía puedo verlo, sentado en la biblioteca de aquella casa con el tercer volumen sobre sus rodillas. Ya entonces teníamos en mente un proyecto y yo estaba deseando llevarlo a cabo... hasta ahora. Ahora no tiene mucho sentido. Quería escribir una breve historia de nuestra familia aquí, pues en Inglaterra ya no nos quedan parientes, para la Sociedad Histórica. Por supuesto, la reproducción de la vista de Fenbrook y la descripción de mi abuelo habrían sido lo más importante, lo único importante quizá. Por ese motivo he hecho que me trajeran los libros; ahora que me he retirado de la abogacía, creí que sería una manera estupenda de ocupar mi tiempo libre.

—Es una lástima, señor Fenway.

—Y bien, señor Gamadge —continuó el otro al tiempo que se recostaba en su asiento y miraba sonriente a su invitado—, ahora le toca a usted decirme qué puede haber sido de la vista de Fenbrook.

Gamadge le devolvió la sonrisa.

—¿A mí?

—Ese es mi pequeño problema. Verá, no tengo esperanzas de recuperar la lámina, que podría haber desaparecido en cualquier momento de los últimos veinte años. No había vuelto a abrir estos libros desde que mi hermano murió. Pero me gustaría que una mente entrenada en este tipo de enigmas me dijera por qué demonios alguien querría arrancar esa página, y solo esa, y qué ha podido hacer con ella.

Gamadge adoptó entonces una actitud más seria.

—No tengo ningún inconveniente en analizar las posibilidades, pero no será un buen análisis a menos que pueda considerarlas todas.

—Por supuesto, todas. —Fenway parecía sorprendido—. ¿Por qué no iba a ser así?

—Mis razonamientos pueden llegar a ser algo enojosos, suelo continuar ahondando en cada aspecto mucho más allá de lo que otras personas están dispuestas a aguantar antes de abandonarlo. Es posible que lo aburra.

—¿Aburrirme? Me atrevería a decir que es usted absolutamente incapaz de hacer tal cosa, señor Gamadge.

—Bien, empecemos por el principio. —Gamadge bajó la vista hacia el libro abierto que descansaba sobre sus rodillas—. ¿Dice que vio la lámina hace veinte años?

—Algo menos, en realidad. Mi hermano estuvo en Fenbrook poco tiempo antes de morir, una muerte muy repentina, de neumonía, en el verano de 1923.

—¿Dónde estaban guardados los libros?

—En una vitrina muy parecida a estas, en la biblioteca de Fenbrook.

—¿Sin llave?

—Así es, no creíamos que hubiera nada de valor. Para los ladrones, quiero decir.

—¿Y cuándo los recibió usted aquí, en Nueva York?

—Llegaron el jueves 21, por la tarde. Abrí el paquete ahí, en esa mesa, pero no tuve tiempo de mirarlos hasta el viernes por la noche, después de la cena.

—¿Fue esa joven, la señorita Grove, quien los envió?

—Por correo urgente, junto con algunos otros, el martes. Ahora no utilizamos el coche para esas cosas, claro, solo para hacer las compras más imprescindibles. Hilda, desde luego, quedó consternada cuando la llamé para preguntarle por la lámina. Al principio tuve la vaga esperanza de que se hubiera desprendido y estuviera en la biblioteca, debajo de algún mueble. Pero es obvio que ha sido arrancada.

—¿La señorita Grove la ha buscado allí?

—Ha mirado en todas partes. Nosotros solo subimos cuando hace buen tiempo,

para ahorrar carbón. Los Dobson, una pareja encantadora que lleva muchos años con la familia, mantienen caldeada una parte de la casa para Hilda y para ellos mismos. Creí que se sentiría sola —añadió Fenway con expresión dubitativa—, pero ella asegura que no, aunque tampoco se quejaría si fuera así. Es sobrina, bueno, sobrina política de la amiga y dama de compañía de mi cuñada, la señora Grove, ¿le he hablado ya de ella? Mi cuñada sufrió un grave accidente cuando intentaba salir de Francia en 1940... una experiencia terrible. Aún no puede caminar, pero ha mejorado mucho desde entonces. La señora Grove cuida de ella, tienen una relación admirable.

—Eso parece, como la de dos viejas amigas.

—Se conocen desde la escuela, de hecho.

Gamadge estaba estudiando de nuevo el vacío que había dejado la estampa de Fenbrook.

—Tanto la lámina como la tela protectora han desaparecido, pero lo más probable es que al arrancar la primera, la segunda saliera con ella. Podemos por tanto obviar la falta de esta última. La pregunta es: ¿por qué arrancar la ilustración? Veamos, hay algunos motivos más o menos corrientes para separar las estampas de los libros; deberíamos comenzar por ellos. Existe una práctica nefanda conocida como «injertación», que algunos denominan, de forma más amable, «extrailustración».

—Nunca he oído hablar de ello.

—Desde finales del siglo XVIII es una especie de entretenimiento para gente con mucho tiempo libre a la que le gusta mutilar libros y que disfruta con los pequeños trabajos manuales. Piensan que están creando algo, y desde luego un ejemplar «injertado» es único, pero a costa de muchos otros cuyas ilustraciones han amputado sin ninguna consideración.

—Pero ¿quién podría querer una imagen del viejo Fenbrook para algo así?

—No se me ocurre nadie, a menos que haya otras personas con la intención de escribir sobre la familia Fenway.

—Puede que a veces haga excesiva gala de mi orgullo familiar —dijo Fenway con una sonrisa—, pero ni siquiera yo creo que a nadie más le interese nuestra historia. Los únicos Fenway que quedamos somos mi hija, mi primo Mott y yo. Y mi sobrino. Todos ellos están fuera de sospecha.

—Y hemos de asumir que la Sociedad Histórica no está recopilando material para sus archivos... de manera informal. Bien, sigamos. Se sabe que la gente saca ilustraciones de los libros para enmarcarlas y colgarlas en la pared, o para pegarlas en las pantallas de las lámparas o en las papeleras. La lámpara que tiene a su lado, por ejemplo, está decorada con la reproducción de un bonito grabado sobre madera... —Gamadge se inclinó un poco hacia delante—. Un retrato de Teofrasto. Si no está sacado de un libro, le prometo que me como la ilustración y hasta la propia lámpara.

Fenway, sorprendido y con aire de culpabilidad, miró de soslayo la efigie de Teofrasto.

—Caroline llevó la lámpara a un decorador —se excusó—. Pero le aseguro que

no ha podido pasar nada similar con la vista de Fenbrook.

—¿Está seguro? Lamento decirle que en cierta ocasión encontré, entre las pertenencias de mi abuela, una vista topográfica de la antigua Albany en el reverso de una fotografía de mi abuelo en la que salía con unas inmensas patillas.

—Es inconcebible que nadie relacionado con esta familia haya hecho algo así.

—Es poco probable, estoy de acuerdo con usted, y fácil de descartar si comprueba los cuadros o fotografías que tenga colgados en Fenbrook. El proceso de superposición, en todo caso, no habría sido un trabajo profesional. El retrato de mi abuelo estaba sujeto con dos tachuelas y un trozo de cinta adhesiva. En fin, creo que voy a volver a incomodarlo. No es raro que los niños rompan o pintarrajeen las hojas de los libros, o que derramen cualquier cosa sobre ellos. Hablo de niños porque un adulto confesaría haber causado un daño accidental, pero una criatura podría optar por arrancar la hoja y así no solo se estaría protegiendo a sí mismo, sino que, según la lógica infantil, creería hacer desaparecer el estropicio.

Ahora Fenway parecía aturdido e incómodo.

—Los libros estaban en una vitrina cerrada; ningún niño ajeno a la familia ha tenido acceso a ellos, desde luego ninguno que hubiera podido ir con una visita. Y Caroline sería incapaz de maltratar así un libro, siempre los ha cuidado con esmero, como todos nosotros. Si hubiera estropeado la lámina por accidente, estoy seguro de que me lo habría dicho. No se ha criado de una forma tan estricta como mi generación —prosiguió, levantando la mirada hacia el retrato que colgaba sobre la repisa de la chimenea—, no me tenía miedo. En aquella época, cuando vi la estampa por última vez, debía de tener unos once años. Demasiado mayor para... No, imposible.

—¿Y su sobrino?

—Alden no estaba aquí, vivía con su madre en Europa.

—¿Quién se encargaba de limpiar la biblioteca entonces, y quién lo hace ahora?

—Personas responsables en los dos casos, que no moverían ni un cuadro por error, y mucho menos pintarían en un libro o arrancarían una página. Además, creo que los libros se limpian muy de vez en cuando, al guardarse en vitrinas se supone que están a salvo del polvo.

—¿Quién ha pasado por allí en estos diecinueve años, desde la última vez que vio la estampa, señor Fenway?

—Nuestros empleados, yo mismo, mi hija, mi primo Mott y un buen puñado de visitas e invitados inocentes. Y desde 1940, en verano y en otoño, mi cuñada, su hijo, la señora Grove y Hilda. ¡Ah, y el joven Craddock!

—¿Familiar?

—Pues... no. Mi sobrino no tiene una salud muy fuerte. Craddock cuida de él, más o menos. Un tipo inteligente, trabajó como periodista. Él mismo está convaleciente de una enfermedad, ¡pero tiene mucha energía!

—¿Sería posible, ya que su hermano compartía ese proyecto de escribir la historia

familiar, que hubiera extraído él la lámina, tratando de hacerlo con cuidado y con la intención de restituirla más adelante? —Fenway sacudía obstinado la cabeza de un lado a otro, pero Gamadge continuó—: Quizá para mostrar la estampa a algún artista extranjero y pedir consejo sobre su reproducción.

—Me lo habría consultado —contestó el otro—, y no pudo sacarla del país porque él nunca volvió a salir. Murió aquí, de un tipo muy virulento de neumonía, pocas semanas después de que lo viera por última vez hojeando el libro que tiene usted ahora en sus manos.

Gamadge, que estaba él mismo pasando las hojas del cuarto, alzó la vista y sonrió a su anfitrión.

—Pues bien, si asumimos que todas sus suposiciones son ciertas, debemos concluir que la lámina fue separada del libro al llegar a esta casa, el jueves de la semana pasada.

Fenway se irguió en su silla. Parecía bastante conmovido.

—Saque esa idea de su cabeza, señor Gamadge, es imposible.

—Sin embargo, la estampa no está y usted ha refutado todas las posibilidades de que desapareciera en Fenbrook.

—Pero ¿qué motivo iba a tener nadie en esta casa para arrancar esa página? En ningún momento he pensado siquiera que hubiera podido suceder aquí.

—Supongo que siempre es más fácil echarle la culpa al pasado. Pero los motivos se disciernen mejor en el presente, y podría haber motivos más evidentes si la mutilación hubiera tenido lugar en esta habitación. No es necesario señalar que la oportunidad ha estado ahí: el libro estuvo expuesto y sin envolver sobre esa mesa más de veinticuatro horas, al alcance de todos los habitantes de la casa. Aunque quizá deberíamos exceptuar a la señora Fenway.

—Mi cuñada solo baja en ocasiones especiales, en una silla transportada por dos hombres.

—La excluiré entonces.

Gamadge dejó a un lado su puro y volvió a hojear el libro de vistas.

—Todos están excluidos, señor Gamadge —insistió Fenway, y su invitado lo miró de nuevo.

—En ese caso, no tenemos más opción que olvidarlo todo.

Se hizo entonces un breve silencio, antes de que Fenway volviera a hablar.

—Le ruego que me perdone, claro que no vamos a olvidarlo. Se trata de una disquisición teórica, sin malas intenciones. Tengo que dejar a un lado lo personal. Por favor, señor Gamadge, continúe.

—Solo hay una o dos posibilidades más que considerar. Si el asalto ha ocurrido aquí y en los últimos días, puede que alguien supiera el valor que usted le otorgaba ahora a la estampa y la retiene para pedir algo a cambio. Usted ofrece una recompensa y la lámina aparece. —Fenway se mostraba cada vez más indignado—. Pero esa gratificación, desde luego, no iba a ser muy cuantiosa. Apenas puede valer

más de cincuenta dólares como mucho, imagino. Para recurrir a una maniobra como esta, alguien tendría que verse en una situación muy desesperada.

—¡Y ser un vulgar criminal!

—Quizá sea su primer delito.

—Nadie en esta casa, ni uno solo de los empleados, de los que no dudo en absoluto, tiene la necesidad de rebajarse así. Todos pueden acudir a mí si necesitan ayuda.

—Siempre queda el extraño factor del orgullo o la vanidad. Si puedo robar, por qué pasar la vergüenza de suplicar.

—¡Qué espanto!

—Sin embargo, sería peor sugerir que la lámina podría haber sido usurpada de sus archivos familiares y destruida para satisfacer un resentimiento personal, contra usted o contra los suyos.

—Si alguien abriga resentimientos contra mí o contra mi familia, lo oculta muy bien.

Gamadge cerró el libro de vistas.

—¿Puedo llevármelo a casa esta noche, señor Fenway? Me gustaría examinarlo con más detenimiento. Se lo devolveré cuando le traiga su Holmes.

Fenway, empujado por su abrumador sentido de la gratitud, asintió casi con impaciencia.

—Pues claro, por supuesto. Pero de veras, no tiene por qué cargar usted mismo con todos esos libros, señor Gamadge, ¡cinco contando el suyo!

—Me las apañaré sin problema si puedo utilizar un poco de papel de envolver y un trozo de cuerda.

Gamadge hizo un pulcro paquete con los libros, pero no guardó *Puestos en servicio*; cuando él y Fenway salieron de la biblioteca, lo llevaba bajo el brazo.

Capítulo cinco

La papelera

El corredor del segundo piso, igual que el del primero, tenía el techo alto y decorado con multitud de molduras, y terminaba en una puerta con paneles de cristal. Gamadge supuso que aquellas puertas daban paso a las escaleras de servicio. Siguió a su anfitrión, por aquellas alfombras que absorbían el sonido de sus pasos, hasta llegar al gran salón que ocupaba dos terceras partes de la fachada del edificio y en el cual había en ese momento seis personas, aunque solo cinco de ellas levantaron la vista cuando entraron. El sexto ocupante, un hombre joven, alto y corpulento, de cabello rubio, estaba sentado y un poco encorvado junto a una mesa situada entre dos ventanas que daban al oeste, con un lápiz en la mano y los ojos fijos en un juego dibujado sobre una hoja de papel hasta que su compañero, otro hombre joven, pero más delgado y enérgico, se levantó y le tocó el brazo. Entonces él también se levantó y se quedó allí de pie, esbozando una leve y afable sonrisa.

Dos mujeres, una de ellas en silla de ruedas, estaban sentadas una frente a la otra, con una mesa redonda entre ambas, en el mirador. Y una muchacha más joven y un hombre mayor compartían un pequeño sofá que formaba ángulo recto con la chimenea, situada a la derecha de la entrada. Había otra puerta en la pared este. Estaba entreabierta y daba a una bonita y lujosa habitación en la que podían distinguirse algunos muebles de color azul suave y una alfombra floreada.

—He cumplido mi promesa —anunció Fenway— y os he traído al señor Gamadge. Aquí están todos, señor Gamadge, impacientes por conocerlo. Mi cuñada, la señora Fenway.

Gamadge cruzó la estancia para estrechar la mano que esta le tendía; una bella mano de la que, sin duda, fue una vez una hermosa mujer, y que aún lo sería si no fuera por esa expresión angustiada y macilenta que le daba el aspecto de un animal enjaulado. La edad no había surcado de arrugas su tersa piel, ni había ensombrecido el brillo de sus ojos azules ni vuelto ceniciento su cabello rubio, pero sí había desdibujado levemente las nítidas facciones que tiempo atrás debían estar modeladas como las de Psique, pero a una escala mayor. Era una mujer robusta y sin duda de buena estatura. Llevaba una elegante chaqueta de terciopelo azul oscuro y tenía las piernas cubiertas con una bata de color amarillo intenso.

—Ha sido muy amable por su parte apiadarse de nosotros, señor Gamadge —dijo la viuda de Cort Fenway—. ¡Estábamos tan aburridos!

Gamadge, observando sus fatigados ojos azules, repuso que no podía creerlo.

—La pobre señora Grove puede decírselo —insistió ella—. Mi amiga, la señora

Grove, el señor Gamadge.

La señora Grove, una mujer menuda con cara de pajarillo, el semblante ajado e indescifrable, apretó los labios y lo miró sin sonreír con sus pequeños ojos oscuros. Luego volvió a concentrarse en su labor. La mesa redonda que tenía delante estaba atestada de útiles de costura: telas, madejas de lana de todos los colores, tijeras y canastillas. Había también un teléfono, prácticamente enterrado por tanto aparejo, y debajo una papelería llena de restos de hilo. Alguien había tirado, también, una bola de papel.

El señor Fenway continuó con las presentaciones.

—Mi hija.

Gamadge se giró para corresponder al leve gesto de cabeza que le dirigía la señorita Fenway y volvió a ver aquella expresión plana y sombría, pero educada, que había distinguido en la oscuridad la noche anterior, el pelo castaño arreglado en un sencillo peinado, la piel clara y pálida. Vestía traje de chaqueta y blusa de seda, los mismos pendientes brillaban en sus orejas y llevaba un anillo de zafiros en la mano derecha; una joya antigua, sin duda herencia de familia. Advirtió en sus ojos de color avellana una mirada sarcástica, pero se mostraba cortés e interesada.

—Mi primo Mott —prosiguió su anfitrión.

El hombre alto y de edad avanzada que se había levantado junto a Caroline tenía los ojos azules y la nariz pequeña y respingona de los Fenway, pero la expresión mordaz de la joven, y además le faltaba la solemnidad de su primo. Su aspecto era más bien el de un anciano jovial que, en general, consideraba la vida un tanto absurda pero sin darle importancia.

—Estaba impaciente por que llegara este momento, señor Gamadge, leo sus libros —le confesó Mott Fenway.

—Todos lo hacemos —corroboró Caroline.

Y la señora Fenway se sumó al elogio con una sonrisa.

—¡Desde luego!

Gamadge se dio cuenta de que en otra época probablemente no importara lo que esa mujer dijera una vez que la vieras sonreír, e incluso ahora su gesto resultaba reconfortante.

—Se lo agradezco mucho.

—Aquel es mi sobrino Alden —le indicó Fenway a continuación.

El invitado se dio la vuelta para saludar al joven. «No», pensó, «uno no notaría nada si no lo supiese». Tenía un ademán un tanto distraído, pero se comportaba como lo hubiera hecho cualquier otro joven sin mucho espíritu, correcto pero indiferente. Hizo un gesto con la cabeza y se quedó de pie, en silencio, junto a su silla. Un niño grande mimado por su madre y, si observabas el rostro de ella cuando lo miraba, la luz de sus ojos.

—Y el señor Craddock —concluyó Fenway—. Ahora ya podemos sentarnos todos.

Craddock, un muchacho pálido y enjuto de pelo negro con aspecto inteligente y un aire de brío contenido, se acercó con una silla y la dejó junto a la de la señora Fenway. Cuando Gamadge se sentó, tenía a todo el grupo en su campo de visión y a Caroline justo enfrente. Fenway tomó asiento en el lado opuesto de la chimenea al que ocupaban su hija y su primo, y Craddock volvió a la mesa situada entre las dos ventanas del lado oeste y él y Alden retomaron su juego.

Una gran responsabilidad, pensaba Gamadge, para un hombre sin la preparación adecuada, atender a una persona en sus circunstancias. Si el joven Fenway quisiera, y supiera cómo hacerlo, podría partir a Craddock por la mitad.

—El señor Gamadge —anunció Fenway— acaba de hacerme un enorme favor. Hemos cerrado un trato para intercambiar algunos libros, pero mucho me temo que él se ha llevado la peor parte.

—No creo que haya estado solo siguiéndote la corriente, padre —comentó Caroline al tiempo que tiraba la ceniza de su cigarrillo al fuego de la chimenea.

Gamadge sonrió.

—¿No le parezco el tipo de necio que confundiría sus propios intereses por un exceso de cortesía?

—Eso sería más bien confundir a la otra persona.

—Tiene mucha razón.

—No creo que sea tan débil de espíritu.

—Me siento halagado —repuso Gamadge entre risas.

Mott Fenway parecía estar divirtiéndose.

—Como verá, señor Gamadge —dijo dejando a un lado su puro—, en esta casa somos grandes filósofos. Nos gusta la dialéctica.

—No es necesario que te rías de mí, primo Mott —replicó Caroline, y cuando Gamadge dejó el ejemplar de *Puestos en servicio* sobre la mesa, en un espacio libre de bordados, añadió—: ¿Es ese un libro filosófico, señor Gamadge?

—Mucho, y encierra un mensaje.

—¡No me diga! —exclamó Mott en tono jocoso.

—Sin duda encierra un mensaje.

En ese momento, Gamadge era tan consciente de la tensión que se percibía a su alrededor que temía delatar su propio nerviosismo. Comenzó a observar con actitud respetuosa la habitación, decorada en tonos grises, marrones y amarillos, y continuó hablando.

—Si me permiten decirlo, los Fenway tienen también un mensaje para la gente de hoy. Tienen ustedes un gusto impecable, saben exactamente lo que no hay que cambiar.

Sin embargo, se preguntaba cómo reemplazarían aquellas telas cuando perdieran el color o se vieran desgastadas. Los muebles de nogal y oro, por supuesto, estaban hechos para la eternidad.

—Me temo que estamos un poco anticuados —contestó Fenway—. ¿No es así,

Belle?

Aquello parecía una broma familiar. La señora Fenway, que había vuelto a coger su labor, le dedicó una afectuosa sonrisa.

—La triste verdad, señor Gamadge —empezó a explicar la dama—, es que cuando me casé incomodé a mi marido y causé un considerable enojo a mi suegro al querer cambiar las cosas aquí y en Fenbrook. Quería arte moderno y una decoración de estilo colonial. Al final me hicieron comprender que ambas casas habían sido diseñadas por un gran maestro y que nada debía alterarse jamás.

—Fuiste muy comprensiva con nosotros, querida —le dijo Fenway—. Al menos triunfaste en tu gran cruzada por el cuarto de baño. —Y de pronto preguntó—: ¿Seguro que la señora Grove y tú queréis tener la ventana abierta? ¿No os molesta la corriente?

Gamadge se había percatado antes de que la ventana central del mirador estaba levantada un par de centímetros, pero la señora Fenway negó con la cabeza.

—No hace corriente, ni siquiera en los peores días, y Alice y yo estamos acostumbradas a la vieja y fría Europa. A veces nos sentimos un poco ahogadas con el calor de la calefacción y el fuego de la chimenea. ¿Verdad, Alice? —añadió al final, mirando de reojo a su compañera y con ese ligero tono de inseguridad que Gamadge ya había notado en su voz cuando se dirigía a ella.

La señora Grove alzó la vista, apenas esbozó una débil sonrisa y volvió a concentrarse en su tarea. Movía la aguja de forma metódica: primero hacia abajo dando puntadas en diagonal y luego haciendo reaparecer la punta brillante y roma desde el otro lado de la tela.

—Mi cuñada —comentó Fenway— por fin tiene la oportunidad de cambiar algo en el número 24. Los brocados del salón están algo astrosos y el diseño no se puede replicar, ya no fabrican esos mismos colores, así que ella y la señora Grove han asumido la formidable tarea de bordar fundas para seis butacas, dos sillones, un banco y un diván. ¿Ha visto alguna vez patrones más hermosos?

Gamadge se inclinó hacia delante y levantó un extremo de la tela para apreciarla mejor, con tanta torpeza que enganchó con la manga unas tijeras que había sobre la mesa y las tiró al suelo. Reconoció a sus autoras la belleza de aquel trabajo y enseguida se disculpó y se agachó a recuperar el objeto caído. En ese momento aprovechó para coger también la bola de papel de la papelera, que escamoteó con la mano izquierda mientras se levantaba con las tijeras en la derecha. Deslizó con disimulo el papel arrugado en su bolsillo, dejó de nuevo las tijeras encima de la mesa y volvió a admirar las guirnaldas y volutas que destacaban sobre el fondo de color verde pálido.

Una voz grave y profunda, que venía de algún lugar en el extremo derecho de la sala, lo interrumpió.

—Se me ha roto el lápiz.

—Ahora te traigo otro, amigo —se ofreció Craddock al tiempo que se levantaba.

La señora Fenway giró la cabeza para mirar a su hijo, que seguía sentado con el ceño fruncido y sin apartar los ojos del lápiz.

—Cariño —le dijo—, no deberías dejar que el pobre Bill se tome la molestia de traerte otro lápiz, puedes ir y coger uno tú mismo.

—No es molestia, señora Fenway, no tardo nada. Los que le gustan están arriba, en mi habitación.

Craddock salió al pasillo y subió corriendo las escaleras hasta el piso superior. Alden esperaba sentado con paciencia, mirando el lápiz roto, aún bajo la atenta mirada de su madre; una mirada llena de amor y congoja. Se hizo un momento de silencio, durante el cual la señorita Fenway se encendió otro cigarrillo y Mott empezó a silbar para sí una alegre melodía de otro siglo. Cuando Craddock regresó, Blake Fenway volvió al tema de los bordados.

—La joven sobrina de la señora Grove, Hilda, copió los dibujos para la nueva tapicería del Museo Metropolitano, señor Gamadge; será de lo más exclusiva.

—Una niña adorable —agregó la señora Fenway—. Ha trabajado mucho y es muy inteligente. ¿No le parece que tenerla en Fenbrook es como encerrarla en una de esas torres de marfil, señor Gamadge?

Este respondió que le gustaban las torres en las escenas de naturaleza.

—Pues Hilda no debería estar en una —insistió Belle—. No sé cómo podéis abandonarla allí arriba, en esa casa que es como un establo, solo digo eso.

El tono de la señora Fenway era trivial, pero parecía que se tomaba el asunto muy en serio. Craddock, al oír que mencionaban a la ausente Hilda, había levantado la cabeza y sus ojos oscuros se movían de uno a otro según hablaban.

—A veces yo también creo que debe de sentirse sola allí —dijo Blake Fenway algo preocupado.

Caroline, mientras observaba cómo se consumía el extremo de su cigarrillo, alegó que, al parecer, a ella le gustaba.

—¡Tonterías! —terció jovial la señora Fenway—. Es imposible que a ninguna chica de su edad le guste estar allí, y no entiendo por qué al menos no pueden subir los chicos los fines de semana, es absurdo. Hilda es tu secretaria, Blake, y los Dobson son también empleados. Es parte del personal.

Craddock murmuró desde el fondo que Hilda era aficionada al esquí.

—¡Pues claro! —replicó de nuevo la viuda—. ¿Por qué no vais todos a esquiar un día?

Entonces Caroline, con cierta ironía, repuso que quizá la señora Grove tuviera una opinión al respecto.

Gamadge oyó por primera vez en ese momento la voz de la tercera mujer. Era una voz tenue, pero clara y cortante.

—Sé que puedo confiar esa decisión al señor Fenway.

—Sí —repuso Caroline tras dirigirle una fugaz mirada—. Y todos sabemos muy bien cuál será, la misma que si yo tuviera diecinueve años y estuviera en el lugar de

Hilda. ¿No es así, padre?

—¿Y por qué no, querida?

La señora Fenway sonrió a Gamadge con gesto inocente.

—Parece que estoy en minoría, pero siempre intento ponerme del lado de los jóvenes, ya lo ve.

Mott Fenway intervino para decir que aquello de ordenar libros y papeles viejos era un trabajo poco adecuado para la muchacha, después introdujo un tema que al parecer su primo Blake no tenía intención de tratar con la familia aquella tarde.

—Me pregunto qué más descubriremos que se ha perdido. —Y dirigiéndose a su invitado, añadió—: Ha habido una misteriosa desaparición en la casa, señor Gamadge.

—¿De veras?

—Un dibujo de nuestro viejo hogar, arrancado de las páginas de un libro.

—Ah, sí, he visto el volumen donde estaba.

—¿Cree usted que era valioso? —preguntó la señora Fenway—. ¿Podría alguien haber sacado dinero por ello? Me refiero a algún invitado sin escrúpulos, desde luego, si es que gente así ha podido pisar Fenbrook alguna vez.

—O el criado sin escrúpulos de algún invitado —apuntó Mott.

—¿Cree que podrían haberlo vendido por mucho, señor Gamadge? —insistió la primera.

—La colección completa podría tener un valor considerable, si puede describirse como considerable una suma de entre setenta y cinco y cien dólares —explicó Gamadge—. Aunque solo es una estimación, claro.

—Un valor considerable —repitió Mott Fenway con una sonrisa.

—Pero la lámina por sí sola no —continuó Gamadge—. No creo que valiera apenas nada.

El joven Craddock dijo que conocía a un tipo que había empapelado así una habitación.

—¿Así, cómo? —preguntó Caroline.

—Con dibujos y láminas viejas. Las compró por cinco centavos cada una y las pegó en las paredes. Quedó bien, muy original.

—Las paredes de Fenbrook no están empapeladas —dijo Mott sonriendo de nuevo—, pero podríamos utilizar facturas y contratos viejos para hacerlo.

—¡Ah, no! —protestó la señora Fenway con una caída de ojos—. Solo hay una cosa que valga la pena hacer con los papeles viejos y es tirarlos. ¡Tírarlos todos!

Gamadge y Blake Fenway se estremecieron, y Mott esbozó una sonrisa compasiva.

—Ojalá pudiéramos recuperarla —suspiró Caroline—. Ojalá el señor Gamadge pudiera ayudarnos a encontrarla. Podríamos recompensarle con algo que fuera de su interés, ¿verdad, padre? Si es que lo tenemos. A lo mejor queda alguna primera edición de alguien allí arriba, en Fenbrook.

Gamadge se levantó y les aseguró que, si se cruzaban con el Trollope que andaba buscando, estaba en el mercado.

—¿Qué Trollope? —Caroline dejó también su asiento cuando los hombres se pusieron en pie.

—*Tenía que tener razón.*

—Nunca se ha escrito un libro más nefasto —opinó Mott.

—¡Pero encierra un mensaje!

Todos rieron la ocurrencia de Gamadge excepto Craddock y Alden Fenway. Este se había levantado siguiendo el ejemplo de su compañero y permanecía en pie, esperando con paciencia el momento de poder sentarse de nuevo. Gamadge tomó la mano de la señora Fenway.

—Ha sido muy amable por su parte permitir que subiera a conocerlos.

—¡Le suplico que vuelva a visitarnos en otra ocasión!

—Lo haré.

Gamadge cogió su novela y se despidió con un gesto de la señora Grove. Esta y Craddock le correspondieron con un ademán similar y Alden agachó la cabeza. Los otros tres guiaron a su invitado fuera de la habitación y hasta el rellano de la escalera.

—Yo le acompañaré —se ofreció Mott—. Dispensaremos al viejo Phillips por esta vez.

—Porque si lo fatigamos —dijo Caroline con una sonrisa—, ¿dónde vamos a encontrar otro como él, verdad?

—¡Es implacable! —Mott la miraba benevolente mientras ella estaba allí de pie, del brazo de su padre—. No se calla nada de lo que piensa. Algo incómodo para el resto de nosotros, que a menudo utilizamos mucha palabrería precisamente para ocultar nuestras verdaderas intenciones.

Fenway manifestó su protesta.

—Espero que el señor Gamadge entienda tu peculiar sentido del humor, y el de Caroline.

—Estoy segura de ello —murmuró su hija.

Gamadge afirmó que en aquellos tiempos el mundo podría dar cabida a un ensayo sobre la sinceridad escrito por la señorita Fenway.

Caroline se echó a reír.

—Lo dudo mucho. Nada de lo que he escrito ha tenido jamás cabida en ningún sitio, señor Gamadge. Me temo que ya haya hecho todo lo que estaba destinada a hacer al respecto. Dejé esas tonterías hace mucho tiempo.

—Quizá abandonara demasiado pronto.

—Al menos tuve grandes expectativas una vez. ¿Qué es lo que iba a hacer, padre? ¿Lo recuerdas? ¿Fundar una galería o una revista?

—Cariño, nunca entendí por qué los editores no aceptaban tus trabajos.

—Después de pasar por tu censura, no tenían ninguna posibilidad.

Padre e hija se entendían a la perfección. Se despidieron de Gamadge, aún

cogidos del brazo y sonriendo, mientras este bajaba las escaleras junto a Mott Fenway.

—Yo mismo puedo coger mi abrigo y mi sombrero, no se preocupe.

—Qué lástima, esperaba que pudiéramos hablar en privado un momento. —Mott miró a su espalda, bastante inquieto a pesar de su tono jocoso—. ¿Tiene quince minutos?

—Desde luego.

—No quisiera que los demás sepan que hemos hablado. ¿Le importa si vamos a la biblioteca? Estarán todos arriba hasta la hora del té.

—Claro, además tengo que recoger unos libros que he dejado antes allí. —Pero según llegaban al pasillo de la planta baja y Mott giraba hacia el fondo que se perdía en la penumbra, Gamadge se detuvo—. Disculpe si le hago una sugerencia, pero si los demás deben pensar que me he ido, ¿no sería mejor hacer como que se abre y se cierra la puerta principal?

Mott, con las manos en los bolsillos de su vieja chaqueta de salón, se paró también.

—Soy un aprendiz en manos de un profesional. Por favor, abra y cierre la puerta.

Una vez hecho esto, Gamadge volvió junto a él.

—Ahora quizá debería coger mi abrigo y mi sombrero. Así, si nos tropezamos con alguien, podría decir que he olvidado algo y que usted me ha vuelto a abrir.

Mott parecía muy entretenido.

—Veo que he acudido al hombre indicado: claridad mental y capacidad de subterfugio es lo que necesito, y creo que lo encontraré en usted, así como inteligencia, que ya se la supongo.

Abrió la puerta que había bajo las escaleras y Gamadge recuperó sus pertenencias de un armario lleno de prendas de calle. Luego continuaron andando por el pasillo hasta llegar a la biblioteca. Gamadge dejó el abrigo, el sombrero y la novela sobre el paquete de libros que había dejado envuelto en la mesa grande hacía un rato y se dio la vuelta para mirar a su cómplice.

—Y bien, señor, ¿qué puedo hacer por usted?

—Se trata de ese asunto de la lámina extraviada de Fenbrook, señor Gamadge. Un extraño enigma. Sentémonos para hablar de ello.

—Verá, señor... —Gamadge miró la amplia puerta por la que habían entrado, se dirigió hacia ella y se apoyó, con una sonrisa, sobre la jamba izquierda. Trató de no parecer grosero—. Siéntese usted, yo me quedaré vigilando.

—¡Caramba!

—¿Acaso no teme que nos escuchen?

—Nadie nos va a escuchar, señor Gamadge, porque nadie cree que haya nada a lo que prestar atención. Solo Caroline sabe que albergo ciertas sospechas, y ni se imagina cuáles son las peores.

—Si tiene usted alguna sospecha, al menos habrá un sospechoso, y un sospechoso

podría no tener la conciencia tranquila. Aquí estaré bien, si no le importa.

—Preferiría que se sentase conmigo frente al fuego, pero no estoy en posición de exigirle nada, estoy a punto de pedirle un favor.

Y tras decir esto, colocó una de las sillas mirando hacia la puerta y se sentó.

Capítulo seis

Una casa dividida

En la chimenea, el fuego había quedado reducido a unas cuantas ascuas incandescentes. Mott Fenway extendió una mano grande y de aspecto delicado al calor que desprendían, cruzó una pierna sobre otra y se quedó contemplando a Gamadge, pensativo.

—Espero que esto se convierta en una proposición laboral —dijo al fin—. De no ser así, jamás habría tenido el inmenso descaro de robarle su tiempo.

—Me alegraré de ayudarle, si es que puedo hacerlo.

—Yo, desde luego, no tengo dinero. Soy casi un indigente, la ropa que llevo y las pocas monedas que pueda haber en mis bolsillos son fruto de la generosidad de mi primo Blake, y acertará usted a intuir el tipo de persona que es si le digo que ninguno de los dos se siente por ello en un compromiso. Pero lo cierto es que no puedo pagar sus, sin duda, elevados honorarios. Sin embargo, le prometo que Caroline le recompensará si está dispuesto a ayudarnos.

—Veamos si lo he entendido, señor Fenway. ¿La señorita Fenway le ha pedido que me consulte sobre la lámina que han arrancado del libro de vistas?

—¡Santo cielo, no! Ella no se imagina que esté hablando con usted. Ni yo mismo había pensado en hacerlo hasta que he tenido la oportunidad de... bueno, de observarlo esta tarde. Sus libros ya sugerían que sería usted muy competente, pero uno no siempre puede juzgar el código de conducta de un hombre por aquello que escribe, ¿verdad?

Gamadge, entre risas, le dio la razón; desde luego no se podía hacer tal cosa.

—No negaré —continuó el otro— que esté incurriendo en cierta deslealtad hacia Blake al compartir con usted mis preocupaciones; o al menos así sería si no sintiera que puedo ponerle al corriente de determinados asuntos familiares que él nunca confiaría a nadie. Es un hombre suspicaz, receloso e hiperprotector en lo que se refiere a los suyos. Ya le he dicho lo mucho que debo a mi primo, al menos una parte. Lo conozco desde que nació, conocí también a Cort, y tenemos las mismas raíces y los mismos recuerdos. Pero como ve —añadió con una sonrisa—, no he estado a la altura de los mejores Fenway. En cualquier caso, también está Caroline. Es fácil advertir cuándo a la gente joven le molesta la presencia de alguien extraño en su casa.

—Cierto.

—A Caroline siempre le ha gustado que viviera con ellos, aquí y en Fenbrook. Somos bastante afines y nos llevamos bien; creo que tenemos más en común de lo que comparten ella y su padre, a pesar de lo unidos que están. La muchacha renunció

a algo muy importante para estar junto a él, a vivir su vida de forma independiente. A ella también le debo algo y, al hacer ahora lo que hago, creo que cumplo con ella. Si encuentra esa lámina, señor Gamadge, mi prima pagará su cuenta. Cualquier cosa que le pida. Aún no está en posesión de su propia fortuna, que no recibirá hasta que su padre fallezca, pero tiene cierta cantidad de dinero que le dejó su madre y podría conseguir más.

—Este tipo de investigaciones son en realidad un entretenimiento para mí, señor Fenway —le aclaró Gamadge—. No soy un detective acreditado, no tengo muchas herramientas y no puedo prometer resultados. Si de alguna manera llegara a servirles de ayuda a usted y a la señorita Fenway, ni se me pasaría por la cabeza aceptar dinero por ello.

—Pero debe de ser usted un hombre terriblemente ocupado, ¿por qué iba a acudir en ayuda de dos relativos desconocidos a cambio de nada?

—Bueno, me gustan los rompecabezas.

—Pues es una suerte para nosotros. Bien, si he de desvelarle esta indiscreción, debería empezar por exponer con claridad aquello que ya he insinuado de forma velada. Quizá no hace falta que le diga que los habitantes de esta casa están divididos en dos bandos. —Gamadge lo miraba inquisitivo—. Se habrá dado cuenta de que Caroline y yo, y también Blake aunque él jamás lo admitiría, disfrutamos más de un invitado como usted si lo tenemos para nosotros solos.

—¿Como arriba, en el pasillo? —repuso Gamadge con una sonrisa.

—Exacto. Blake está en realidad de nuestro lado, el de Caroline y el mío, o quizá debería decir que nosotros dos estamos del lado de ella, pero su consideración hacia los demás hace que en la práctica se mantenga neutral, y no forma parte, ni podría hacerlo, de nuestras conspiraciones.

—La casa es muy grande —apuntó Gamadge.

—Lo es, y no hay ninguna razón para no poder vivir todos cómodamente, cada uno por su lado. Pero Blake no puede soportar la idea de que su cuñada acabe desplazada de los asuntos familiares. Todo esto debe de sonar raro viniendo de mí, que soy también un parásito.

Mott Fenway hizo una pausa y miró a Gamadge.

—No, lo entiendo —aseguró este—. Al fin y al cabo usted es de su propia sangre.

—Sí, pero yo puedo llevarme bien con cualquiera y aguantar lo que sea. Es una de mis pocas virtudes, la virtud de un experto de la dependencia. Para Caroline, sin embargo, es difícil.

—Entiendo que podría serlo.

—¿Podría? ¡Estimado señor Gamadge! Caroline renunció a una vida independiente y a lo que podría haber sido el inicio de una carrera profesional para dedicarse a la casa de su padre. Pero en los últimos dos años y medio, Belle Fenway lo ha ocupado todo con su hijo enfermo y todo su séquito. Dondequiera que va, Belle impone su personalidad, no puede evitarlo. Siempre ha tenido su propio hogar hasta

ahora, y a veces olvida que no es la señora de este. Aun inválida y confinada en sus habitaciones del piso de arriba, nos domina.

»Y todo ha ocurrido de la forma más natural. Blake le pidió que se quedara aquí hasta que pudiera llevarse a Alden a una casa o a un apartamento, y desde luego podrían permitirse cualquier cosa, el pobre chaval es un hombre rico. Ella jamás se separaría de su hijo, lo cual también es bastante comprensible aunque en mi opinión comete un gran error, tanto por su bien como por el de él. Por cierto, estoy dando por hecho que está usted al tanto de su problema.

—No es demasiado obvio.

—El pobre Blake cree que es invisible y Belle, por supuesto, nunca se siente tan feliz como cuando puede convencerse a sí misma de que Alden es un miembro más de la sociedad. En fin, pues están ellos dos y también la enigmática señora Grove, Craddock, un joven que no está más preparado que yo para tratar con un paciente como Alden Fenway, y está, o estaba, Hilda Grove. Una chiquilla muy agradable, a la que tengo cierto aprecio, pero que hace el número cinco entre los extraños. Y cinco son muchos.

—Lo son.

—La lesión de Belle está tardando en curarse más de lo que los médicos esperaban en un principio, al parecer se ha visto afectado algún nervio. Alden es una fuente continua de, digamos, incomodidades. Es desmoralizador. Muy poca gente sabe, ni siquiera ahora, que no está bien, pero en algún momento saldrá a la luz. Algo así es una desgracia para una casa.

»Ahora bien, si solo fuera eso, perseveraría en aconsejar a Caroline, como ya he hecho en el pasado, que fuera magnánima y no dijera nada, que procurara mantener un ambiente agradable por el bien de su padre. Pero ahora... tengo una responsabilidad. Me he enterado de ciertas cosas inquietantes, y sospecho algunas más. Caroline ha empezado a notar que algo no va bien en el otro bando y se está angustiando.

»Me remontaré al primer incidente, aunque en su momento no me preocupó demasiado. Hace dos años el perro de Caroline apareció muerto en la calle.

Gamadge había estado fumando, sumido en sus pensamientos, pero aquello lo sobresaltó y le hizo levantar la vista.

—Un buen animal, un dálmata —continuó Mott Fenway—. Solo hacía un mes que lo había traído con ella a Nueva York. Un problema de oído hizo que necesitara un largo tratamiento veterinario. Pero era un perro muy bien educado, todos lo queríamos mucho, y no ladraba por cualquier cosa. Durante el día corría por el patio y por el jardín, pero de noche se quedaba dentro de casa, en una cama que le habíamos preparado en el zaguán del sótano. Una mañana lo encontraron con el cráneo aplastado en la cuneta que hay delante de la puerta de servicio. ¿Sabe cuál le digo? La puerta que hay en el muro exterior. —Gamadge asintió—. Se dijo que lo había atropellado un coche y todos pensaron que el viejo Phillips se habría olvidado

de cerrar la puerta la noche anterior, y que también dejaría abierta la de servicio. Algo tan probable, por cierto, como que se dejara sin cerrar la puerta principal de la casa, pero no parecía haber otra explicación y Phillips no se defendió del cargo con mucha vehemencia, hubiera supuesto un desaire. Simplemente lo negó y ahí terminó todo.

»Ahora debo explicarle que mi dormitorio es el que está orientado al noroeste, en el último piso. Craddock ocupa la esquina noreste, y entre ambos hay un cuarto de baño y un guardarropa bastante grande. Yo tengo la costumbre de quedarme leyendo hasta tarde y una noche, hará más o menos un año, perdí la noción del tiempo con un magnífico libro. Cuando abrí la ventana de mi cuarto, aunque desde ella se ve el patio y la abro pocas veces por la noche porque no me gusta que me despierten el lechero ni ningún otro repartidor, fui testigo de una fuga. No me pregunte quién era el que salía con tanta prisa por la puerta de servicio, el patio se queda oscuro como boca de lobo con las restricciones de luz.

»En fin, como ya le he dicho, no soy el tipo de hombre que se mete en asuntos ajenos o que pierde horas de sueño por espiar desde una ventana, pero desde luego mi mente eliminó algunas opciones. ¿Los empleados? Debería verlos; sus tiempos de excursiones de media noche, o más bien de madrugada porque eran las dos, acabaron hace mucho. ¿Un ladrón? Tenemos alarma, alguien tendría que haberla desactivado desde dentro. Las posibilidades se reducían al joven Craddock y a la señora Grove.

»Descarté a la señora Grove como alternativa más improbable, pero no llamé a la puerta de Craddock. Primero, porque entonces no tenía, y sigue sin tener, de hecho, una buena salud y no quería correr el riesgo de despertarlo; y además porque sentía cierta compasión por él. Su vida debe de ser terriblemente aburrida, no fui capaz de recriminarle que buscara un poco de diversión aunque fuera irregular.

»A la mañana siguiente me acordé del perro. Era desagradable, espantoso, pero solo una conjetura. ¿Debía ir, con algo tan poco sólido como una suposición, a hablar con Blake? ¿Enojar a mi primo, inquietar a Belle y a la señora Grove y ofender a Craddock hasta el punto, quizá, de empujarlo a dejar su trabajo?

»No sabemos nada de él, desde luego, excepto lo que nos ha contado la señora Grove: que viene de una familia decente y que trabajaba como periodista en China. Siente cierta inclinación hacia Hilda, pero Blake ha sofocado sus pretensiones. El chico no tiene medios para mantener a una esposa, Hilda Grove no está preparada para mantenerse ella misma y ni siquiera mi primo se ve en posición de hacerse cargo de una novia de guerra. Porque Craddock será reclutado en un sitio o en otro, claro, apenas sea capaz. Blake sugirió que una relación reconocida, tal y como estaban y siguen estando las cosas, no sería ninguna ventaja para la chica, y debo decir que ella misma parece bastante pasiva en este asunto.

»Craddock fue una bendición para esas dos mujeres, para Belle y la señora Grove. Las trajo de vuelta a casa. Aun con Belle lesionada y el lastre de Alden, las ayudó a superar las adversidades de ese terrible viaje y ahora al parecer es la persona mejor cualificada para cuidar del chico como su madre quiere que se le trate, con tacto,

discreción y todo eso. Lo consideran un tesoro y lo defenderían con uñas y dientes frente a mí si le causara algún problema. Así que no hice nada al respecto y, sin duda, eso explica de sobra mi situación actual y mi propia actitud. —Mott se recostó levemente en su silla y sacó un cigarrillo—. Pero ahora las cosas han cambiado. Fuera o no fuera él quien mató al perro, las excursiones nocturnas de Craddock, porque imagino que habrá habido más de una, demuestran que no es alguien de fiar e indican también que es capaz de desatender sus obligaciones de otras formas. Caroline y yo pensamos que la vista de Fenbrook ha desaparecido del libro al llegar aquí, que la ha arrancado ese pobre desgraciado de Alden. Creemos que puede estar volviéndose desobediente, quizá agresivo y hasta peligroso, y que Craddock no se lo toma lo bastante en serio como para permanecer en su puesto de noche.

Gamadge lo miró.

—¿Alguna prueba?

—¿Sobre la lámina? Ninguna en absoluto, pero no podemos explicarnos de otra forma la falta de sentido de una mutilación así. Belle lo negará, llamará a médicos especialistas y estos la respaldarán. Juran que este tipo de casos nunca evolucionan hacia la violencia o hacia el mal carácter siquiera, y Belle dice que el tratamiento de Fagon solo estaba enfocado a prevenir el deterioro y a enseñar al chico a valerse por sí mismo en cosas básicas y a proyectar una buena imagen. Y lo consigue, debo admitirlo. Nunca lo he visto de mal humor, siempre afable. Pero puede que los expertos se equivoquen, y si lo hacen y esto de arrancar la página de un libro es una señal de su error, ¿es Craddock la persona adecuada para advertir las señales de peligro?

»Y hay algo más. Desde que se descubrió la desaparición de la lámina, el viernes de la semana pasada, creo, Caroline dice que ha notado cierta tensión e inquietud en el otro bando. Asegura que es bastante obvio y cree que Belle y la señora Grove saben quién ha arrancado la estampa del libro y que lo están ocultando por miedo a que se lleven a Alden.

—Eso resulta interesante —comentó Gamadge.

—Mi prima piensa que Alden ha escondido la lámina y que ahora no la encuentran. Está segura de que alguien rebusca por la casa de noche. Si Belle o la señora Grove, o el propio Craddock si está al corriente de lo que ocurre, dan con ella y la destruyen, no habrá ninguna prueba contra Alden.

—¿Y qué prueba podría haber en cualquier caso?

—A lo mejor ha dejado alguna marca, siempre está garabateando papeles. No sabe jugar a las tres en raya, pero gasta una docena de hojas con eso todos los días.

—¿Por qué arrancaría justo esa estampa y de ese libro en particular?

—Craddock o la señora Grove tuvieron tiempo de sobra para poder enseñársela. Cualquiera de ellos puede haberle contado historias fantásticas sobre la grandeza familiar. Después de todo es el heredero varón. —La expresión de Mott Fenway era en ese momento una mezcla de sátira y tristeza—. Quizá ha pensado que era algo que

le pertenecía.

Gamadge seguía fumando, pensativo.

—La señorita Fenway y usted han construido un buen caso.

Al sonreír, los ojos de Mott se estrechaban por las comisuras y dibujaban pequeñas arrugas en su rostro. Tenía los párpados algo caídos y rugosos, como los de un gran pájaro.

—Nuestros motivos son variados. Caroline está preocupada, pero lo que de verdad importa es que si logramos encontrar nosotros la lámina y demostrar que Alden la arrancó del libro, podremos deshacernos de toda la tropa.

Gamadge esbozó también una sonrisa.

—¿Podrán?

—Por supuesto. Alden tendría que marcharse. Si es capaz de hacer algo así, Blake no querrá tenerlo en casa, ¿qué no podría hacer después? Belle se iría con él, la señora Grove con ella, y Craddock se quedaría sin empleo. Supongo —añadió más despacio— que sería el final para esa chiquilla que está en Fenbrook, en lo que a los Fenway respecta, me refiero. Pero no creo que le importe tener que aprender una profesión. A ella la echaría de menos, aunque su tía es bastante desabrida.

—Esa impresión me ha dado.

—Pues bien, la cosa está así. —Mott gesticulaba con la mano que sostenía el cigarrillo—. Una situación que, por lo que sabemos, podría ser peligrosa y cuya resolución depende, según creemos, de encontrar una estampa. Nosotros no hemos podido hallarla y ellos tampoco. ¿Podría usted?

—¿Ese es el encargo? —preguntó Gamadge elevando las cejas.

—Ese es el encargo. He leído sus libros... Usted ha encontrado cosas. Sabe cómo otras personas han encontrado cosas.

—He tenido suerte. Pero ha dicho que alguien más rondaba por la casa de noche, ¿no podría tropezarme con el merodeador?

Mott Fenway no había creído que Gamadge estuviera dispuesto a hacer nada más allá de darle algunos consejos y no trató de disimular su sorpresa ni su agrado.

—¿De veras consideraría la posibilidad de ayudarnos?

—No si pueden descubrirme y echarme de la casa.

—Jamás permitiría que eso sucediera, he pensado mucho sobre ello. —Mott se inclinó hacia delante y empezó a enfatizar cada punto con un golpe de cigarrillo—. Se trata de buscar cuando nadie más esté buscando, cuando nadie le preste atención a las habitaciones vacías. Justo después de la cena.

—Esa estrategia no es nueva, señor Fenway, ya la han inventado los ladrones de casas.

—Todas las ventanas estarán cerradas, por supuesto. Yo le dejaré entrar por la puerta de servicio y a través del sótano, digamos a las nueve. Los criados estarán ocupados en sus labores y podremos subir por las escaleras traseras. Llevan directamente al piso superior, y puedo esconderlo en mi propia habitación hasta que

esté todo despejado. No creo que nadie vaya a salir esta noche. Blake y Caroline estarán en el salón, y si ella no se queda, se irá a su dormitorio o bajará a tocar el piano. Pero si nos la cruzamos no nos delatará, se lo aseguro. No le he contado nada de todo este plan y es mejor dejarla al margen, pero no nos traicionará. Yo iré con usted para vigilar. Cuando vea cómo están dispuestas las habitaciones y las escaleras de servicio, entenderá lo sencillo que es.

—¿Dónde estará Craddock?

—En el salón. Por lo general Blake, Caroline y yo tomamos café allí con los demás, luego mi primo y yo bajamos a la biblioteca a fumar un puro, sin prisas, y después podemos invitar a Craddock a jugar al billar. Tenemos uno en la sala de juegos del sótano. Caroline a veces se suma a nosotros si está en casa. Pero es más frecuente que Blake suba a echar unas manos de *bridge* con Belle, la señora Grove y Craddock. Hay días que Caroline o yo también nos apuntamos. Hoy bien podría forzar la situación: diré que no me apetece jugar al billar y haré que Blake esté con las cartas a las nueve en punto. A menos que tengamos muy mala suerte, el resto de la casa estará vacía para nosotros.

—¿Cómo están distribuidas las habitaciones?

—La de Belle es la que hace esquina, junto al salón, y la de la señora Grove está al lado, con un cuarto de baño de por medio. El cuarto de Alden es el siguiente al de la señora Grove, en el extremo sur de la casa. Enfrente está la habitación de Blake y a continuación la de Caroline, las dos con su propio cuarto de baño, y esta última de nuevo junto al salón pero por el lado oeste.

—¿Y quiere que encuentre la lámina en un par de horas?

—Solo puede estar en la habitación de Alden, no es probable que la lleve encima.

—¿De veras cree que esta noche será un buen momento para jugar a la búsqueda del tesoro?

—Cuanto antes mejor. Blake dice que pronto tendrá usted que marcharse. Es un juego interesante, Gamadge, y puede que tenga suerte. No soy capaz de expresar con palabras lo mucho que significaría para mí recuperar esa lámina y devolvérsela a mi primo, y quizá poder decirle a Caroline... pero es absurdo —se lamentó apoyando de nuevo la espalda en la silla—. No tiene sentido apelar a los sentimientos. ¿Por qué tendría que importarle a usted todo esto?

—Es un juego interesante, como acaba de decir. Y le aseguro que me encantaría que el señor Fenway recuperara esa ilustración.

—Sabía que le habría cogido aprecio.

—No hay muchas esperanzas, dada la situación. Incluso si supiera con seguridad que la lámina sigue en la casa, no podría prometer resultados en tan poco tiempo.

Mott Fenway parecía satisfecho y con los sentidos despiertos.

—Su generosidad es algo fuera de lo común. No me atrevería a pedirle un favor así si no temiera que esta situación puede llegar a desembocar en consecuencias más graves.

En ese momento, la actitud de Gamadge cambió. Apagó su cigarrillo y se dirigió a Fenway con el tono de quien toma las riendas de un asunto.

—Tendré que hacerle saber cuándo debe ir a esperarme a la puerta de servicio. ¿Puedo avisarle por teléfono?

—Hay un receptor justo al lado de esta habitación. Me quedaré aquí hasta que llame.

—No obstante, puede que alguien más lo coja arriba, no utilizaré mi nombre. Me presentaré como Hendrix y diré algo sobre una cita para mañana. ¿Qué podría ser?

Mott encontraba todo aquello muy divertido.

—Una partida de *bridge* en el Club Vernon.

—De acuerdo. Pero supongamos que en este intervalo me rompo una pierna o alguna otra circunstancia me impide de pronto encontrar un teléfono.

—¡Esperemos que no!

—Usted tendría que estar prevenido. Si cualquier otra persona le llama de parte de Hendrix, será uno de mis agentes. —Fenway lo miraba con atención—. Y si el nombre de Hendrix sale a relucir después en algún momento, sea lo que sea, debe seguir el juego. Cualquier investigación puede arrastrarlo a uno muy lejos, y esta podría llevarme por caminos secundarios. Hendrix es el nombre del hijo de uno de sus compañeros de estudios. ¿De qué universidad?

—Harvard —murmuró boquiabierto Fenway.

—Usted lo sabe todo sobre el señor Hendrix, el hijo de su viejo amigo de Harvard. ¿O quizá prefiere no saber nada en absoluto de su vida? —le preguntó Gamadge echándose a reír—. Debería habérselo advertido, cuando me involucro en un caso, o en algo que podría acabar convirtiéndose en un caso, me vuelvo impredecible. Sigo todas las posibles pistas y no me gusta dejar cabos sueltos. ¿Quiere que lo dejemos ahora?

Fenway cruzó la mirada con los ojos verdosos de esa especie de genio que parecía haberse liberado de su lámpara.

—Por supuesto que no —contestó—. Pero confío en que no moleste a mi primo Blake ni a Caroline, y en que no acabemos saliendo en los periódicos.

—Una cosa más, ¿me permite sugerirle que no se tome tan a la ligera a sus adversarios? Sospecha que Craddock podría haber matado a un perro para evitar que ladrara cuando abandonaba sus obligaciones por la noche. Sospecha que tres personas en esta casa mantienen en secreto una situación de posible peligro y se la ocultan al señor Blake Fenway. Y cree que la señora Fenway no tiene escrúpulos cuando se trata de asegurar la comodidad de su hijo. Puede que se equivoque en todo, pero si yo estuviera en su lugar, no me gustaría que me oyesen.

Mott Fenway sonrió.

—Ninguno se imagina siquiera que pueda estar conspirando contra ellos, señor Gamadge. No parece que llegue a entender que, desde su punto de vista, no soy nadie. Un tipo cándido e insignificante, apenas una persona.

—Si no puedo convencerlo de la importancia de ser discreto para usted mismo, deje al menos que le suplique en nombre de la señorita Fenway. No querrá que sufra el rencor de unos desalmados, ¿verdad?

Fenway se levantó.

—Caroline es muy cuidadosa. No le reprocho que esté preocupado por nosotros, y se lo agradezco, pero llevo muchos años pasando por la vida de puntillas y creo que sé cómo hacerlo. Cuido de que mi prima no se muestre descortés cuando estamos arriba.

Gamadge pensó, sin embargo, que la señorita Fenway había rozado una o dos veces el límite de la descortesía esa tarde en el salón.

—Sea lo que sea que haya hecho o no esa gente, se propone usted desplazarlos de una posición de seguridad que llevan disfrutando más de dos años.

—Querido amigo, siento haberlo alarmado con mi actitud. Prometo que tendré cuidado.

Gamadge se puso su abrigo y, con el sombrero en una mano y los libros bajo el brazo, salió de la biblioteca y recorrió el pasillo hasta la puerta principal acompañado por Mott Fenway.

—Diré que he salido a echar un vistazo al tiempo —susurró este inclinándose hacia delante desde el vestíbulo, con el pelo gris revuelto sobre la frente por el viento.

Entonces se retiró y la puerta principal se cerró tras él con un estruendoso portazo.

Capítulo siete

Primera flecha

Desde las ventanas superiores del número 24 se tenía una amplia perspectiva de la calle hacia el norte, el sur y el este, de modo que Gamadge se apresuró hacia el oeste y entró en la tienda más cercana. Allí buscó en su bolsillo la bola de papel que había rescatado de la papelera y la estiró con cuidado. No era más que la sección del domingo de un horario local de trenes, pero tenía dibujada a lápiz una flecha que señalaba la estación de Rockliffe, en el Hudson. Su reloj marcaba las cuatro y media y había un tren que salía para Rockliffe a las cinco y tres y llegaba a las cinco y cuarenta y seis. Entró en una de las cabinas del establecimiento para hacer una llamada de teléfono y después salió a toda prisa de la tienda y paró un taxi. Llegó a la estación de Grand Central a tiempo para dejar su paquete de libros en la consigna.

Harold se reunió con él en la puerta un minuto antes de que saliera el tren. El sargento se había metido los pantalones por dentro de unas viejas botas de agua muy altas y llevaba otro par bajo el brazo.

—Casi pierdo el tren por culpa de estos chismes —le dijo mientras bajaban la rampa—. ¿Dónde vamos? ¿Y por qué tenemos que vestirnos como esquimales?

—A Rockliffe. Es la estación más próxima a Fenbrook, pero para llegar a la casa hay que subir a lo alto de una colina, ¡y menuda colina! No creo que las quitanieves pasen por allí.

Encontraron un asiento libre en el último vagón, detrás de un grupo formado por una mujer que iba sin sombrero, un bebé y un niño de unos seis años.

—No parece que puedan tener mucho interés en nuestra conversación —comentó Gamadge—, pero será mejor que no usemos nombres. Los nombres llaman la atención y con los lugareños nunca se sabe... Esa mujer de delante podría ser amiga de la esposa del jardinero.

Tras cierto forcejeo, logró enfundarse las botas de nieve y el tren comenzó a moverse.

—¿Alguna vez has visto ese sitio? —le preguntó Harold.

—No, solo la entrada al camino de acceso, que está en la carretera de Albany. La casa está oculta entre los árboles.

—¿Y la familia sube esa colina que dices cada vez que van a pasar un fin de semana?

—¡No! Se bajan en la siguiente parada, al otro lado de Rockliffe, y cogen el coche o un taxi. Nuestra visita es más informal y no queremos ir dejando rastro, así que subiremos como las cabras, por la ruta más directa, desde la estación. Antes había

un camino privado, recuerdo haberlo visto en más de una ocasión al pasar con el tren. Eso fue antes de que cambiaran el nombre de la estación por el de Rockliffe; hasta entonces se conocía como Apeadero Fenway y tenía un muelle y una caseta para guardar algunas barcas. La propiedad de los Fenway llegaba hasta el río, y durante un tiempo se pudieron ver las viejas pilastras de madera medio podridas del embarcadero. Pero luego vendieron esa parte de las tierras, el apellido perdió su relevancia local y la nueva estación se bautizó como Rockliffe por un palacete que había en la zona más alta del lugar.

—¿Puedo preguntarte qué vamos a hacer allí?

—No lo sé, solo sigo instrucciones. —Gamadge le tendió el horario con la flecha dibujada—. Es la sección del domingo, así que tenía que venir hoy, lloviese o tronase.

—¿Te lo ha dado el cliente?

Gamadge le detalló entonces a Harold todo lo sucedido aquella tarde. Para cuando terminó, ya habían pasado Morris Heights.

—Ya no cabe duda de quién es el cliente. ¡Menudo ingenio! La mujer está impedida y no puede encomendar al hijo que lleve sus mensajes. ¿Crees que pudo sacar la mano por la rendija de la ventana y tirar las bolas de papel sin que la otra lo viera?

—No habría sido difícil. La mesa está en medio y tienen que inclinarse sobre ella para tener más luz y ver mejor: cientos de colores que combinar, muchos de ellos distintos tonos de blanco y gris. Y esos bordados... ¿No has visto nunca cómo se hacen? Hay que colocar una mano por debajo para coger la aguja y volver a pasarla hacia arriba en la siguiente puntada. Grandes lienzos de tela... una cobertura perfecta.

—Vaya planificación, estaba preparada para cuando llegases.

—Y puede que tuviera otro mensaje para mí si supiera que voy a volver esta noche.

Harold sonrió.

—Por eso vas a ir otra vez, no para buscar ninguna lámina.

—Intentaré informar sobre este viaje. La oportunidad de entrar de nuevo en la casa me ha venido como caída del cielo.

—Siempre y cuando el proyecto caballero sea de fiar.

—¿De fiar? ¿A qué te refieres?

El sargento, después de una pausa, hizo otra pregunta en lugar de contestar a la de Gamadge.

—¿Seguro que no has omitido nada? ¿Me lo has contado todo tal y como ha pasado?

—Ahora mismo sabes tanto como yo, y podrás llegar a las mismas conclusiones si tu mente funciona como la mía.

—¿Tienes alguna teoría?

—Ninguna de la que pueda hablar aún. ¿Y tú? Parece que algo te ronda la cabeza.

—Estoy pensando en el móvil.

—Pues yo no había llegado ahí, pero me encantaría conocer tu opinión al respecto.

—La otra mujer y ese tipo que cuida del joven, los dos están chantajeando a la señora F. por algo que ha hecho el chaval. Algo mucho más grave que arrancar una hoja de un libro. Puede que fuera él, pero la extorsión es por algo que provocaría un escándalo mayor, algo en lo que quizá incluso tuviera que intervenir la policía. — Gamadge parecía interesado en aquello y Harold continuó—: Es la única explicación. Todo encaja. Le están sacando hasta el último centavo de la herencia que recibe para su manutención y la de su hijo, por eso no puede irse del número 24. No le queda nada para vivir.

—¿Y qué hay de la lámina extraviada? La señorita F. empezó a notar signos de inquietud en el salón poco después de que el libro de vistas llegase a la casa y el primer mensaje que nuestro cliente lanzó por la ventana se envió al parecer al día siguiente de recibir el paquete. El robo de esa estampa es lo que ha desencadenado el problema.

—Fue el chico quien la arrancó, y si aparece sería una prueba más contra él. La señora G. y el joven C. están amenazando al cliente con eso. La señora F. no quiere que la encuentres, en ningún momento te ha dado instrucciones para buscar esa lámina. Y por supuesto a los chantajistas tampoco les interesa que des con ella, les estropearías el juego. Lo están utilizando para apretar las tuercas a la viuda, pero ella no puede reunir el dinero que le piden y está desesperada.

—Desesperada, desde luego. —Gamadge miró por la ventana; se veían las oscuras aguas del río corriendo entre las dos orillas heladas—. Pero ¿para qué ha contactado conmigo?

—Pues ese es el misterio.

—Y tanto que lo es. ¿Qué quiere que haga?

—Quizá no te ha dicho nada del chantaje porque piensa que no querrías ayudarla con el estrago que haya causado su hijo.

—Es arriesgado por su parte, debería saber que podía averiguarlo.

—A lo mejor confía en que guardes silencio. Puede que sea algo más grave a ojos de la familia y de la ley que a los tuyos.

—¿Espera que lo justifique?

—El pobre muchacho no querría hacer ningún daño.

—Supongamos que cree que no voy a enterarme. Insisto, ¿qué es lo que quiere que haga en esa casa a la que nos dirigimos?

—Veamos, puede que la joven siga allí arriba por una maniobra interesada de su tía, para que no sepa lo que sucede en el número 24. Por lo que todos dicen debe de ser una buena chica. ¿No has mencionado que tu cliente parecía más preocupada por ella que la propia señora G.?

—La tía ha mostrado muy poco interés.

—Si estuviera en el número 24, la tendrían muy cerca, mucho más que a la

señorita F. y sin embargo esta se ha dado cuenta de que algo no va bien. A lo mejor te envía para conseguir algo de la señorita G. que pueda poner en evidencia a la señora G. y al joven C., o hacer que se marchen cuanto antes.

—Se supone que la chica y el señor C. sienten cierto afecto el uno por el otro.

—Pero más él, ¿no? Al menos eso he entendido de lo que has dicho. En cualquier caso, puede que ella ni siquiera sea consciente de saber algo. Quizá tengas que deducirlo tú.

—Por mucho que confíe en mí, mi cliente no puede esperar que trabaje sobre la nada.

—No me imagino cómo podrías trabajar más sobre la nada que ahora. —Harold frunció el ceño—. Yo en tu lugar no habría aguantado sin destapar toda la farsa esta tarde.

—Mi cliente no quiere que destape nada. Está en la cuerda floja y, si doy un paso en falso, podría hacerla caer.

—¿Y qué paso se supone que puedes dar? ¿Cómo vas siquiera a entrar en esa casa? ¿Cómo vas a mantener tu visita en secreto para la gente del número 24? En cuanto alguien la llame por teléfono, o si los llama ella, les dirá que hemos venido. —Y enseguida añadió, taciturno—: A no ser que pretendas que nos colemos por una ventana, y no quiero llegar a eso; voy de uniforme.

—Llamaremos a la puerta. Voy a presentarme como el señor Hendrix y el mayor de los F. me respaldará.

—Ya, y eso me lleva de nuevo a mi pregunta original. ¿Es de fiar o forma parte de la banda?

Gamadge se quedó mirándolo.

—¿Parte de la banda?

—No tiene un centavo, ¿verdad? Y todo ese discurso sobre lo agradecido que está...

—Sentía cada palabra.

—No des nada por sentado sobre la gente de esa casa. Imagina que es uno de los extorsionadores y que le ha parecido curioso que aparecieras justo ahora. Dices que es un tipo inteligente, puede haberse dado cuenta de que prácticamente te has invitado solo. Sabe que has investigado algunos crímenes. Supón que te ha estado vigilando esta tarde y que te ha visto coger ese horario de la papelería. Habrá adivinado el significado de todas esas señales, el libro *Puestos en servicio* y todo lo demás. Al aceptar su propuesta para esta noche, con la que solo te ponía a prueba, ha sabido que tramabas algo.

Gamadge negó con la cabeza.

—Ninguno de los que estaban allí, salvo mi cliente, sabe por qué he ido hoy a esa casa. Te lo aseguro.

—Yo que tú no entraría por esa puerta de servicio, ni esta noche ni ninguna otra. ¿Y si te golpean en la cabeza igual que al perro? Te dejarían tirado en la calle, otra

desgracia a causa de las restricciones de luz.

—Estaría más preocupado por él que por mí si alguien hubiera podido escucharnos cuando inventábamos al señor Hendrix en la biblioteca. El pobre hombre subestimaba a la parte contraria, pero yo no podía advertirle sin dar a entender que ya sabía algo del caso. Y eso no iba a hacerlo, mi primer deber es hacia mi cliente. No obstante, me he asegurado de que nadie nos oyese. He estado todo el tiempo en la puerta y nadie ha bajado después de nosotros: tenía una buena vista de la escalera principal y de la puerta del fondo del pasillo que da a la de servicio. Pero me temo que he sido yo quien lo ha asustado al sugerir que el señor Hendrix podría seguir otras líneas en la investigación.

—¿Te refieres a venir aquí? Aún no habías visto el horario ni la flecha cuando has hablado con él.

—Pero habría venido de todas formas. La joven a la que vamos a visitar es la única persona de la casa que no conozco, desde luego que tenía intención de subir a echar un vistazo.

Después de un breve silencio, Harold continuó hablando.

—La actitud de la señorita F. no dice mucho de ella. Su tía tiene que abandonar su hogar en Europa, con un hijo incapaz del que cuidar, y acaba lesionada en el viaje, quizá de por vida. Sería de esperar que estuviera dispuesta a tolerar la situación durante un tiempo.

—Puedo entender su posición.

—Pues a mí me parece más correcta la de su padre. Debe de ser un tipo extraordinario.

—Lo es. Me gustaría que recuperara su lámina.

—No vas a encontrarla.

—No sin la información de la señorita G. —contestó Gamadge al tiempo que una puerta se abría detrás de ellos y dejaba entrar el ruido envolvente del tren y una ráfaga de aire helado.

«Rockliffe», anunció el revisor como en un lamento.

Era una estación pequeña, embellecida por un paisaje de cuidados jardines en verano pero que ahora barría el gélido viento del noroeste. Las estrellas empezaban a brillar sobre el cielo de color añil y un resplandor amarillo se desvanecía tras las negras murallas de las Palisades. Gamadge y su ayudante subieron por el camino que salía de la estación hasta una ancha y desierta carretera hendida por los raíles del tranvía como oscuras grietas en la nieve.

—Es raro cuando no hay tráfico —comentó el sargento.

Cruzaron la carretera del río y encararon la escarpada pendiente de lo que parecía una pista forestal. La nieve, espesa y sin apenas rodadas, estaba apartada en altos montículos a izquierda y derecha y los árboles de hoja perenne, totalmente cubiertos de blanco como si llevaran néveas mortajas, impedían cualquier vista de la ladera. Al principio algunas luces parpadeaban en viviendas invisibles, luego la noche invadió

el camino. Harold sacó su linterna.

En silencio, se fueron abriendo paso colina arriba. Al cabo, el haz de luz reveló un clareo entre los árboles y detrás un barranco; el camino giraba a la izquierda y se bifurcaba.

—Iremos por la senda de la izquierda —decidió Gamadge—. La otra debe de llevar directamente a la carretera de Albany.

El que tomaron parecía un camino privado. Los llevó, a través de una densa arboleda, al rincón virgen de un jardín. No se distinguía vereda alguna, pero encontraron la forma de llegar hasta una entrada para coches y se detuvieron frente a la prominente fachada de una casa de ladrillo gris. Por detrás sobresalían las puntiagudas copas de una multitud de árboles, pero no se veía ninguna luz.

—¿Así que esto es Fenbrook? —dijo Harold en voz muy baja y sin demasiado entusiasmo.

—Tiene que serlo, el estilo es inconfundible. —Gamadge observó el porche, lleno de ménsulas y molduras ornamentales—. Es horroroso.

—¿Tú crees? Es la otra cromolitografía, «Vida en el campo». Aunque le falta la luz de las ventanas.

—No puede haber luz en las ventanas, hace días que deben de haber muerto todos congelados.

Sin embargo, Gamadge subió un par de escalones y tocó el anticuado timbre. Casi de inmediato el montante en forma de abanico que había sobre la entrada y los fijos acristalados que la flanqueaban se colorearon de amarillo y la puerta se abrió. Se asomó una mujer gruesa y de aspecto jovial que llevaba una chaqueta de punto.

—¿Está el señor Mott Fenway en casa? —preguntó Gamadge.

—¡Señor, no! Toda la familia está en Nueva York, caballero. —La mujer se fijó en las botas de agua de Gamadge y miró tras él en busca de algún coche. Al no ver ninguno, añadió—: Me temo que se ha dado la caminata para nada.

—¡Y menuda caminata!

—¿No habrá subido andando desde la estación de Rockliffe? ¡Santo cielo!

—Me temo que el sargento Bantz y yo hemos sido bastante incautos, señora... ¿Es usted la señora Dobson?

—Sí, señor.

—Pues claro, he oído hablar mucho de usted. Me llamo Hendrix y le había prometido al señor Mott Fenway que vendría a verlo si algún día pasaba por los alrededores. Hoy estaba más o menos cerca y el sargento se dirigía a la Posada del Roble. Espera que esté abierta.

—Por supuesto, señor. Está a menos de un kilómetro bajando por la carretera.

—Nos hemos encontrado en la estación de Rockliffe, que en este momento no es un buen sitio para esperar el tren. Ahora nos damos cuenta, claro, de que deberíamos haber bajado en la siguiente parada y desde allí haber subido en taxi. Pensé que no habría problema en que el sargento pidiese uno desde aquí, pero ahora llamaré y lo

solicitaré para los dos, si usted me lo permite. Yo seguiré hasta Nueva York.

La señora Dobson parecía angustiada.

—Por favor, pase, y el sargento también. La señorita Grove está aquí, le encantará conocer a un amigo de la familia.

Entraron a un vestíbulo cuadrado y de techos altos, con las paredes paneladas en madera de caoba roja. De él arrancaba una escalera hacia los pisos superiores y, a cierta distancia de esta, había una puerta batiente que se mantenía abierta. Un delicioso olor a jamón friéndose en la sartén inundaba el pasillo.

La señora Dobson cerró la puerta principal.

—Les ruego disculpen el olor a comida —se excusó—. Dejamos las puertas de servicio abiertas para que se caliente un poco la sala de la señorita Grove. Intentamos ahorrar en calefacción mientras la familia no está. Si quieren pueden dejar sus cosas en ese banco, yo iré a encender la chimenea del salón.

—No se moleste, señora Dobson.

—No es molestia, señor. Iba a encenderla dentro de un minuto para la señorita Grove.

La oronda mujer desapareció en una habitación que había a la derecha y encendió una lámpara. Para cuando se habían quitado los abrigos y las botas de goma, el fuego ya resplandecía en el salón, una estancia amplia con las paredes cubiertas también de madera de caoba. La señora Dobson los invitó a acercarse al hogar.

—Deben de estar helados y muertos de cansancio después de subir desde allí abajo —observó al tiempo que miraba con respeto el uniforme de Harold—. ¿Ha dicho que venía a ver al señor Mott Fenway?

—Mi padre y él son viejos amigos, de Harvard.

—Es un caballero encantador. Jugaba a tirarme bolas de nieve cuando yo no era más que una niña correteando por esta casa. Mis padres también trabajaron aquí —explicó—, mi padre de cochero y mi madre como cocinera. Hace mucho tiempo de eso.

Y luego salió de la habitación y se alejó por el pasillo.

Harold, mientras trataba de entrar en calor, echó un vistazo a aquel salón de Fenbrook.

—No está tan mal —opinó—. Me gustan los pequeños enrejados del mobiliario. ¿De qué color son las cortinas?

—Melocotón.

—Este sitio se ha hecho para durar.

—Tiene un estilo eterno.

—Muy elegante para una casa de campo.

—No, solo han vestido la habitación de *chintz* para el verano.

—Tenía usted razón, señor Hendrix. Es una casa magnífica.

—Mi familia tuvo una igual.

Se oyeron unos pasos apresurados en la escalera y luego una joven apareció en la

puerta. Los miraba con una sonrisa. Era delgada pero de compleción fuerte, el cabello oscuro le caía de una frente estrecha y tenía los ojos algo más claros, de un color ámbar intenso, y la piel luminosa y sonrojada, con unas facciones que parecían esculpidas con precisión sobre un delicado material. En conjunto, a pesar de su evidente buena salud y su ánimo exultante, tenía un aspecto frágil que a Gamadge le traía a la memoria los dibujos a sanguina que se exponían bajo vitrinas en los museos. Su vestido verde de punto estaba algo descolorido y se notaba que los zapatos marrones que llevaba le habían hecho ya un largo servicio.

—Señor Hendrix, soy Hilda Grove —se presentó.

Gamadge se acercó a ella.

—Permita que le presente al sargento Bantz, señorita Grove. No la conozco de nada, pero creo que le caerá bien.

La joven les estrechó la mano, primero a Gamadge y luego a Harold.

—Habría sido una gran contrariedad para ustedes subir esa colina para no encontrar a nadie al final, salvo a los Dobson y a mí —se lamentó—. Por favor, siéntense.

—No deberíamos molestar —continuó Gamadge cuando estuvieron todos acomodados—. Será mejor que llame para pedir un taxi, tengo que llegar a Nueva York. Ha sido una absoluta estupidez por mi parte creer que la familia estaría aquí, tal y como está ahora mismo el transporte. Supongo que pensé que quizá, siendo domingo...

—El señor Fenway lo lamentará profundamente. Los dos señores Fenway lo harán.

—Solo conozco al señor Mott.

—¿Verdad que es simpático? Bueno, todos son muy agradables. Señor Hendrix, ¿seguro que el sargento y usted tienen que marcharse antes de la cena? Sé que es muy temprano, pero la mía ya está lista y la señora Dobson dice que hay comida de sobra. Le gustaría mucho que se quedaran, si no les importa cenar jamón y huevos.

—Vaya, no tenía ni idea de que fuera tan tarde —se disculpó Gamadge.

—¡Pero si no lo es! Solo son las seis y veinte.

—Tengo que coger un tren que llegue a Nueva York antes de las nueve.

—Hay uno que sale justo después de las ocho. Le da tiempo de sobra a cenar.

—Bueno, si usted y la señora Dobson de veras insisten —aceptó Gamadge mientras miraba a Harold—, y si el sargento y yo tenemos tremendo atrevimiento...

—Yo lo tengo si usted lo tiene —contestó el aludido.

La señorita Grove se levantó.

—Entonces se lo diré a la señora Dobson y el señor Dobson les mostrará dónde pueden cambiarse. Quizá quieran ir pidiendo ya ese taxi, hay un teléfono en el guardarropa. A veces son muy lentos y cuando nieva, además, están muy solicitados.

Antes de salir de la habitación, la joven se volvió a mirarlos una vez más de pura felicidad. Los dos hombres se quedaron de pie en silencio.

—¿Es o no es una chica guapa? —exclamó Harold al fin. Su compañero lo miró entre compadecido y molesto—. En cualquier caso, parece de los buenos. Y la señora Dobson también.

—Sí —asintió Gamadge—, y eso decide tu cometido, sargento. Pasarás la noche en la Posada del Roble.

—¿Para qué?

—No lo sé, tengo que recibir más instrucciones. Pero si yo vuelvo a Nueva York, tú tienes que quedarte cerca de Fenbrook.

—¿Y cómo es esa Posada del Roble? ¿Venderán cepillos de dientes?

—Es un hotel en la carretera de Albany, muy caro. He pasado muchas veces por delante con el coche. Llamaremos y te reservaremos una habitación. Puedes bajar conmigo en taxi hasta el pueblo y comprar lo que necesites.

Harold murmuró entre dientes que probablemente necesitaría un pijama de franela.

Capítulo ocho

Solitaria

Un hombre de mejillas sonrosadas y con botas altas de goma se asomó tímidamente a la puerta. Se presentó como Dobson y condujo a los invitados al guardarropa que había bajo las escaleras, donde estaba el teléfono. Desde esta estancia se accedía a un cuarto de aseo muy bien equipado. Mientras Harold se arreglaba, Gamadge comprobó que había un tren para Nueva York a las ocho y un minuto y pidió un taxi para llegar a cogerlo. Luego reservó una habitación en la Posada del Roble para el sargento Bantz; al parecer, su llamada fue una agradable sorpresa para el hotel.

Harold salió del cuarto de aseo secándose las manos. Dijo que aquello era un crimen.

—¿El qué? —preguntó Gamadge.

—Quedarse a cenar aquí utilizando un nombre falso y contarle todas esas patrañas a la pobre chica. Te sentirás muy mezquino cuando ella y los Dobson se enteren de que hemos estado aquí fingiendo ser otras personas.

—Si alguna vez lo descubren, tendrán buenas razones para perdonarme.

—Empiezo a pensar que estás interpretando mal las señales. No creo que tenga nada que hacer aquí.

—Tú espera a que recibamos más instrucciones. Me mantendré en contacto contigo.

Cuando salieron de nuevo al pasillo, la señora Dobson acudió sonriente a su encuentro.

—Me alegro de que se queden —afirmó—. El sargento y usted le harán algo de compañía a la muchacha.

—Debe de sentirse sola cuando la familia no está.

—Ella dice que no, y cuando hace buen tiempo no está tan mal. Pasa mucho tiempo fuera, trabajando en el jardín. Pero ahora la nieve nos tiene encerrados en casa.

Gamadge tenía la sospecha de que todo aquello se lo decía con la esperanza de que llegase a oídos de Fenway. Le dijo que estaba de acuerdo con ella en que ese tipo de vida debía de ser muy aburrida para una persona joven.

—Y todo ese jaleo por un dibujo de un libro que se ha perdido —continuó la señora Dobson—. Aquí no sabemos nada, ni de uno ni de otro.

—¿Han perdido una lámina?

—Puede que hace veinte años, y la señorita Grove solo lleva un par de semanas ordenando libros y papeles. El señor Fenway no nos culpa de nada, por supuesto,

pero para ella es difícil tener esa responsabilidad y sin nadie que la ayude. Sería distinto si tuviera amigos aquí. Se crio en ciudades extranjeras, haciendo deportes de invierno en los Alpes y ese tipo de cosas, pero en este país no tiene amigos de su edad. La señorita Caroline es una joven amable y simpática como ninguna otra, pero esto no puede entenderlo porque ella tiene muchos amigos.

Gamadge sonrió.

—Lo dejaré caer cuando vea al señor Mott Fenway, sin mencionarla a usted, desde luego.

—Bueno, señor, le estaría muy agradecida si no lo hiciera, sé que no es asunto mío. A la señorita Grove le gustaría aprender en algún sitio a ser una auténtica secretaria, o colaborar en los trabajos de guerra, pero su tía no permitirá que nada interfiera en los planes del señor Blake, y no es de extrañar. Aun así, esto no es como un trabajo de verdad, señor, donde los jóvenes son independientes y se relacionan con más gente.

Gamadge estaba seguro de que la señora Dobson no era una mujer frívola ni chismosa y de que le estaría costando mucho arriesgar su posición con los Fenway al hablarle del caso de Hilda Grove. El hecho de que lo eligiera a él como intermediario no lo sorprendía, estaba acostumbrado a ese papel.

—Lo entiendo —le aseguró.

—La señorita está ya en el comedor, señor, pueden ir por el salón.

El comedor tenía vigas vistas de madera y las paredes revestidas con paneles de roble. Dos grandes rinconeras se alzaban hasta el techo, del que colgaba una lámpara de bronce en forma de araña. Hilda estaba de pie delante de un aparador también de roble, con las manos a la espalda, contemplando una botella. Se había cambiado de ropa y ahora llevaba un vestido de color lavanda, un vestido de verano y viejo. Los finos pliegues de la falda y del corpiño la hacían parecer más alta, más joven y más frágil.

—Rossetti solo logró acercarse remotamente a ellos una vez —dijo Gamadge desde la puerta.

La joven lo miró sorprendida.

—¿A quiénes?

—A los antiguos maestros.

—¿Y cuándo lo hizo?

—Cuando dibujó esa cabeza en la que estoy pensando. Discúlpeme, son solo divagaciones de mi mente. ¿Eso es una botella de whisky?

—La señora Dobson dice que es lo que el señor Fenway les hubiese ofrecido.

—Entonces es un auténtico caballero.

—Aquí tienen hielo. Por favor, sírvanse ustedes mismos.

Cinco minutos después estaban todos sentados alrededor de la mesa ovalada del comedor. La señora Dobson trajo jamón, huevos y ensalada, y la señorita Grove les sirvió café.

—¡Qué suerte! —comentó—. El señor Dobson solo bebe té. Sargento Bantz, ¿le importa que le pregunte dónde lo han destinado?

—A una isla —contestó Harold después de tragar.

—Yo también lo he intentado —intervino Gamadge—, y le advierto que eso es todo lo que conseguirá sacarle. Luego solo habla de una especie de mono.

—Un amiguito muy simpático —dijo el sargento.

—¿Van a quedarse mucho tiempo por aquí? —quiso saber su anfitriona, que no apartaba su brillante mirada del rostro de Harold.

—Depende del trabajo.

—Esto es precioso. A mí me encanta la nieve, pero ahora estoy bastante ocupada con los libros del señor Fenway... del señor Blake Fenway. ¿Ha dicho que lo conocía, señor Hendrix?

—No. —Gamadge tardó un poco en contestar a su alias y Harold hizo una mueca—. No lo conozco.

—Es un hombre fantástico. —La cara de la joven resplandecía—. Maravilloso. Solía ayudarlo en su biblioteca de Nueva York, pero la tía Alice pensó que ya éramos demasiados allí —añadió entre risas, pero luego se puso seria—. ¿Conoce la historia de la pobre señora Fenway y de Alden, y de su horrible viaje desde Europa?

—Sí, la conozco bien.

—¿Y sabe lo de su hijo?

—También lo sé.

—¿No es una pena? Nosotras dos tuvimos mucha suerte al encontrarlos, de veras, porque mi tía Alice no pudo recuperar su dinero antes de huir de la Francia ocupada. Ahora es la dama de compañía de la señora Fenway y el señor Fenway me ha acogido a mí también. Es un ángel, me gustaría pensar que le estoy siendo útil de verdad. Al menos pudimos hacer una cosa por la familia, nos cruzamos con Bill Craddock en el muelle y ahora él cuida de Alden.

—Tengo entendido que es el hombre perfecto para el trabajo.

—Es magnífico, no sabe usted cuánto —repuso Hilda—. Precisamente porque no es la persona más cualificada.

—¿No?

De pronto toda su expresión se tornó pesarosa.

—Nunca encontrarán a nadie como Bill, pero creo que esto le matará. Jamás me ha sorprendido nada como cuando me enteré de que se iba a quedar en la casa. Aún no puede hacer esfuerzos físicos, pero tiempo atrás recibió una buena oferta de un amigo suyo para ayudarlo a dirigir el negocio de un rancho para turistas. Yo deseaba que lo aceptara ¡y desde luego creí que lo haría! No le pagaban mucho pero habría sido muy bueno para él.

—Quizá él también se sienta en deuda con el señor Blake Fenway.

—Bill no tiene ningún compromiso, se encontró con nosotros por casualidad y nos ayudó a llegar aquí sanos y salvos. No sabe usted cómo era ese barco. Y él no

estaba tan bien como ahora, además. Pero podría haber encontrado muchas otras cosas que hacer, tenía un montón de información para escribir, sobre China, ¿sabe? El señor Fenway se extrañó cuando dijo que se quedaría a cuidar de Alden, y también la tía Alice.

—Parece un trabajo muy exigente.

—Y más para Bill, que está acostumbrado a ir siempre de acá para allá, sin ataduras. Se está quedando muy delgado y pálido.

—¿Cuándo tomó esa decisión?

—Hará unos dos años.

—¿Conoce usted al señor Craddock desde hace mucho?

—De toda la vida —le explicó Hilda—. Sus padres eran amigos de mi familia, y cuando los míos murieron solía venir a verme al colegio suizo donde estudiaba, para que no me sintiera sola.

—¿Su tía no estaba con usted?

—No, viajaba mucho con mi tío. Su trabajo los llevaba por todo el mundo; representaba a una empresa americana, la misma para la que trabajaba mi padre. Fabricaban algún tipo de maquinaria. Él y la tía Alice vivían cerca de París cuando estaban en casa. Tenían una casita preciosa en un pueblo llamado Bourg-la-Reine.

—Supongo que ahora vendrá a hacerla compañía aquí en Fenbrook. El señor Craddock, quiero decir.

—Al principio sí lo hacía, los Dobson quieren mucho a Alden y lo entretenían mientras Bill y yo salíamos a dar un paseo. Pero ahora está muy ocupado y además no podemos usar los coches, así que Alden no puede subir. —De pronto la tristeza desapareció de su rostro—. Por supuesto, su trabajo es lo primero.

La señora Dobson llevó a la mesa una tarta de manzana. Cuando dieron buena cuenta de ella, se levantaron y Gamadge se quedó admirando la imponente habitación.

—Ni siquiera los platos pueden guardarlos en un sitio pequeño o sencillo, ¿verdad? —bromeó mientras pasaba la mano por las molduras talladas que enmarcaban la puerta de una de las rinconeras.

Hilda dijo riendo que solo una era en realidad un aparador para la porcelana.

—Pero está muy bien integrado, ¿verdad? ¡Es todo tan grande!

Luego pasaron al salón y la joven, que iba delante, se giró y les preguntó si les gustaría ver la biblioteca.

—Nos encantaría, la verdad.

—Aunque me temo que estará helada. No la abrimos a menos que tenga que trabajar y, cuando estoy yo, enciendo una estufa de gas.

—Entonces pasará usted frío. —Gamadge observó el fino algodón del vestido color lavanda—. Póngase mi abrigo.

Cuando cruzaron el pasillo, lo cogió del armario y se lo puso sobre los hombros. La señorita Grove metió los brazos por las mangas.

—¡Me vendrá bien!

Harold empujó la doble puerta plegable y Hilda encendió la luz. Era una biblioteca sombría y vieja, con rejillas en las puertas de las librerías, grabados enmarcados, pesados muebles de caoba y tapicería de reps verde.

—No puede haber enviado muchos libros a Nueva York, estas estanterías aún están repletas.

—Los he movido para que no se vean los huecos. Lo peor es limpiar los armarios inferiores, los papeles viejos acumulan mucho polvo. —Y añadió, girándose hacia una mesa atestada de papeles y carpetas—: Los he revisado todos y cada uno porque el señor Fenway dice que ha desaparecido una lámina de un libro. ¿El señor Mott le ha comentado algo?

—No, ¿sobre qué?

—¡Ay, era el libro de vistas antiguo más bonito! Al menos eso creo, es lo que dice el señor Fenway. Recuerdo los volúmenes, estaban encuadernados en terciopelo verde. Cuando llegaron a Nueva York, faltaba una de las láminas; al parecer alguien la ha arrancado. Era un dibujo del viejo Fenbrook, de la casa que tenían en Peekskill. Es irremplazable. Me disgusté mucho al saberlo.

—¿Y no pueden haberla arrancado después de que los libros llegasen a Nueva York?

Gamadge, que estaba fumando, se apoyó en el borde de la mesa y Harold ojeaba una carpeta llena de viejas fotografías. La señorita Grove se sobresaltó ante aquella sugerencia.

—¡No! El señor Fenway se dio cuenta de que no estaba al día siguiente de recibir el envío. Además, ¿quién iba a hacer algo así en Nueva York?

Gamadge sonrió.

—Es mucho más fácil sospechar de los muertos, ¿verdad?

—No quería decir eso. Me refiero a que estamos seguros de que no ha podido suceder en el número 24.

Al ver cómo agachaba la cabeza, Gamadge dejó de sonreír.

—Espero que el señor Fenway no la culpe a usted.

—No, pero no dejo de preguntarme si pensará que he sido descuidada o algo parecido.

Harold hizo entonces uno de sus dispersos comentarios:

—Creo que se habría dado usted cuenta si hubiera roto una página de un libro de un tirón.

—Ya, pero no puedo evitar preocuparme.

—¿Ha buscado por la casa? —le preguntó Gamadge.

—Por todas partes, en todos los armarios y en todos los arcones y todos los baúles del ático. Excepto en uno o en dos, quizá, que ahora están cerrados con llave, pero ahí solo hay ropa. Los he visto abiertos muchas veces, pero imagino que han echado la llave porque no cerrarían bien las puertas y se quedarían entreabiertas. Cuando la

familia se fue en otoño, lo guardaron todo. La señorita Fenway dice que nunca lo habían hecho. ¿La conoce?

—No, no hemos coincidido.

—Es muy inteligente.

—¿Y cuándo fue la última vez que alguien vio esa lámina? ¿Lo sabe?

—Hace veinte años, creo.

—No pierda el sueño por algo que pudo haber desaparecido antes de que usted naciera —masculló Harold.

—Bueno, la verdad es que el sueño nunca lo pierdo.

—Esto debe de ser muy tranquilo por las noches, sin duda.

—Lo es.

—¿Solitario?

—No, me encanta.

—Pero aquí no hay nadie salvo los Dobson y usted —insistió Gamadge—. ¿Los tiene cerca de noche, al menos?

—Más o menos, mi habitación está en la siguiente planta, orientada al suroeste, y ellos duermen justo enfrente pero en el último piso.

—Más o menos, dice. ¿Lo suficiente para no sentir ninguna aprensión, entonces?

—Desde que estoy aquí solo he tenido miedo una vez, y fue el jueves de la semana pasada con esa terrible tormenta. Fue una tontería, ¡imagínese un ladrón merodeando en una noche así!

—Me lo imagino.

Gamadge fumaba despacio mientras la observaba.

—Una rata no era, el señor Dobson asegura que no tenemos ratas. Él cree que sería una ardilla, dice que hacen un ruido parecido a los pasos de las personas.

—¿Y qué hizo esa ardilla?

—Creí oír a alguien en las escaleras de servicio pasando por detrás de mi habitación. Y después un golpe.

—¿Era muy tarde?

—Sí, estábamos todos dormidos, eran más de las tres. Al principio me pareció que el ruido venía del ático, que está al final de las escaleras de servicio. Dudé sobre si debía llamar al señor Dobson, pero el ruido cesó y con esa noche tan fría no quería despertarlo. Me levanté y me asomé al pasillo, pero todo parecía tranquilo. A la mañana siguiente me alegré de no haber molestado al pobre señor Dobson, todas las ventanas estaban bien cerradas.

—Pues de alguna forma sí habría sido una buena noche para un ladrón, ¿no cree? La nieve habría cubierto sus huellas.

—¡Yo diría que lo habría sepultado a él, enterito!

—Y de ser un ladrón, no pudo llevarse la lámina del libro de vistas porque para entonces ya había llegado a Nueva York, ¿verdad?

—Esa misma tarde, pero no lo había pensado.

—¿Y por qué iba a hacerlo?

—Bueno —repuso desconcertada—, es mucha casualidad en cierto modo, ¿no? Dos hechos extraños en un mismo día.

—¿Que se pierda una lámina y que se cuele una ardilla?

Hilda se echó a reír.

—¡Es que nunca antes había pasado nada raro en Fenbrook!

—¿Quién es esta? —preguntó Harold al tiempo que sostenía en alto una gran fotografía de estudio bastante desvaída.

—La señora Fenway, de joven. ¿A que era muy guapa? Aunque la tía Alice dice que no nos podemos imaginar cuánto solo por las fotografías. Al parecer tenía un tono de piel magnífico y unos ojos azules y una melena preciosos.

Gamadge miró la fotografía de aquella joven alta ataviada con vestido de noche.

—Una hermosa mujer —observó.

—Yo diría que aún lo es. Señor Hendrix, ¿no es horrible pensar en lo que puede pasarle a la gente en solo veinticinco años? La señora Fenway lo tenía todo y ahora... fíjese, viuda, con una lesión tan grave, siempre preocupada por el pobre Alden y la tía Alice cuidando sola de ella.

—Supongo que podría contratar a más gente.

—Prefiere estar con mi tía porque son viejas amigas. Cada día depende más y más de ella. No quiere que se vaya ni siquiera cuando llega la masajista. Ya no se separa nunca de su lado.

—¿Ni siquiera sube a verla a usted?

—No, le es imposible. Solo si vienen todos.

—¿Y este es el marido de la señora Fenway? —preguntó Harold, que había cogido otra fotografía de la misma carpeta.

—Sí, el señor Cort Fenway. ¿Verdad que era muy dulce?

Gamadge estuvo de acuerdo en que había algo de ternura en aquel rostro alargado y sonriente.

—Y esa otra es la señorita Fenway —continuó Hilda—. Creo que también es muy guapa, ¿no les parece?

—Quizás un poco altiva.

—La irritan las personas aburridas, pero es mucho más afable de lo que parece en esa fotografía, y muy divertida. Me gustaría poder hablar más con ella.

—¿Alguna ley se lo impide? —inquirió el sargento con tono lúgubre.

La joven le dirigió una sonrisa.

—No sé lo suficiente. En realidad no sé casi nada.

El sonido amortiguado de una bocina interrumpió la conversación. Hilda le devolvió a Gamadge su abrigo y él y Harold recogieron a toda prisa sus pertenencias.

—No tengo palabras para agradecerle su auténtica hospitalidad cristiana, señorita Grove —dijo Gamadge a modo de despedida.

—No debe agradecerme nada a mí, sino al señor Fenway —le correspondió ella

con una sonrisa—. Yo solo he hecho lo que él habría dispuesto, ¡pero he disfrutado mucho! He pasado un rato estupendo, me encantaría que volvieran otro día.

Mientras el taxi trataba de salir de casa de los Fenway, Harold empezó a murmurar. Poco a poco sus murmullos se convirtieron al fin en palabras.

—Alguien arranca esa estampa del libro el día que este llega a casa de los Fenway en Nueva York. Esa misma noche la traen a Fenbrook y la esconden en el desván. La muchacha ha buscado allí, pero no ha mirado en el lugar preciso. Me pregunto qué habría pasado si se hubiera tropezado con Craddock bajando las escaleras. Tuvo que ser Craddock, la señora Grove no podría subir la colina desde la estación de Rockliffe en medio de una noche de tormenta.

—Hilda está encariñada con Craddock.

—Porque lo conoce de toda la vida, pero ¿qué sabe de él en realidad? Ha matado a un perro, podría ser capaz de cualquier cosa. No le habría resultado difícil conseguir una llave de la casa, es probable que tengan varias abajo, en el número 24.

Gamadge fruncía el ceño en la oscuridad.

—No subas a ciegas a ese ático —le advirtió—. No vayas hasta que yo te lo diga. Y no aceptes ninguna habitación en ese hotel que no tenga teléfono, puede que te llame esta noche. Lo haré seguro si consigo algún resultado en la casa, y si no te llamaré mañana de todas formas. Lo malo es que mañana es lunes y tengo que estar en la oficina a las nueve. Tengo un montón de citas, no sé cuándo podré llevarle los libros a Fenway.

—A esa chica la retienen en Fenbrook para que no interfiera en los planes de los extorsionadores, eso seguro. No sé por qué lo consiente la familia, está sola como un perro, por mucho que lo niegue, y malgastando su vida.

—Me temo que la señorita Fenway no quiere tenerla en el número 24.

—¿Y qué hay del señor Blake Fenway y toda su filantropía?

—Creo que el señor Blake Fenway está convencido de que la joven es mucho más feliz en Fenbrook de lo que lo sería en una escuela de negocios o en una oficina.

—Por cierto, ¿qué era todo eso de una cabeza dibujada que parecía de un antiguo maestro o no sé qué?

—¡Ah! Tres cabezas: *El amor entre la crueldad y la ira*.

Después de un silencio, Harold continuó:

—No dejes que le pase nada, sea o no sea cliente.

—Mi cliente no quiere que pase nada —repuso Gamadge, y luego se giró y miró a su ayudante con gesto sarcástico—. Ya no te importa quedarte esta noche en la Posada del Roble, ¿no?

—Por lo menos sabe que estoy ahí al lado.

Capítulo nueve

Una brecha en la pared

El oscuro y sofocante tren local fue arrastrándose por las vías a paso de tortuga hasta detenerse en la estación de Nueva York a las nueve menos dieciséis minutos. Gamadge subió a toda prisa por la rampa y cruzó el vestíbulo hasta el teléfono más cercano para marcar el número de los Fenway.

—¿Sí? ¿Quién es? —contestó la voz ansiosa de Mott Fenway.

Gamadge se sorprendió a sí mismo al responder con una especie de graznido.

—Soy Charles Hendrix, del Club Vernon. ¿Estoy hablando con el señor Mott Fenway?

—Sí, ¿de veras es usted, Hendrix?

—El mismo.

—Parece que haya cogido un buen resfriado —dijo el otro ahogando una risa entre dientes.

—Es algo de laringitis. Oiga, Fenway, a propósito de esa partida de *bridge*, ¿cree que podría unirse a nosotros mañana en lugar del martes?

—Mañana no tengo inconveniente, amigo.

—Bien, llegaré tan pronto como pueda a partir de las nueve.

—Siempre ha sido un hombre puntual.

La risita de Fenway aún resonaba en los oídos de Gamadge cuando colgó. Luego fue a recuperar sus libros a la consigna y buscó un taxi.

Le pidió al conductor que parase en su propia calle, dejó los libros bien custodiados en una tienda con la que tenía buena relación y continuaron hacia la zona alta de la ciudad. Se bajó del coche una manzana antes de llegar a la de los Fenway y, mientras pagaba al taxista, este comentó que parecía haber algún tipo de alboroto en la siguiente esquina.

—¿Alboroto? —preguntó Gamadge levantando la vista.

—La gente se para ahí, en esa casa tan grande.

Gamadge cruzó la calle y alcanzó el lugar donde se apelotonaba la pequeña multitud casi de una carrera. Había dos oficiales de policía, uno a cada lado de las escaleras de la entrada principal, y el coche patrulla estaba parado junto al bordillo. La puerta de la casa estaba abierta y dejaba escapar un chorro de luz amarilla que caía sobre varios rostros desconcertados. Blake Fenway y Craddock permanecían de pie en el umbral del vestíbulo y este último trataba de sujetar al otro, medio apoyado contra el marco de la puerta.

Gamadge se abrió paso hasta la escalera y, cuando ya tenía un pie en ella, un

brazo uniformado de azul se interpuso en su camino. Se sintió como si le hubiera pillado en falta algún guarda de seguridad.

Entonces escuchó la voz de Craddock.

—¿Es usted, señor Gamadge?

—Sí.

La cara del joven tenía una expresión de calma forzada y un oscuro mechón de pelo le caía sobre los ojos.

—¿Le importaría subir y llevarse dentro al señor Fenway?

El policía los miró, primero a Craddock y luego a él, y al fin retiró el brazo y Gamadge pudo subir corriendo las escaleras.

—Si quisiera acompañarlo —le pidió de nuevo el joven—. No debería estar aquí. Señor Fenway, ¿por qué no entra? Vendrán más policías y también periodistas, supongo que no querrá hablar con ellos.

El segundo agente se había situado ahora de cara a la cancela exterior que había delante de la puerta de servicio. Detrás de él, por dentro de la verja, Gamadge vio una oscura silueta sobre la nieve. Allí tirado parecía enorme, y se veían manchas brillantes a su alrededor como si algo hubiera mojado la dura capa de hielo blanco.

—Ha sido un accidente. Quiero que metan a mi primo en casa, no puedo dejarlo ahí —musitó Fenway con voz entrecortada.

—No podemos moverlo, señor Fenway. Yo me quedaré. Lo explicaré todo y me haré cargo. Por favor, váyase dentro. Señor Gamadge, creo que necesita un trago de brandi. —Y añadió, soltando el brazo del afligido dueño de la casa—: Sé cómo tratar con ellos.

Gamadge cogió a Fenway por el codo, le dio la vuelta con delicadeza y lo acompañó al interior mientras varios coches más llegaban en silencio doblando la esquina desde la avenida. Luego cerró la puerta.

Caroline Fenway bajaba en ese momento las escaleras, arrastrando una bata de terciopelo marrón. Cuando vio a su padre corrió hacia él y lo abrazó.

—Padre, mi pobre padre, ya me he enterado. Phillips me lo acaba de contar. —Luego miró a Gamadge y dijo—: El primo Mott se ha caído por la ventana.

—No entiendo por qué no nos dejan traerlo dentro —repitió Fenway—. Quiero que esté en su habitación. Caroline, haz que venga el doctor Thurley.

—Phillips lo está llamando por teléfono. Señor Gamadge, ¿puede acompañar a mi padre al salón de atrás mientras yo voy a buscarle algo? Traeré brandi. —Pero mientras este volvía a coger a Fenway por el codo, la hija se detuvo—. No sé qué... ¿Pasaba usted por aquí?

Su mirada, hasta ahora un poco perdida, se centró y se volvió inquisitiva.

—Sí. Craddock me ha visto y me ha pedido que entrara y cuidara del señor Fenway.

El dueño de la casa, sin embargo, pronto recobró la compostura y caminó rígido y despacio junto a Gamadge, en la semioscuridad del salón con la luz apagada, bajo los

débiles destellos del cristal de la lámpara, hasta dejar atrás el suave brillo de las sillas y las vitrinas doradas. La otra sala estaba iluminada por varias lámparas y el fuego ardía en el hogar; era una habitación de color gris y rojo pálido, con un gran piano en el mirador y un espejo enmarcado en vidrio sobre la repisa de mármol gris de la chimenea. El reloj francés marcaba las nueve y diez.

Fenway se sentó en una silla junto al fuego y sacó un pañuelo para secarse los ojos. Después de unos momentos, miró a Gamadge.

—No puedo creerlo. Estábamos hablando en la biblioteca y ha sonado el teléfono. Él ha ido a contestar... no era mucho antes de las nueve. Al volver me ha dicho algo sobre una partida de *bridge* que le habían adelantado a mañana y luego ha subido directo a su habitación en la última planta. El joven Craddock estaba en su cuarto, que está al lado, y lo ha oído gritar. Ha ido corriendo y ha visto la ventana abierta y la habitación vacía. Entonces se ha asomado... y ha mirado hacia abajo.

Fenway hizo una pausa.

—Es algo espantoso —dijo Gamadge con amabilidad—, pero si se ha caído... Si su primo se ha caído desde el último piso, habrá muerto en el acto.

—Eso ha dicho el agente de policía. Le he explicado que mi primo siempre deja la ventana abierta cuando no está en su cuarto, aunque cierra la puerta para que el resto de la casa no se enfríe. Siempre ha sido muy prudente y atento. Mi mejor amigo. Habrá ido a cerrar y esas ventanas son tan bajas... Yo sabía que son un peligro, debería haberme dado cuenta de que ya no era un hombre joven. Quería que lo trajeran dentro, ¿por qué no si ha sido solo un accidente? Me gustaría que estuviese en su cama.

—Nunca puede moverse un cuerpo en esas circunstancias, señor Fenway.

—Ha sido Craddock el que ha llamado a la policía. No lo ha consultado conmigo, los ha llamado antes de decirme lo que había pasado. Si lo hubiera sabido, podríamos haber metido a mi primo en casa antes de que llegaran.

—Los curiosos habrían empezado a amontonarse, señor Fenway, no habrían podido controlar la situación. Estoy seguro de que de esta forma tendrá muchos menos problemas para que conste todo como un accidente desde el principio, tanto en los informes como en los periódicos.

Fenway seguía sentado, con el pañuelo arrugado olvidado en una de sus manos y la mirada vagando por la habitación.

—Respeto a la policía, su trabajo no es fácil y entiendo los procedimientos. Pero a menudo dejan abierta la posibilidad... del suicidio, ya sabe. Y mi primo... es absurdo.

—Si lo hubieran movido, señor Fenway, habría tenido muchas cosas que explicar. Craddock ha demostrado una gran presencia de ánimo, se lo aseguro.

—Ha sido el primero en salir, luego ha venido y me lo ha dicho a mí y después a Phillips. El coche patrulla ha llegado muy rápido, cuando he salido ya casi estaban aquí.

Caroline apareció en la puerta que daba al pasillo posterior. Phillips venía tras ella con un pequeño decantador y algunas copas sobre una bandeja, que dejó en una mesa junto a Fenway.

—He llamado al doctor Thurley, señor —titubeó—. Y el agente Stoller está aquí.

—Ah, Stoller. Bien. Stoller lleva la ronda de noche, señor Gamadge, es un gran hombre. Nos conoce a todos. También conocía a mi primo. ¡Phillips, hay que llamar a Bedlow!

—Sí, señor Fenway —contestó este con voz temblorosa.

—Bedlow dispondrá todo lo necesario. ¿Dónde está el señor Craddock? —Fenway intentaba ponerse de pie, inquieto—. ¿Por qué no traen a Mott dentro de casa, Caroline? No permitiré que lo dejen ahí tirado.

Caroline le había servido un poco de brandi. Tenía la copa en una mano y con la otra retuvo suavemente a su padre para que se sentara de nuevo.

—Por favor, deja que hagan las cosas como es debido, padre. No puedes interferir, ¿verdad, señor Gamadge?

Sus oscuros ojos se mostraban firmes.

—Es mejor dejar que cumplan con su trabajo.

Fenway se tomó el brandi de un trago.

—Alguien tiene que decírselo a tu tía, Caroline. ¿Se lo ha contado alguien a tu tía?

—Se lo ha dicho Phillips. La señora Grove está con ella.

—Tome usted un poco de brandi, señorita Fenway —le sugirió Gamadge. Pero como vio que esta no hacía ademán de servirse, llenó él mismo otra de las pequeñas copas de delicados pies labrados y se la tendió—. Y siéntese. También ha sido un duro golpe para usted.

Caroline lo miró de nuevo muy seria por encima de la cabeza de su padre.

—Y para usted, ¿no es así?

—Por supuesto —repuso Gamadge sosteniéndole la mirada con calma.

—Está pálido como un fantasma, le vendrá bien beber una copa con nosotros.

—Gracias.

Cuando los dos tuvieron sus bebidas, Caroline se sentó junto a su padre y este alargó la mano para coger la suya.

—Cuando pienso que si Craddock no hubiera estado en su habitación, Mott habría estado ahí tirado...

—No pienses en eso. Ya es bastante terrible así, pero el pobre primo Mott no ha sufrido.

—Me alegro mucho de que pasara por aquí en ese momento, señor Gamadge. Usted entiende de estas cosas, de procedimientos policiales. Si pudiera quedarse y ayudarnos...

—Estaré encantado de hacer cuanto pueda por ustedes, señor Fenway.

—Alguien que entiende de procedimientos policiales y da la casualidad de que

pasa por aquí. Qué suerte para nosotros —murmuró Caroline.

—Verá, no vivo demasiado lejos y tengo amigos en el vecindario.

Sus miradas se cruzaron, pero la de cada uno era inescrutable para el otro. En la puerta apareció un hombre corpulento, de uniforme y con una porra en la mano. Detrás de él se acercaba otro tipo aún más alto y fornido, vestido de paisano. Tenía el pelo claro, los ojos azules y un rostro de facciones marcadas. Otro agente de uniforme, libreta en mano, los seguía a la retaguardia.

—¡Stoller!

Esta vez Fenway sí se levantó.

—Sí, señor. Lamento no haber estado en la calle cuando sucedió. —El primer policía levantó la mano a modo de saludo—. Es un suceso muy triste para usted y para la señorita Fenway. Pobre señor Mott, hace solo una semana que estuve hablando con él delante de su casa. Venía diciéndole al teniente lo buen hombre que era. Este es el teniente Nordhall, señor, quiere hablar con usted.

—Si le parece conveniente —añadió su superior.

—Desde luego. Esta es mi hija, y le presento también al señor Gamadge, un amigo que pasaba por casualidad frente a la casa justo después del accidente.

Nordhall, serio pero cortés, agradeció las presentaciones y luego le indicó a Stoller que siguiera con la ronda. Cuando este salió, el otro agente de uniforme abrió su libreta y sacó un lapicero.

—El agente Stoller —comenzó Nordhall— me ha facilitado algunos datos generales muy útiles, y el señor Craddock ha sido de gran ayuda, ahora está tratando de deshacerse de los periodistas. He hecho algunas preguntas a su empleado, Phillips, y también al resto del servicio. Cuando hable con la familia, habré terminado. Por favor, señor, esté tranquilo, ¿no quiere sentarse?

—El cuerpo de mi primo, teniente...

—Verá... —Nordhall observó de reojo la expresión calmada de Caroline y continuó—: Está muy afectado, ha caído contra la verja. Las personas a las que ha llamado, la gente de Bedlow, acaban de llegar. Es mejor que les deje encargarse de todo, señor, mañana lo traerán de nuevo.

—Sí, está bien.

Fenway cerró los ojos y volvió a sentarse, y Nordhall continuó con respetuosa compasión.

—Todo se solucionará enseguida. He estado en el lugar de la tragedia y voy a dictaminar que ha sido un accidente.

—Cualquier otra cosa está fuera de discusión, teniente, por supuesto.

—Eso parece. El fallecido subió a su habitación a cerrar la ventana, una ventana grande con el alféizar muy bajo.

—Un peligro, pero no quería poner barandillas.

—Alzó los brazos para tirar de la hoja inferior, que debía de estar por encima de su cabeza, y se le escurrieron los dedos. Por una vez no tuvo suficiente cuidado. La

inercia lo empujó hacia fuera y, como el alféizar no le llegaba a las rodillas, cayó.

—¡Si hubiera sido más consciente de que ya era un hombre mayor! Debería haber insistido... pero ya no sirve de nada.

—Lo que necesito ahora, para el informe, es conocer el estado de ánimo del difunto antes de la muerte. Espero que lo entienda.

—Desde luego. Estaba conmigo en la biblioteca, al otro lado del pasillo, y tenía muy buen humor. No lo he visto deprimido en toda mi vida. Era, como se suele decir, un hombre de carácter alegre, teniente. Había quien lo tachaba de despreocupado, pero ese calificativo no le hacía justicia. Sufrió algunos reveses cuando era joven, pero era incapaz de caer en la melancolía y hace muchos años que no tenía angustias personales.

—El señor Craddock dice que atendió una llamada de teléfono.

—Ah, sí. Aquí abajo.

—Al parecer también sonó en el cuarto de arriba y el señor Craddock descolgó. Alguien quería reunirse con él para jugar al *bridge*.

—Mi primo lo mencionó cuando volvió a la biblioteca. Estaba deseando que llegara esa partida, creo que iba a ser mañana por la noche.

—¿Y luego subió a su habitación?

—Un minuto después o poco más. Nosotros también íbamos a jugar al *bridge*, Craddock y yo con mi cuñada y su amiga la señora Grove, que vive con nosotros. Mi primo Mott quería terminar con una declaración de impuestos que tenía a medias. Él se ocupaba de todas esas cosas por nosotros; por mi hija y por mí, y en gran parte ayudaba también a mi cuñada.

Nordhall se dirigió entonces a Caroline.

—¿Vio usted al difunto después de la cena, señorita Fenway?

—Sí, estuvimos todos juntos arriba tomando café y luego el primo Mott bajó a la biblioteca con mi padre. Estaba como siempre. Cuando ellos se fueron del salón yo me retiré a mi habitación y cerré la puerta, tenía que escribir algunas cartas. No supe nada más hasta que Phillips llamó a mi puerta y me dijo que había ocurrido un accidente y que el primo Mott se había caído por la ventana. Bajé y me encontré a mi padre y al señor Gamadge entrando en casa.

—La señora Fenway, la señora Grove y el joven señor Fenway —continuó Nordhall con voz monocorde— se quedaron en el salón. Craddock los dejó allí cuando fue a contestar al teléfono, o más bien cuando fue a descolgar el receptor y comprobó que el señor Mott Fenway ya estaba atendiendo su propia llamada. Craddock subió entonces a su habitación a lavarse las manos antes de la partida de *bridge*; se las había ensuciado al arreglar un juego para el señor Alden Fenway. Oyó una llamada o un grito, aunque muy amortiguado, que venía de la habitación del señor Mott Fenway. El difunto debió de gritar muy fuerte porque Craddock pudo oírlo a través de dos puertas cerradas, las que dan desde ambas estancias al corredor y al cuarto de baño. Fue allí y se encontró el cuarto vacío y la ventana abierta. Dice que

imaginó lo que había pasado y se asomó al exterior. Luego bajó corriendo y salió por la puerta principal. Lo encontró sin vida, entró de nuevo y telefoneó a la comisaría. Hizo lo único que podía hacer, señor Fenway; para cuando volvió a salir con usted, ya había gente curioseando. Ustedes dos y ese anciano mayordomo no hubieran podido controlar la situación solos pero, si me permite decirlo, entiendo que quisiera mover el cuerpo. Es lógico que no quisiera dejarlo ahí tirado, casi en la calle. Sin embargo, el señor Craddock hizo lo correcto.

—Me doy cuenta de ello. Debería decírselo... agradeceré. Espero no haberme puesto furioso en ese momento.

—Le aseguro que lo entiende. Me ha dicho que no podré contar con la declaración del señor Alden Fenway.

—No, no.

—Y tampoco me gustaría perturbar a las damas que están arriba, tengo entendido que una de ellas es una inválida.

—No exactamente, está impedida.

—No quisiera molestarla, pero si puedo trasladar a la prensa el mensaje de que toda la familia afirma que el señor Mott Fenway se encontraba en perfecto estado...

—Subiré con usted. —Fenway se levantó—. Me gustaría expresarle mi agradecimiento por la consideración que está mostrando con todos nosotros.

—No podría ser de otra forma, es un caso claro de accidente. Hemos podido incluso contrastar con Craddock el punto sobre la llamada de teléfono, lo cual ha sido una suerte, señor Fenway. Alguien podría haberse preguntado si el difunto no habría recibido malas noticias en ese momento, ya sabe cómo funciona la prensa sensacionalista.

—¡Malas noticias! Pero si después estuvo hablando conmigo y...

—Así es —lo tranquilizó Nordhall, que añadió con el primer asomo de lo que parecía una sonrisa—: No hará falta molestar al señor Hendrix.

—¿Hendrix?

—El caballero que lo llamó para la partida de *bridge*.

—Ah, sí, un amigo suyo del club.

—Si le parece bien, podemos subir ya.

El policía de uniforme cerró su libreta. Craddock entró en la sala y pasó por su lado al acercarse, ya bien peinado y con el semblante recompuesto.

—Todo despejado, señor Fenway —anunció.

—Querido muchacho, no sé cómo agradeceré. Si no hubiera sido por usted, Dios sabe de lo que habría sido capaz. Nos ha evitado muchos problemas y aflicciones, estoy seguro. ¿Ha visto a Bedlow?

—Sí, ha venido en persona. Volverá dentro de una hora para hablar con usted. La cuestión ahora es mantener la calma en la calle —comentó rascándose por encima de la nuca—, no sé de dónde sale toda esa gente.

—Íbamos a subir a hablar con la señora Fenway y con la señora Grove. No quiero

que mi sobrino se altere, ¿puede acompañarnos?

—Por supuesto, señor. —Craddock miró a Gamadge y murmuró—: Amigos en la adversidad...

Los demás parecían haberse olvidado de él y no encontraba excusa para seguirlos cuando abandonaron el salón. Se vio allí solo con Caroline, pensando en cómo podría arreglárselas para subir, pues ni siquiera sabía cómo permanecer en la casa con cierta decencia.

La señorita Fenway no tardó en resolverle el problema. Cogió un cigarrillo de una caja que había sobre la mesa y dejó que Gamadge se lo encendiera.

—Me gustaría mucho hablar con usted —le dijo.

—Estoy a su servicio, señorita Fenway.

—¿Puede aclararme por qué ha vuelto aquí esta noche? No contaré nada de lo que me diga.

Por un momento, ambos se miraron en silencio. Luego Gamadge contestó.

—Me habían invitado.

—¿Quién?

—El señor Mott Fenway.

Capítulo diez

Caroline

—Gracias por tratarme como a una persona inteligente —siguió Caroline—. No quiero decir que sea más lista que los demás, pero ellos no tienen mis razones para sospechar que su presencia aquí no es casual. El primo Mott le ha dicho esta tarde que pensamos que Alden ha arrancado la lámina del libro, ¿verdad?

—Y también que usted cree que mató a su perro.

—En eso él no estaba de acuerdo conmigo. Sentémonos, señor Gamadge, pero antes ¿le importaría cerrar la puerta que da al pasillo? Alguien podría vernos desde el otro salón y no queremos fisgones.

Gamadge cerró la puerta, que estaba frente a la entrada de la biblioteca, y mientras regresaba hacia la chimenea y se sentaba junto a Caroline seguía preguntándose por qué habrían asesinado a Mott Fenway. Estaba convencido de que nadie podía haberlos oído esa tarde, a menos que la casa de los Fenway estuviera trucada, la privacidad no fuera más que una ilusión y las paredes tuvieran oídos.

—Creo que su primo subestimaba el peligro de que se descubrieran sus sospechas.

—Él no tenía miedo, pero yo sí. Tengo miedo de Alden. Ya estaba asustada antes pero ahora tengo más motivo, ¿no le parece?

Se había sentado un poco reclinada hacia atrás y tenía las piernas cruzadas bajo la bata de terciopelo. Una mano emergía de una de las largas mangas y yacía abierta sobre su regazo, y cuando se llevaba el cigarrillo a los labios con la otra, su anillo destellaba con el reflejo de la luz.

Gamadge la observó con detenimiento.

—Es usted una persona muy templada, señorita Fenway.

—No tanto como quiero aparentar.

—¿De veras cree que su primo Alden ha empujado al señor Mott Fenway por la ventana?

—¿Acaso alguien puede saber cómo funciona una mente como la suya? Dicen que tiene el entendimiento de un niño, pero un niño taimado no es inofensivo. Un niño puede hacer cosas terribles, y físicamente Alden es un hombre fuerte. Un niño podría pegar a un perro que le resultase molesto; Alden pudo matar al mío. Un niño podría arrancar la página de un libro; Alden la arrancó y ahora la esconde con malicia. Un niño podría dar un empujón a otra persona; Alden ha empujado al primo Mott por la ventana y finge no haberlo hecho.

—¿Alguna prueba?

—Si tuviera pruebas no estaría importunándolo a usted, y no seguiré molestándolo ahora a menos que me deje contratar sus servicios.

—Eso está fuera de discusión. El señor Mott Fenway ha muerto y ya no puedo hacer nada por él, pero me complacerá hacer lo que esté en mi mano por usted. Sin embargo, no puedo hacer mucho sin pruebas.

—Si consiguiera pruebas iría a hablar con la tía Belle y la invitaría a abandonar la casa, con Alden.

—¿La invitaría a marcharse?

—No va a separarse de su hijo. Su amor por él es insano, jamás lo ha dejado ni un minuto desde que nació. Habrá tenido multitud de oportunidades para volver a casarse desde que murió el tío Cort, y él le dejó una pequeña renta, todo lo que tenía. Pero supongo que ningún hombre querría a Alden en su casa.

—¿Y no le enseñaría usted esas pruebas a su padre?

—No si ella estuviera dispuesta a internar a Alden en una institución para siempre. Mi tía no tiene impedimentos para irse a cualquier otro sitio, señor Gamadge: lo que recibe de la herencia es suficiente para mantenerlos a los dos con holgura y podría permitirse una legión de sirvientes para llevar una casa. ¿Por qué sigue aquí?

—Su padre debería saber lo que piensa usted sobre Alden.

—Ojalá nunca tenga que oír ni una sola palabra de todo esto. Creo que lo mataría. Es una cuestión sentimental, y ese tipo de asuntos no pueden afrontarse de forma racional. Mi padre quería mucho al tío Cort y el tío Cort adoraba a la tía Belle, y Alden es el hijo de ambos. Pero creo que no podemos seguir corriendo un riesgo tan terrible. ¿Quién sabe contra quién puede volverse Alden después? Puede que el siguiente sea mi padre.

—¿Alden tenía alguna animadversión contra el señor Mott Fenway?

—Eso es lo peor de todo, jamás ha demostrado tal cosa. Pero yo nunca he creído que fuera el ser lastimero que los demás piensan. A veces lo veo merodear por los pasillos y me da escalofríos. Es ridículo que la única atención que tenga sea la de un neurasténico medio inválido como Bill Craddock, que no sabe nada sobre enfermedades mentales. No estoy segura de que Bill no fuera a encubrir algo así para proteger a Alden. Si él mató a mi perro, Bill Craddock tuvo que ser quien lo tapara.

—Y si ha matado al señor Mott Fenway, su madre y la señora Grove mentirán para protegerlo.

—Nunca admitirán que haya salido del salón.

—¿La señora Grove tampoco?

—La amiga de mi tía depende por completo de ella y tiene una sobrina en la que pensar. No me gusta la idea de que Bill Craddock pueda mentir sobre algo tan peligroso, pero ahora mismo no tiene ni un centavo a excepción de su salario, no puede ganar dinero con trabajos normales y pretende casarse.

—¿Con la señorita Grove? Su primo Mott me comentó algo al respecto.

—Hilda Grove tampoco tiene nada y padre no quiere que se hunda en un matrimonio con un hombre en las circunstancias de Bill, un hombre en el que ni siquiera parece estar especialmente interesada. —Caroline esbozó una sonrisa—. El pobre no quiere convertir todo eso en una historia de amor frustrado. Cree que Hilda es una criatura excepcional y quiere que tenga una buena vida; tiene la esperanza de que yo le presente a candidatos mejores. Y es una buena chica, sin duda, pero no creo que sea fácil casarla. No sería fácil en ningún caso, ¡hay tantas muchachas bonitas en el mundo! Y ahora la mayoría de los hombres jóvenes están comprometidos en otro sentido. Padre tiene una concepción romántica de las mujeres, ¿sabe? Le hubiera gustado poder mantenerla conmigo.

—¿Tiene tendencia a protegerlas?

—Cuando son como Hilda sí. Aunque ella debe de tener algo especial que se me escapa. Por ahora parece bastante feliz en Fenbrook, pero yo desde luego no le envidio esa cabaña deprimente ni la compañía de los Dobson.

—Entonces, ¿no está enamorada del señor Craddock?

Caroline volvió a sonreír casi de manera imperceptible.

—Dice que «no lo sabe». Lo conoce de toda la vida y padre piensa que debería tratar con otros hombres. Pero es joven, sus problemas se solucionarán con el tiempo.

—Los suyos son más inminentes.

—Así es. Esperaba que usted pudiera encontrar las pruebas que necesito, señor Gamadge. Dicen que se le da muy bien.

—¿Pruebas de que su primo Alden matara al señor Mott Fenway? Si hay alguna, la policía lo averiguará.

—¿La policía? —preguntó sorprendida, incorporándose en su asiento—. ¡Pero si están convencidos de que ha sido un accidente!

—Han admitido la teoría del accidente de manera provisional, pero no dan nada por hecho.

—¿Y el teniente Nordhall? ¿Estaba fingiendo?

—Siendo considerado. Me atrevería a decir que no encontrará nada, pero tampoco pasará nada por alto. Examinarán el cuerpo del señor Fenway en busca de marcas o magulladuras.

—¿Magulladuras? ¡El primo Mott se ha caído desde el último piso y se ha estrellado contra una verja de hierro!

—Podría haber señales *ante mortem* detrás de la cabeza o en los hombros.

Caroline frunció el ceño.

—¡No lo creo!

—No, un suave empujón habría sido suficiente y eso no dejaría huellas. Pero las buscarán. Me gustaría que me llevara a la escena, en cualquier caso, y también querría ver a su tía y a la señora Grove. Si piensan lo mismo que usted, deben de sentirse aterradas.

—Padre les habrá comentado que está usted aquí, podemos subir juntos. Pero no

creo que pueda sacar nada en claro de su actitud, están muy acostumbradas a disimular lo que sienten.

—¿Acostumbradas?

—Eso me lleva de nuevo a la vista del viejo Fenbrook. Señor Gamadge, estoy absolutamente convencida de que Alden ha arrancado la lámina y la tiene escondida, y de que habrá algo en la estampa que lo demuestre. Y también estoy segura de que se lo ha contado a la tía Belle y de que ella se lo ha dicho a la señora Grove. Desde el día en que el libro llegó aquí, se comportan como... Solo se me ocurre compararlas con las figuritas de un reloj de cuco, tirantes y como autómatas. Se sientan ahí arriba durante horas, con sus interminables bordados, sin hablarse siquiera; parece que se estén volviendo locas. Y la tía Belle no deja de mirar a Alden con cara de desesperación. Además, están buscando la lámina, al menos la señora Grove o quizá Craddock. He oído gente merodeando aquí abajo, aunque nunca he hecho nada al respecto. Tenía miedo de encontrarme a Alden en la oscuridad y, si hubiera sido alguno de los otros y yo hubiera llamado a mi padre o hubiera protestado, no habrían tenido más que decir que estaban buscando algún libro o algo así. ¿Qué podía hacer?

—No mucho.

—Es fácil moverse por la casa sin ser visto. Ahora mismo podría llevarlo al piso de arriba por las escaleras de servicio y nadie se enteraría. Los criados suelen quedarse en su sala de estar del sótano a menos que los llamemos.

—Vayamos, entonces. —Gamadge se levantó y tiró el cigarrillo a la chimenea—. Después de todo podría haber pruebas que Nordhall no sepa interpretar.

—Así podría hacerse una idea de dónde buscar la lámina. —Caroline también se había puesto en pie—. Quizá deberíamos recorrer toda la casa.

—Esta noche no podemos hacer demasiado, pero si quiere volveré mañana. Traeré a su padre esa primera edición, pero no incomodaré a Phillips solicitando que me reciba.

—Phillips tendrá orden de avisarme cuando llegue.

—El problema es que no sé muy bien cuándo podré venir. Tengo que reunirme con algunas personas y no puedo posponerlo. Algunos vienen de muy lejos.

—Esperaré aquí toda la tarde. —Entonces hizo una pausa y lo miró muy seria—. Soy consciente de que este asunto puede parecerle poco importante, señor Gamadge, comparado con el tipo de trabajo que estará haciendo ahora, quiero decir.

—¿Poco importante? Es una manifestación de las fuerzas del mal.

—Yo no lo describiría con un apelativo tan imponente, al fin y al cabo ha sido obra de un deficiente mental.

—Si sus conjeturas son acertadas, podemos denominarlo, de manera figurada, la obra de alguien poseído por un espíritu maligno, y además lo estarían justificando personas que deben a su padre franqueza y que sin embargo se han dejado llevar, incluso la señora Fenway, por su propio interés. Desde luego —repitió—, si sus suposiciones son ciertas.

—En cualquier caso, nos están poniendo a todos en grave peligro. Señor Gamadge, si no encuentra la lámina en un par de días, hablaré con mi padre.

—Bien.

—¿Subimos directamente al último piso, entonces?

—Describame primero la planta del sótano. Creo que esta ya la conozco bien.

—Al entrar desde el patio hay un zaguán, ahí es donde dormía mi perro.

—¿Ladraba a los miembros de la casa?

—Bueno, debo admitir que era propenso a recibirlos con alegría. Era un perro maravilloso, señor Gamadge, un dálmata.

—Lamento mucho que lo perdiera.

—Para mí fue... casi como un asesinato. Me resulta muy difícil hacer concesiones con Alden. En fin, está el zaguán, con la sala de billar a un lado y el cuarto de lavado al otro, y luego hay un pasillo muy largo que atraviesa toda la casa. El resto de las habitaciones están en el lado este: cocina, despensa, un cuarto de baño, la sala de estar del servicio y el dormitorio y el baño de Phillips.

—¿Tiene teléfono?

—Hay uno en el pasillo, junto a su puerta. No creo que Alden haya escondido la lámina abajo —añadió—, y alguien lo habría visto si la hubiera ocultado fuera, en el jardín.

—No debemos hacer demasiadas suposiciones.

—Claro.

Gamadge abrió la puerta del pasillo y le cedió el paso. Para su sorpresa, Caroline fue directa a otra que había justo al lado de la entrada de la biblioteca.

—¿Eso no es una alacena? —le preguntó.

—No.

La joven abrió la puerta y Gamadge pudo ver un pequeño corredor que terminaba en una escalera estrecha y enmoquetada. Se quedó mirándolo fijamente.

—Hay un pasillo como este en cada planta —le explicó entonces la señorita Fenway—. Las escaleras conectan el zaguán del sótano con la zona principal de la casa. ¿Qué le ocurre? Parece aturdido.

En efecto, Gamadge se había quedado desconcertado por un momento. Ahora sabía por qué Mott Fenway había perdido la vida.

—Me admiro de mi propia estupidez —contestó—. Creí que las escaleras de servicio estaban detrás de aquellas puertas de cristal que hay al final del corredor.

—No, eso es un invernadero, lleno de ficus y palmeras. También hay unos repelentes helechos enanos, que Phillips cuida como una niñera para ponerlos en la legendaria bandeja de plata de la mesa del comedor. Aquí tenemos un teléfono, como ve, y la puerta de la derecha es un armario. La de la izquierda da a la biblioteca, claro.

—Claro.

Ahora Gamadge casi podía ver al espía arrastrándose por las escaleras de servicio, escuchando la conversación de la biblioteca, siendo testigo y quizás hasta riéndose de

sus propias y fatuas precauciones para mantener aquella entrevista en privado. Siguió a Caroline por los dos tramos de escalones que los separaban de la última planta. En ese rellano una escalera de mano se alzaba hasta una oscurecida claraboya.

Caroline abrió la puerta del corredor principal, echó un vistazo a derecha e izquierda y le hizo señas para que se acercase. Él la siguió una vez más.

—Verá que también hay una puerta de cristal al fondo de este pasillo —le dijo— y hay otra en la segunda planta. Dan a dos grandes cuartos de baño. Las dependencias del servicio, los trasteros y guardarropas están enfrente, a nuestra derecha. La habitación de la izquierda, que está justo encima de la mía, es el único cuarto de invitados que nos queda, y solo desde que Hilda Grove se mudó a Fenbrook.

—Sí que ha sido como una especie de invasión.

—¡Y tanto! Las dos habitaciones exteriores son la del primo Mott y la de Craddock, su puerta está a ese otro lado. Bill y mi primo compartían un cuarto de baño y un ropero bastante grande.

Gamadge pasó junto a la habitación de invitados y atravesó la puerta abierta de una especie de enorme y agradable, aunque desaliñado, apartamento de soltero. Tenía una raída alfombra turca, muebles grandes y antiguos de caoba, fotografías de grupo viejas y desvaídas en sus marcos y un quinqué regulable reconvertido en lámpara alimentada con electricidad. Las ventanas orientadas al norte y al oeste, tapadas por gruesas cortinas de madrás, ya estaban cerradas.

Caroline se había quedado en el umbral.

—No nos dejaba comprarle muebles nuevos, ni siquiera una alfombra. Todo esto era suyo, y la mayoría de las cosas lo acompañaban desde la universidad. Sufrió aquel fracaso en los negocios hace muchísimo tiempo y luego vino a vivir con nosotros. ¿Por qué no? No todo el mundo puede ganar fortunas. A nosotros nos encantaba tenerlo aquí y él hacía mucho por ayudar a mi padre. Además, se quedaba en casa durante el verano, cuando nosotros nos íbamos, de modo que nunca teníamos que cerrarla. Odiaba viajar y las vacaciones en el campo. Siempre me llevaba al circo cuando era pequeña y, más tarde, a ver obras cómicas. Era encantador.

—Y usted era muy amable con él.

Gamadge se acercó a la enorme ventana que había en un rincón amueblado a modo de salita de estar, se agachó y tocó el alféizar. Cuando se incorporó, le mostró a Caroline los restos de una sustancia en polvo adherida a sus yemas.

—Le dije que Nordhall no pasaría nada por alto —subrayó—. El profesional frente al aficionado... yo.

Entonces introdujo los dedos en las dos ranuras metálicas del marco de la ventana y lo levantó con facilidad a la altura de su barbilla. Se quedó mirando el oscuro muro de la casa de enfrente y luego desplazó la vista a lo largo de la calle. Un hombre con gorra estaba quitando la nieve manchada y pisoteada del interior de la verja y alguien, Nordhall quizá, entraba en un coche patrulla. Este arrancó y se alejó, y solo quedó un agente para lidiar con la ya menguante multitud de curiosos.

Gamadge cerró la ventana y se dio la vuelta.

—Podría haberme tirado usted con un solo golpe de muñeca —reflexionó en voz alta— y nadie se habría dado cuenta. Ni siquiera el policía que está ahí abajo. La calle está demasiado oscura.

—Ahora tendremos otra bonita habitación de invitados —concluyó Caroline con sarcasmo— y padre pondrá barandillas en todas las ventanas.

Gamadge atravesó un amplio cuarto de baño y un pasillo flanqueado por las puertas de varios armarios y llegó al refugio no demasiado alegre de Craddock. Estaba bastante desordenado, tenía una máquina de escribir sobre una silla y una bolsa de viaje bajo la mesa. Desparramados sobre la sencilla tapa de un escritorio pasado de moda, se veían algunos maltrechos artículos de aseo.

Caroline había llegado por el otro lado, a través del pasillo transversal, y estaba de pie en la puerta.

—Esta era la habitación de mi padre cuando era pequeño —le contó— y mi tío Cort dormía en la otra. Ahora tiene un aspecto horrible. También la ocupó el lacayo, antes de que lo reclutaran.

—El señor Craddock es un ave de paso —observó Gamadge mientras miraba la bolsa de viaje—. Se ve que ha vivido con el equipaje hecho durante años.

—Alden podría haberse escondido en la habitación de invitados o incluso haberse escapado por las escaleras de servicio antes de que Bill llegara al cuarto del primo Mott.

—Sí, hay muchas líneas de retirada.

—El dormitorio de Alden tiene una puerta que da al pasillo. Habría llegado a las escaleras de servicio en dos segundos.

—Bajemos ya.

Salieron por el corredor y descendieron la ancha escalera principal. A medio camino, Caroline se inclinó sobre la balaustrada.

—Me temo que se han ido a dormir. Está muy oscuro.

—Quizá podamos comprobar qué parte del pasillo quedaba dentro de su campo visual.

—Casi ninguna, si estaban donde yo las dejé, junto a la chimenea. Pero no supondrá ninguna diferencia, jamás admitirán que Alden salió de esa habitación.

Entraron en el salón y Caroline encendió una lámpara.

—¿No los despertaremos? —preguntó Gamadge mirando hacia la puerta cerrada de la pared este.

—No si hablamos en voz baja, estas puertas son a prueba de ruidos. Lo sé bien, esa era la habitación de mi madre. Ahora la tía Belle ocupa el dormitorio exterior y luego hay un cuarto de baño. La señora Grove está instalada en un pequeño vestidor. Junto a la suya está la habitación de Alden, con una puerta que da al pasillo, como ya le he dicho.

—¿Y qué habitaciones ocupan usted y su padre?

—La mía está justo aquí, es la primera puerta a la derecha según sale, y tengo mi propio baño. La de mi padre está más allá del pasillo posterior, y en realidad son dos habitaciones y un cuarto de baño; ocupa toda la esquina suroeste de la casa.

Gamadge se volvió a mirar la puerta medio abierta del dormitorio de la joven y luego se acercó al mirador.

—La ventana está cerrada. Al parecer ninguna de las dos mujeres ha oído el alboroto después de la caída de su primo.

—No es probable. En esta casa todo es sólido y consistente, a prueba de ruido.

La mesa redonda seguía en el mismo lugar donde había estado por la tarde, y la papelera estaba medio llena de hilos y retales de colores de la labor de costura de todo el día. Pero en lo alto de ese blando amasijo había una bola de papel arrugado. Tenía la esperanza de encontrarla allí y su cliente había confiado en que vendría y la encontraría. En ese breve momento de triunfo, la muerte de Mott Fenway y la cruzada de Caroline se desvanecieron de su mente.

Capítulo once

Segunda flecha

—¿Se puede saber qué anda rebuscando en esa papelera, señor Gamadge? —le preguntó la joven.

Este se levantó, miró un segundo la bola de papel y se la guardó en el bolsillo.

—Una nota que había tirado esta tarde por error. He tenido suerte de recuperarla.

—Si nuestro lacayo no se hubiera ido a la guerra, no la habría vuelto a ver. Habría vaciado la papelera antes de cenar.

Un hombre bien vestido y con cierto aire de autoridad salió de la habitación de la señora Fenway. Llevaba un maletín negro.

—¡Ah, Caroline! —Al verla se detuvo y le dedicó una mirada a la vez experta y entre amistosa y paternal—. ¿Quieres que te deje algún tranquilizante o puedes pasar sin ello? Los llevo en la bolsa.

—Estoy bien, doctor.

—Eso pensaba.

El médico dejó su maletín sobre la mesa y miró a Gamadge.

—Este es el señor Gamadge, doctor Thurley.

Gamadge correspondió a la ligera inclinación de cabeza de Thurley con un gesto similar. Le gustaba el aspecto del médico de la familia Fenway, era un hombre fuerte de pelo cano y rostro rubicundo.

—Me alegra conocerlo, señor Gamadge. Craddock me ha dicho que si no llega a pasar usted por aquí de casualidad, el señor Fenway podría estar ahora alentando las especulaciones de la prensa. He corroborado de manera oficial la teoría del accidente: Mott Fenway habría vivido cien años de haber podido y habría disfrutado de cada día. Ojalá hubiera más hombres como él y ojalá algunos entendiéramos el ocio como él lo hacía. Lo echaré de menos. Caroline, tu padre está tratando los detalles del funeral con el viejo Bedlow en la biblioteca y se quedarán allí toda la noche si no bajas a interrumpirlos. Órdenes del médico. Y además tiene que tomarse las pastillas que le he dado, si no lo hace no conseguirá dormir.

—Ahora mismo bajo, doctor.

La joven se volvió hacia Gamadge, que respondió a su mirada diciendo que podía salir solo de la casa.

—Entonces... ¿mañana? —le preguntó ella.

—A lo largo de la tarde.

—Buenas noches.

—Buenas noches, señorita Fenway.

Cuando Caroline se fue, Gamadge se dirigió al doctor Thurley, que estaba reorganizando el contenido de su maletín.

—Si lo necesita, puedo ir a buscar medicinas o cualquier otra cosa —se ofreció—. Me imagino cómo funcionarán los repartos ahora, sobre todo por la noche.

—Es muy amable por su parte, pero como acabo de decirle a Caroline he tenido la suficiente lucidez para meter algunos medicamentos básicos en la bolsa antes de salir corriendo hacia aquí. Le he dado una dosis a la señora Belle Fenway, bueno, se la he dejado preparada. La señora Grove hará que se la tome si se encuentra intranquila.

Gamadge cruzó la habitación en dirección a la lámpara, se sacó la bola de papel del bolsillo y la estiró. Era otro fragmento de un horario de trenes y tenía otra flecha dibujada en el margen, pero esta vez parecía una flecha sin dirección alguna: salía de la línea de la estación de Rockliffe y apuntaba hacia el vacío.

Volvió a guardarse la hoja arrugada en el bolsillo. Thurley seguía hablando.

—Qué horrible tragedia, y va a ser muy difícil para el señor Blake. No podrá evitar que se hable de ello; el viejo Mott no era muy conocido, pero era un Fenway. La policía está actuando bien, he visto a Nordhall, un hombre competente. Dispondrá un examen rutinario del cuerpo y luego hará una declaración definitiva para la prensa. Blake no entiende este tipo de cosas, pero siempre quiere hacer lo correcto. El ciudadano ejemplar. Aunque, desde luego, está profundamente conmocionado. Se siente responsable por ese asunto de las endemoniadas ventanas. ¿Conoce usted a Belle Fenway?

—Me la han presentado esta tarde.

—Una criatura heroica, puede hacer frente a cualquier cosa. Conseguiré que vuelva a ponerse en pie en menos de un año, espero, aunque hará falta paciencia... y cirugía. No recibió ningún tipo de cuidado durante su viaje de regreso en el cuarenta y sufrió unas condiciones difícilísimas. Me alegro de que al menos aquella experiencia no diera al traste con los avances del joven Alden en Europa. Hicieron milagros con él, eso debo reconocérselo a los franceses. Yo lo atendí de forma regular desde que nació hasta que cumplió cuatro años y nunca pensé que pudiera alcanzar ni siquiera el desarrollo esperable para esa edad. Viborg era más optimista, si puede llamarse a eso optimismo, y creía posible que llegara a adquirir las capacidades de un niño de cinco. Pero en la clínica de Fagon lograron mucho más. ¿Ha visto usted a Alden Fenway?

—Sí.

—Fagon dijo que podría mantener las facultades propias de un niño de siete años a menos que alguna enfermedad le afectara al cerebro y sufriera un rápido deterioro. El chico está muy bien, se vale por sí mismo para casi todo. Craddock es el hombre perfecto para él y solo temo que no puedan retenerlo para el trabajo.

—¿Qué posibilidades hay de que el joven Fenway mejore? De que se desarrolle más, quiero decir. ¿Se han pronunciado los especialistas al respecto?

—No lo ha visto ninguno desde que volvieron, Belle no quiere forzarlo. Al parecer todas esas pruebas lo alteran bastante y le cuesta mucho tiempo acostumbrarse a nuevos médicos. Viborg ya está retirado, y de todas formas Alden no se acordaría de él. Conmigo era muy tímido al principio, pero ahora somos buenos amigos.

Gamadge escribió rápidamente «Trabajo en marcha» en un sobre, lo arrugó y cruzó la habitación para tirarlo a la papelera. Luego garabateó algo en otro que se guardó con cuidado en la cartera.

—Sí que es usted pródigo con ese papel de carta, joven —observó el médico mientras cerraba su maletín.

—Un absoluto derrochador. Nunca me doy cuenta de guardarlo. ¿Cómo se está tomando Alden la desgracia de esta noche, doctor?

Thurley, que ya iba hacia la puerta, se detuvo a medio camino.

—No sabe nada de lo que ha ocurrido. Puede que pregunte por Mott una o dos veces, pero luego lo olvidará. En fin, ahora tengo que irme. Espero que volvamos a vernos en circunstancias más alegres.

El doctor se alejó deprisa y bajó las escaleras. Gamadge sospechaba que aquel hombre podría alegrar casi cualquier situación. «Los médicos tienen que ser así», pensó, «ponerse una coraza. De lo contrario no sobrevivirían a todo lo que ven y no serían de ayuda para nadie».

Apagó la luz y salió al pasillo, silencioso y oscuro excepto por una mortecina bombilla que no llegaba a disipar las sombras más alejadas. La lámpara de Psique estaba apagada y ella misma parecía un espectro apenas visible en su santuario. Cuando llegó al rellano que presidía la estatua, le pareció oír un ruido y miró a su espalda: la puerta del dormitorio de Alden Fenway se abrió y el joven apareció en el corredor. Iba en mangas de camisa, con el cuello desabrochado y llevaba un peine en la mano, sin duda de camino al baño.

Al ver a Gamadge, se detuvo. Parecía alzarse como una torre en mitad de la penumbra y resultaba algo estremecedor, como un muñeco articulado gigante con la sonrisa dibujada que se moviera gracias a un mecanismo misterioso.

—¿Ahora vive aquí? —le preguntó a Gamadge.

—Una pregunta muy sensata, pero no.

—Entonces vuelva pronto.

—Gracias, lo haré.

Mientras bajaba las escaleras, Gamadge se preguntaba cómo sería sentir la presión de una de aquellas enormes manos sobre su espalda.

Tras rebuscar en el guardarropa, encontró su abrigo y su sombrero y, al salir al vestíbulo, se encontró cara a cara con Bill Craddock.

—Señor Gamadge, ¿se marcha?

—Sí, bueno, ya es tarde.

—Solo son las diez y media.

—Parece que hayan pasado dos días enteros.

—¿Cansado? Yo también lo estoy. Sin embargo, si pudiera dedicarme unos minutos...

Craddock aparentaba estar más que cansado: la fatiga y la tensión le daban el desolador aspecto de un hombre derrotado.

—Tantos como quiera —concedió Gamadge.

—Había pensado... No quisiera molestar a los demás, ¿le parece bien que bajemos a la sala de billar?

Gamadge lo siguió a la calle y fueron hasta la cancela de la verja para entrar por la puerta de servicio. Craddock la abrió con una llave y volvió a cerrar tras de sí una vez estuvieron en el patio de suelo enlosado. A su derecha había una fila de árboles y arbustos y más allá se extendía el jardín nevado que algún día se cubriría de hierba. Craddock abrió la puerta de la cocina y entraron a un pequeño recibidor desde el que se distribuían varias estancias a ambos lados. El joven se adelantó por la que quedaba a su diestra y encendió una luz.

Era una habitación grande pero no quedaba mucho espacio libre, estaba tomada por una mesa de billar, una de tenis de mesa, dos mesas de *bridge* y unas cuantas sillas. Las paredes sur y oeste estaban recorridas con divanes y había una chimenea en frente de la ventana occidental.

—Aquí abajo hace frío —dijo Craddock—. Encenderé el fuego.

—Por mí no lo haga, puedo quedarme con el abrigo.

—Bien, como quiera.

Se sentaron en el diván más próximo a la entrada, con los abrigos puestos y los sombreros un poco caídos hacia delante, empujados por los cojines de cuero en los que habían apoyado la cabeza. Los dos parecían agotados.

—Bonito lugar —apreció Gamadge—. Debe de ser estupendo en verano, fresco y muy agradable con el jardín ahí fuera.

—Sí, al señor Mott Fenway le gustaba mucho bajar aquí. Me parece estar viéndolo ahora mismo, golpeando bola tras bola, después de cenar. Se le daba bien el billar. Se le daba bien cualquier juego, en realidad, era capaz de ganarnos a todos incluso en el tenis de mesa. Me caía bien, aunque él no tuviera muy buena imagen de nosotros.

—¿De quiénes?

—De los extraños que vinimos con la señora Fenway.

—Ah.

—No se lo reprocho del todo, lo cierto es que hemos invadido la casa, pero tampoco ha sido fácil para la señora Fenway. Mott nos estuvo hablando de usted ayer, cuando supimos que vendría, y también hoy durante el almuerzo; le tenía en gran estima. Señor Gamadge, ¿le pidió él que viniera de nuevo esta noche?

Gamadge se estaba encendiendo un cigarrillo.

—¿Qué le hace pensar eso?

Craddock acercó hacia ellos un cenicero alto arrastrándolo con el pie.

—No creo que pasara usted accidentalmente por aquí, y el señor Fenway tuvo la oportunidad de hablarle a solas esta tarde, cuando lo acompañó a la salida.

—El señor Blake Fenway también ha hablado a solas conmigo hoy.

—Él no tiene nada que ver con esto.

—¿Y por qué iba a pedirme Mott Fenway que volviera esta noche?

Craddock sacó sus propios cigarrillos y cogió uno.

—No sé muy bien en qué posición estoy, me gustaría dejarlo claro antes de seguir hablando, si es posible. La señora Grove conocía a mi familia y me consiguió este trabajo en un momento en el que no habría podido encontrar otro ni aunque me fuera la vida en ello, pero es la señora Fenway la que me paga, Alden es mi paciente, por así decir, y vivo bajo el techo de Blake Fenway, que no podría tratarme mejor.

—¿Quiere que le diga yo a quién le debe mayor lealtad?

Gamadge se giró para observar al muchacho. Craddock, sin embargo, no lo miraba y siguió hablando.

—No diría una sola palabra, ni a usted ni a nadie, si no tuviera una razón personal para hablar... Hilda Grove. No tengo ni la más mínima prueba para respaldar nada de lo que digo, pero he pensado que quizás estaría usted dispuesto a aconsejarme y luego olvidarse de ello. No se lo pediría si tuviera pruebas pero, como ya le he dicho, no tengo ninguna.

—Tendrá que confiar en mi discreción.

Esta vez el joven sí lo miró, y sus ojos negros ardían como si de verdad le hirviera la sangre con las fiebres.

—Al menos creo estar seguro de que no es usted de ese tipo de entrometidos mangoneadores a los que al final hay que llevar a juicio por calumnias.

—No —repuso Gamadge con una sonrisa—, no soy de ese tipo.

—Debo decirle, con franqueza, que no me mueve ninguna razón más noble que el afecto personal. Los padres de Hilda murieron en un accidente de avión. Entonces apareció la señora Grove, la internó en ese colegio suizo y volvió a largarse. Me prometí a mí mismo que iría a verla de vez en cuando siempre que estuviera a menos de mil kilómetros de Ginebra. La conozco desde que era una niña, y aún lo es en algunos aspectos... No se cuestiona las motivaciones de la gente, no busca desaires donde no los hay y no conoce la vanidad. Me gustaría que la conociera, así podría hacerse una idea de cómo me siento.

—Trataré de ejercitar mi imaginación.

—La cuestión es que no puede defenderse sola y que no tiene a nadie que cuide de ella salvo la señora Grove, que es la mujer más envarada que me he cruzado en la vida. Me quedé aquí en lugar de marcharme al oeste porque pensé que le vendría bien tener un amigo cerca. Blake Fenway es un caballero, pero consiente que Caroline tenga a Hilda abandonada allí arriba, en Fenbrook, con la única compañía de dos viejos criados sin muchas luces. La señora Fenway no es de mucha ayuda, no tiene

autoridad en la casa y ni siquiera puede caminar. Y ahora me da la impresión de que a la señora Grove le pasa algo raro. Nunca me ha gustado demasiado, pero pensaba que era una mujer de principios. Últimamente no estoy tan seguro.

—¿Desde cuándo?

—Desde que llegó ese maldito libro, el de las vistas. De alguna forma ha desatado una especie de crisis, pero creo que el problema viene de antes, de mucho antes. Mott pensaba que Alden había arrancado la lámina: le oí preguntándole sobre ello, al pobre, que no entendía de qué le estaba hablando. Es un buen chico y habría sido un gran hombre si hubiera tenido la oportunidad. Yo lo aprecio; tiene muy buen carácter, nunca está de mal humor y no es conflictivo. Puede que fuera él quien estropeará el libro, pero creo que el señor Fenway descubrió algo más... quizá oyó hablar a las dos mujeres o encontró alguna carta. Quería deshacerse de todos nosotros y no habría tenido muchos reparos en hacerle ese favor a Caroline. Ella odia que estemos aquí. — Craddock se inclinó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas—. Mi teoría es que la señora Grove sabe algo que podría perjudicar a la señora Fenway, algo sobre Alden. Las dos han vivido mucho tiempo en Europa y es posible que coincidieran más de una vez. A lo mejor Alden estaba bajo supervisión psiquiátrica y se metió en algún tipo de problema... la señora Grove lo sabe y se está aprovechando de ello.

—¿Qué clase de problema?

—Algo que no habría importado un bledo si el chaval hubiera sido normal. Verá, se supone que no deberían dejarle salir solo, quizá no hiciera más que interrumpir el tráfico al cruzar con un semáforo en rojo. La señora Fenway pudo descuidarse un momento, Alden se comporta de forma tan correcta que a veces cuesta recordar que no está bien. Y a las personas como él no se les perdona ni un error, ¿sabe? Un solo desliz y se acabó. La señora Fenway cree que está mejor en entornos normales, y que lejos de ella se resentiría su evolución y se sentiría desdichado. Puede que tenga razón.

—¿Por qué piensa que la señora Grove podría estar sacando provecho de algo así?

—Cualquiera que tenga ojos puede ver que algo va mal entre ella y la señora Fenway. Se nota la tensión y no la deja ni un minuto a solas. Es como si estuvieran en una habitación llena de dinamita. Yo diría que tiene algo que ver con el teléfono. La señora Grove no para de mirarlo y la señora Fenway jamás lo toca. Esta noche lo tenía al alcance de la mano y he tenido que levantarme yo a coger esa llamada que luego era para el señor Mott. Por cierto, ¿sabe que nadie se ha molestado en hablar con Hilda y decirle que ha muerto? Ella lo apreciaba. La hubiera llamado yo mismo, pero le juré solemnemente al señor Blake que no lo haría.

—¿Que no telefonaría a la señorita Grove?

—Y que no le escribiría ni la vería a solas. Cree que se estaba metiendo en una relación conmigo que no era justa para ella, que yo la estaba monopolizando. El señor Fenway quiere que conozca a otros hombres antes de tomar una decisión y no lo

culpo, sé que no soy ningún partido: apenas podría mantener a un pajarillo como mascota. Pero ¿cómo se supone que va a relacionarse con otros hombres ni con nadie más allí arriba, en Fenbrook?

—Las circunstancias de la guerra hacen que todo se retrase.

—No creo que la guerra tenga nada que ver. La señorita Fenway quiere la casa despejada y todo este asunto de Hilda es una especie de estrategia de resistencia pasiva.

—¿Cómo encaja lo del teléfono en la teoría del supuesto chantaje?

—Bueno, solo trato de imaginar una historia que pueda explicar lo que sucede ahí arriba. He pensado que quizá vaya a venir alguien desde Europa que podría revelar el secreto sobre Alden y que deben de estar esperando su llamada.

—Entonces, ¿por qué no contestan cuando suena?

—La señora Fenway no se atreve y la señora Grove quiere que un tercero que no sepa nada sea el que anuncie primero el nombre de esa persona, de modo que la señora Fenway no dude de que es cierto y acceda a liquidar un último pago o algo así. Creo que sigue viviendo aquí porque la otra mujer se está llevando todo su dinero y ocultándolo para poder recuperarlo más adelante.

—Eso es un sesgo retrospectivo, señor Craddock.

—No lo es. Solo le cuento lo que yo mismo he observado desde el jueves de la semana pasada.

—Pero no habría dicho ni una palabra al respecto si Mott Fenway no hubiera sido asesinado esta noche.

—Muy bien. —Craddock se enderezó, tiró su cigarrillo y miró a Gamadge de frente—. Entonces piensa usted lo mismo que yo sobre el supuesto accidente. Creo que Mott lo invitó a volver para pedirle consejo sobre la difícil situación con Alden, o sobre el chantaje de la señora Grove. Y creo que alguien se adelantó y empujó al señor Fenway desde la ventana para impedir que le contase nada. Me he alegrado de verlo esta noche, pero no creo en los milagros. Cuando ha entrado mi cerebro se ha puesto en marcha. No ha habido ningún accidente ni ninguna casualidad, no lo ha sido que usted llegara cuando lo ha hecho ni que Mott muriera cinco minutos antes. Y el próximo crimen que cometa la señora Grove podría afectar a Hilda, pero para entonces quizá ya me hayan llamado a filas y estaré destinado sabe Dios dónde.

Gamadge apagó su cigarrillo y le replicó con tono amable pero sin entusiasmo:

—Está en una posición complicada, en la que sin embargo se ha puesto usted mismo por un montón de conjeturas. Veamos si su perspicacia puede hacer frente a un par de sencillas preguntas. ¿Qué esperaba Mott Fenway que pudiera hacer yo por él?

—¿Cómo voy a decírselo si ni siquiera sé lo que había descubierto? A lo mejor pensaba que podría usted orientarlo sobre cómo enfrentarse a la señora Grove y deshacerse de ella sin llamar la atención, simplemente hacerla desistir.

—¿Y qué es lo que ahora podría hacer por usted?

—Lo mismo, si... —El rostro de Craddock era de repente el de un joven abatido y avergonzado—. Si quiere. Creí que si estaba dispuesto a ayudar a Mott, también lo estaría a ayudarme a mí, sobre todo después de su muerte.

—Pero según su versión, ya se ha cometido un asesinato. ¿Sería capaz de dejar a una asesina suelta en la sociedad solo con una advertencia?

—No hay pruebas contra ella. La señora Fenway no admitirá que se haya ido del salón, tiene miedo de hacerlo. He oído como le decía a Nordhall que han estado los tres allí toda la tarde.

—Supongamos que hubiera alguna prueba.

—En ese caso se lo diría a la policía. No iba a suponer un golpe demasiado duro para Hilda, la señora Grove y ella no son parientes de sangre. Alguna forma habrá de deshacerse de esa mujer, podrían venir cosas peores que un juicio por asesinato.

—¿Peores para la señorita Grove?

—Sí. ¡Ojalá pudiera ayudarme a librarla de las garras de esa mujer!

—Debo decir que me gustaría contar con algunos hechos que apoyaran esas alarmantes teorías tuyas. Usted estaba en el salón cuando Nordhall ha interrogado a las damas. ¿Cómo se han comportado?

—La señora Fenway estaba aterrorizada, no dejaba de mirar a la señora Grove y al hablar le castañeteaban los dientes. La señora Grove ha puesto el mismo gesto fingido de siempre, pero no le ha salido tan bien como de costumbre. Por un momento he pensado que estaba a punto de desmayarse.

—Es una mujer menuda y ya ha dejado atrás sus años de juventud, pero supongo que no haría falta mucho más que un empujón para tirar al pobre hombre por la ventana. Sin embargo, usted estaba en la habitación de al lado.

—Ella no lo sabía, no suelo ir a mi habitación a lavarme si estoy en la segunda planta, uso el cuarto de baño que está al final del pasillo. Esta noche he subido porque quería arreglarme un poco las uñas para jugar al *bridge*. La señora Grove estaba sentada a la izquierda de la chimenea en el salón, no ha podido ver dónde iba ni lo que hacía. Se habrá sentido segura justo hasta ponerse a la espalda del señor Fenway, y después había sido cuestión de segundos empujarlo y salir corriendo hacia las escaleras de servicio.

—Algo arriesgado.

—Pero menos que tenerlo a usted por aquí escuchando lo que él fuera a decirle. No se ha podido ver muy amenazada. Después de oír el grito he tardado unos segundos en localizar de dónde venía, me he quedado algo aturdido. Luego he atravesado corriendo el cuarto de baño que compartíamos, he tenido que abrir dos puertas, primero la mía y luego la suya, y al entrar, desde luego, ya no he mirado a otro sitio que no fuera la ventana abierta... y abajo, donde estaba su cuerpo. Cuando he llegado a asomarme, estaba resbalando por la verja. —Craddock se llevó una mano a la cabeza y se echó el sombrero hacia atrás—. No puedo dejar de verlo. He presenciado cosas peores, pero no soy capaz de olvidar esa imagen.

Gamadge se puso en pie, se subió el cuello del abrigo y se enfundó los tupidos guantes.

—Yo lo he visto sobre la nieve. Tampoco podré olvidarlo.

El joven lo miró desde el diván.

—¿Puede usted hacer algo?

—Pensaré en ello. Tengo que volver mañana, nos veremos entonces.

—¿Va a volver? —le preguntó, aún sentado y arrugando la frente.

—Sí, me he comprometido con el señor Blake Fenway a traerle la primera edición de un libro.

—La primera... ¡Oiga! Eso no le servirá como excusa, no conseguirá que Phillips le deje pasar con ese cuento.

Gamadge esbozó una leve sonrisa.

—Quizá alguien me invite a entrar... como ha hecho usted esta noche.

Capítulo doce

Un vehículo sin gasolina

Gamadge cogió un taxi hasta la tienda donde había dejado los libros, recuperó el paquete y volvió a casa. Los dejó todos en su despacho excepto el libro de vistas, el fino cuarto encuadernado en verde, que subió consigo a la biblioteca.

Su mujer y Arline Prady estaban jugando al *backgammon*. Clara saltó de su asiento y corrió hacia él como de costumbre, pero Arline parecía decepcionada.

—¿Dónde está Harold? —preguntó.

—En las afueras.

—Ah, entonces me voy.

Aquello no quería decir que Arline solo disfrutara en casa de los Gamadge cuando estaba Harold; siempre le gustaba su compañía, pero la habían educado para creer que ningún hombre puede soportar la presencia de una mujer de más.

—No puedes irte —repuso Gamadge—, tengo un trabajo para ti.

La cara de Arline se iluminó.

—¿Has dicho un trabajo?

—Con el sueldo y los gastos pagados de un auténtico agente. Pero no podré hablarte de ello hasta que haya comido algo, estoy hambriento.

Clara fue corriendo hacia el pequeño ascensor y Arline la siguió. Gamadge se preparó un whisky con soda y luego fue a por el teléfono y lo puso al lado del *chesterfield*. Se reclinó sobre los cojines y llamó a la Posada del Roble.

Después de una larga espera, contestó la voz de Harold.

—¿Entonces no te han acogotado?

—No, ha sido otro el que ha sufrido el accidente. La persona que me estaba esperando.

Después de un silencio, Harold volvió a hablar.

—No lo dices en serio.

—Encontrarás más detalles en el periódico de mañana.

—No creo que tengas que preocuparte de posibles oídos indiscretos. En la centralita de abajo no hay nadie, este sitio está muerto. El recepcionista del turno de noche desvía las llamadas a las habitaciones, pero a estas alturas ya habrá vuelto a dormirse.

—No hace daño a nadie tomar precauciones.

—¿Has conseguido entrar?

—Dos veces: una por la puerta principal y otra por la de servicio. Y varias personas me han invitado a volver mañana.

—Entonces tendrás la oportunidad de recibir otro mensaje.

—Ya lo tengo. Me estaba esperando en el mismo lugar. Horario de trenes de un día laborable, con otra flecha. Pero esta vez apuntaba en dirección contraria.

Harold reflexionó un momento sobre aquello.

—¿«Fuera» del lugar?

—Fuera del lugar.

—Creo que lo entiendo —afirmó el sargento tras otra pausa.

—Estemos o no en lo cierto, tendremos que actuar basándonos en esa idea.

—Pero ¿cómo lo conseguiremos?

—Pensaré en ello y te volveré a llamar por la mañana. Arline está aquí, puede que la mande contigo.

—Me alegrará tener compañía. Aquí solo hay otro huésped, un tipo que cena con polainas y casquete.

Gamadge colgó y se incorporó un poco para acercarse a la pequeña mesa que Arline estaba llenando de panecillos, queso y fiambre de pollo. Se preguntó por qué Harold y ella no estaban casados. Aunque quizá sí lo estaban y les daba vergüenza anunciarlo. La joven parecía la esclava de su ayudante y este se reservaba los detalles de su vida privada con mucho celo.

Clara llegó entonces con un plato de fruta y una jarra de café instantáneo y Gamadge se concentró en la comida.

—Empiezo a sentirme mejor —aseguró después de un minuto—. La casa de los Fenway no es en absoluto un hogar de paz y armonía, ahí dentro reside un mal, aún sin forma pero que va cogiendo cuerpo. Se está materializando. No puedo contároslo todo esta noche, es muy tarde y estoy demasiado cansado, pero os haré un breve resumen. Arline, ¿serías tan amable de abrir ese libro verde que he dejado sobre la mesa? No quisiera arriesgarme a derramar café sobre él.

Arline abrió el libro de vistas.

—Y busca una lámina con el título «Mansión y tierras del señor J. Delabar King» —añadió.

—Aquí está —dijo ella—. Es una casa muy bonita.

—Deja señalada esa página y luego busca «El clásico hogar del coronel Ash».

—La tengo.

—Clara, ¿podrías traer la lupa que está en mi escritorio?

Clara obedeció.

—El libro —continuó Gamadge a punto de ahogarse, pues intentaba tragar un gran bocado de pollo— contuvo una vez una vista de Fenbrook, la antigua residencia de los Fenway. Aquella casa desapareció y ahora hay un nuevo Fenbrook en Rockliffe-on-Hudson.

—Aquí se menciona —dijo Arline—, pero no hay ningún dibujo.

—La estampa del viejo Fenbrook. Una persona por ahora desconocida la ha arrancado del libro en algún momento de los últimos veinte años, aunque yo diría que

ha sucedido en las últimas dos semanas. A Cort Fenway, fallecido hace veinte años, le encantaba este libro y solía hojearlo con detenimiento. Cuando lo he examinado esta tarde en la biblioteca del número 24, me ha parecido detectar evidencias de que el difunto hermano del señor Fenway lo había usado además como apoyo para escribir. En las láminas que Arline acaba de buscar hay una serie de marcas, así como en sus telas protectoras: yo diría que la presión del lapicero atravesaba la tela y dejaba los trazos grabados en las láminas. ¿Podrías tratar de descifrar lo que pone con la lupa?

—Encima de esta ilustración de Delabar King parece que se redactó una carta —dedujo Arline—. Clara, ¿puedes ver la firma?

—Hay una «C» mayúscula y una «v» minúscula... ¿o es media «w»? Y el palo de... a ver... una «y».

—¿No se puede leer nada de la carta? —preguntó Gamadge.

Ambas le aseguraron que no y Clara le acercó un papel en el que había copiado lo que podía distinguirse de la firma, las letras «C», «w», «y» y unos puntos que representaban el espacio que quedaba entre ellas. El resultado era: «C w . y».

—Ahí lo tenéis —concluyó Gamadge—: Cort Fenway. Intentadlo ahora con la otra lámina.

Clara y Arline se pusieron manos a la obra y al fin Clara le llevó la siguiente reconstrucción: «. i q da, te . xt . . ño», seguido por un simple «Cort» bien visible.

—«Mi querida...» y luego «te extraño» —leyó—, y después la firma.

—Él estaba en Fenbrook y ella en Europa con su hijo. Probablemente le escribía todos los días en momentos de soledad —elucubró Gamadge— y a menudo a mano, según le venían las ideas. El lápiz estaba unas veces más afilado que otras y él no era consciente de estar dejando esos facsímiles de su escritura en un libro tan valioso para la familia. Desde luego nunca habría vuelto a apoyar su fino papel de carta en una de esas telas protectoras si hubiera visto lo que había pasado la primera vez que lo hizo.

—Y lo único que hemos averiguado —resumió Arline— es que quería a su mujer.

—Puede que averiguáramos algo más si tuviéramos las páginas extirpadas. Creo que las arrancaron el mismo día en que el libro llegó al número 24 desde Fenbrook, o al día siguiente, ya que ese viernes 22 mi cliente lanzó el primer mensaje para mí por la ventana. Otros cuatro salieron de la misma forma antes de que yo recibiera el que Schenck me trajo ayer.

—¿Tienes que encontrar esa lámina? —le preguntó Clara.

—Mi cliente no quiere que la busque, pero hay otras personas que sí. Mott Fenway quería que diese con ella.

—¿Quería?

—Digo «quería» y no «quiere» porque murió hace unas horas, justo antes de que yo llegara a la casa por segunda vez. —Clara y Arline lo miraron sorprendidas y Gamadge continuó—: Lo asesinaron, claro, para que no pudiera ayudarme a empezar

la búsqueda.

—Henry... —Clara lo miraba fijamente, con ojos implorantes—. ¡No vuelvas a esa casa!

—No volveré para buscar la lámina.

—Pero si tu cliente no quiere que localices esa estampa, ¿qué quiere que hagas? —repuso Arline.

—Tengo una hipótesis y creo que Harold ha llegado a la misma conclusión. Hay que sacar de Fenbrook a una jovencita llamada Hilda Grove. Es la sobrina política de la dama de compañía y antigua compañera de escuela de la señora Fenway.

—¡Sacarla de allí! ¿Por cuánto tiempo?

—No lo sé. Si estoy en lo cierto respecto al caso, una hora más o menos. Pero ¿cómo convencer a una joven empleada de que abandone la casa de su patrón sin consultárselo, sin suscitar los comentarios de los dos criados que viven con ella y que la adoran y sin coaccionarla ni asustarla? ¿Me lo podéis decir?

Arline fue la primera en contestar.

—A mí no me parece tan complicado.

—¿De verdad? Es más difícil de lo que imaginas. Harold está en los alrededores y tendrá que hacerlo mañana mismo. No puede invitarla a dar un paseo en coche y luego fingir una avería porque la circulación de vehículos privados está restringida. No puede hacerla salir con el pretexto de que alguien está herido o enfermo porque ella o los criados querrían comunicárselo primero a los Fenway. Harold y yo la hemos conocido esta tarde...

—¿Habéis ido allí? —exclamó Clara.

—Sí, y aunque parece que le hemos causado buena impresión, solo cree tener referencias indirectas de mí y no sabe nada en absoluto de Harold, excepto que pertenece a la Marina. Tampoco puede invitarla a dar un paseo por la nieve, no aceptaría. Si hubiera alguna actividad al aire libre que sirviera como excusa, sí, pero un simple paseo no. Además, no duraría lo suficiente. Nadie quiere caminar con este tiempo, hace demasiado frío.

Durante un rato, se quedaron los tres sentados y en silencio. Gamadge terminó de comerse una manzana, se encendió un cigarrillo y se arrellanó en los cojines con los ojos cerrados. Después de pensarlo un tiempo, Arline planteó otra idea aunque sin mucha convicción.

—¿Podría hacerme pasar por una amiga de una antigua conocida del colegio y proponerle salir a almorzar a algún sitio?

Gamadge contestó con amabilidad pero sin abrir los ojos.

—No, Arline, no podrías. —Y añadió—: Harold y yo somos los únicos nuevos conocidos que será capaz de asimilar por un tiempo.

—Entonces, ¿qué tengo que hacer?

—Serás un agente de enlace.

—¿Dónde?

—En la Posada del Roble, a menos de un kilómetro de Fenbrook.

—¿Y cuándo?

—Mañana, si es que conseguimos introducir a Harold en esa casa.

Clara y Arline intercambiaron un gesto de perplejidad, pero Gamadge se levantó de repente, con los ojos brillantes y una sonrisa en los labios.

—Bajemos al sótano —sentenció.

Las dos lo siguieron desconcertadas, primero al pasillo, luego al ascensor, a través de las dependencias de la cocina y por una escalera cerrada hasta el cuarto de calderas. Gamadge encendió la luz y se detuvo un momento a observar con mirada ávida y fiscalizadora sus reservas de carbón; luego las precedió hasta el trastero que había detrás, una habitación bien aislada y muy ordenada llena de toldos y mosquiteras, cajas y listones de madera. Al cabo abrió la puerta de un armario.

—Aquí está lo que guardo para mis herederos —bromeó.

Ante su vista aparecieron patines, palos de *hockey*, un bate de béisbol y un trineo de la marca Flexible Flyer.

—La señorita Grove —continuó Gamadge— ha pasado buena parte de su juventud en Suiza, y en las proximidades de Fenbrook hay varias laderas cubiertas de nieve.

Clara se mostró encantada.

—¿Harold la llevará a tirarse en trineo?

—Si es capaz de tentarla.

—¡A mí me convencería!

—La agente Prady —informó Gamadge con tono casi militar— subirá este trasto a la Posada del Roble mañana por la mañana. Espero que no sea una tarea demasiado enojosa y le será más fácil si da buenas propinas. No debe escatimar en gastos. Llevará el trineo al agente Bantz, que a su vez lo subirá a Fenbrook. Ella misma se registrará en la Posada del Roble y permanecerá allí hasta recibir más instrucciones. Mientras, podrá disfrutar de lo mejor que le ofrezca la casa.

Arline recibió el trineo de manos de Gamadge y lo levantó.

—No pesa mucho. ¿Me dejarán llevarlo en el tren?

—Por supuesto, pero no se baje en Rockliffe, agente, vaya a la siguiente parada y coja un taxi hasta el hotel.

—Arline —dijo Clara con aire despreocupado—, será mejor que te lleves mi traje de *tweed* grueso y mi abrigo. Allí debe de hacer un frío terrible.

—¡Desde luego que me lo llevo!

—El trineo está hecho un asco. —Clara fue a buscar algo para limpiarlo y Gamadge sacó su cartera. Seguía en su papel de jefe de operaciones—. Aquí tiene, dinero para sus gastos. No tengo palabras para expresar lo agradecido que estoy, Arline. Ahora todo está en sus manos... en las tuyas y en las de Harold. Mañana tendremos que actuar bien sincronizados y dependeré por completo de los dos. Llamaré a Harold por la mañana y le haré saber cuándo puedo salir de la oficina para

ir a casa de los Fenway. Luego él tendrá que darme vía libre y yo subiré al número 24 y trataré de avisar a mi cliente.

—Prometo cumplir con mi parte.

—El trabajo de Harold va a ser difícil, no me lo imagino.

—Señor Gamadge —Arline le seguía el juego—, discúlpeme por mencionarlo, pero no parece saber mucho sobre este caso, ¿verdad?

—El problema es que mi cliente no puede darme mucha información. Es demasiado peligroso.

Clara volvió con unos trapos, Gamadge encontró una lata de aceite y entre todos limpiaron, abillantaron y engrasaron el trineo hasta que este le dio el visto bueno para el servicio. Luego lo subió al recibidor, donde Arline podría recogerlo por la mañana. Entonces la señorita Prady desapareció con Clara y cuando volvió llevaba su traje, su abrigo y un pequeño sombrero de *tweed*. Mientras cerraba la puerta principal tras ella, Gamadge comentó que ahora sí podría pasar, si fuera necesario, por la amiga de una amiga de la señorita Grove.

—¿Cómo es esa Hilda Grove, Henry?

—Indescriptiblemente encantadora, por fuera y por dentro.

—No puedo entender cómo encaja en este caso. —Gamadge la seguía despacio por las escaleras, sin decir nada, y después de volverse a mirarlo añadió—: Ojalá todo hubiera terminado.

—Creo que acabará mañana.

Capítulo trece

Como niños

El gerente de la Posada del Roble era un hombrecillo de origen austríaco que se creía inmune al asombro desde hacía mucho tiempo. Por ello, cuando un taxi se detuvo bajo el pórtico del hotel en la mañana del 1 de febrero y arrojó de su interior a una joven ataviada con un costoso traje de *tweed* inglés que rodeaba con los brazos un enorme trineo, se adelantó para recibirla con su acostumbrada sonrisa carente de alegría. Pero otro huésped, uniformado como un sargento de la Marina, llegó primero hasta ella.

Este saludó a la mujer vestida de *tweed* con moderado entusiasmo y solicitó permiso al gerente para guardar el trineo en un cuarto al que se accedía por una de las puertas laterales del hotel. Mientras tanto, la señorita Prady se registró y la acompañaron a su habitación.

El gerente se inclinó un poco sobre el mostrador para hacer una confidencia al recepcionista del turno de día.

—No entiendo nada. Ese sombrero y ese conjunto han salido de una casa pudiente, pero no están hechos para ella. Y aun así, no creo que sea ninguna criada. Esa mujer y el tal Bantz son gente corriente, muy del montón. ¿Por qué la trae a este hotel? Si quiere gastarse el sueldo, ¿por qué ha venido aquí y en esta temporada, cuando el café está cerrado y no tenemos banda de música?

—Deportes de invierno locales —replicó el recepcionista con ironía—. Lo mejor que han podido conseguir con los trenes a las estaciones de esquí fuera de servicio.

—¿Van a pasarse el día encima de un trineo?

Pero Harold y Arline estuvieron allí hasta las tres y media y se comportaron con perfecta corrección burguesa: tomaron un almuerzo consistente y después se quedaron adormilados frente al fuego de la chimenea. A esa hora el sargento recibió una llamada de teléfono.

—Puedo ponerme en marcha en media hora —anunció Gamadge al otro lado de la línea—. Será mejor que vayas saliendo. Llámame desde allí tan pronto como sepas si se irá contigo. Y mantenla fuera por lo menos un par de horas, necesito dos horas. Ten cuidado cuando finjas el accidente, no hagas un giro demasiado brusco. El Flyer está bien, he probado las cuerdas.

Harold no había descendido una ladera nevada así en toda su vida y la simple vista del trineo no le recordaba nada más agradable que los inútiles esfuerzos de su más temprana juventud por deslizarse sobre la nieve sucia y medio derretida de unas calles miserables. Ahora sentía que tenía que ponerse en ridículo aunque fuera por

una buena causa, pero no protestó y se limitó a corroborar que el Flyer parecía en perfecto estado.

—He estado pensando desde que te llamé esta mañana para hablar del plan de aislamiento —continuó Gamadge—. Por cierto, ¿dónde está el recepcionista ahora?

—Leyendo una tira cómica.

—Te había dicho que era mejor incomunicarlos en cuanto llegaras, pero hay un problema. Si los que están en la casa intentan utilizar el teléfono, se darán cuenta de que algo va mal.

—No lo harán.

—¿No harán qué? A lo mejor quieren llamar a la tienda.

—Ellos pueden llamar a quien quieran, pero nadie será capaz de localizarlos a ellos. ¿No sabes que cuando el timbre del teléfono no funciona nadie se entera, ni siquiera el operador, hasta que alguno se pone furioso por no obtener nunca respuesta y hace que la compañía envíe a alguien para arreglarlo?

—No me digas.

—No se enterarán de nada ni recibirán la visita de un técnico en solo dos horas, más bien tendrían que estar así dos semanas.

—Bien, entonces hazlo tan pronto como puedas. Me gustaría avisar a mi cliente no solo de que H. G. ha salido, sino de que además el lugar está aislado.

—En media hora tendrás noticias mías.

Harold sacó el trineo y pasó arrastrándolo por delante del hotel. El gerente observó con cierta indolencia cómo se marchaba.

—Ni siquiera la lleva con él —le dijo al recepcionista sin una sola inflexión en la voz.

—Quizá se equivoque sobre ellos después de todo.

—Yo no sé nada de ese tipo de gente, no encajan en un hotel de categoría.

—Bueno, no estamos en una guía Baedeker, estamos en Rockliffe, Nueva York.

Harold remolcó el Flyer por la desierta carretera de Albany. No había tráfico ni rostros despectivos que lo miraran desde ninguna ventana; las propiedades que se extendían a ambos lados tenían las casas escondidas al fondo, en lo más oculto de sus terrenos. Los chiquillos en edad de jugar con trineos, esperaba, no andarían sueltos tan lejos del pueblo, pero lo cierto es que acabó con dos pasajeros cuando estaba a medio camino de Fenbrook y tuvo que arrastrarlos de mala gana, a ellos y su trineo, colina arriba durante unos cuatrocientos metros.

Una señal en la que se leía «Estación de Rockliffe» indicaba la entrada a la estrecha carretera secundaria que había sido una vez el camino privado de los Fenway. Harold la siguió hasta encontrar un desvío a la derecha, continuó por una sinuosa vereda flanqueada por árboles de hoja perenne y enseguida se encontró frente a la casa de ladrillo gris.

No era una casa muy alegre; apartada y fría incluso bajo los rayos de sol que apenas se colaban para iluminar algunos claros del patio nevado, demasiado alta y

estrecha, con las ventanas demasiado alargadas, demasiado aprisionada entre los árboles para suscitar alborozo. Pero la señora Dobson sí era una mujer jovial y lo recibió con una exclamación de bienvenida.

—¡Pero si es el sargento! ¡Y trae un trineo!

—Lo tenían en el hotel y he pensado que a la señorita Grove quizá le apetecería probarlo en la ladera.

—¡Seguro que sí! Es justo lo que necesita, hoy está algo triste. ¿No se ha enterado de que ha habido una muerte en la familia?

—¿De veras? Lo lamento.

—El señor Blake ha llamado esta mañana temprano: un terrible accidente. El señor Mott se ha caído por la ventana de su dormitorio en Nueva York y ha fallecido.

—Qué desgracia.

—El señor Hendrix también estará disgustado, imagino.

—Eh... sí, supongo que sí.

—Era un caballero encantador y la señorita Grove le tenía mucho aprecio. Solían hablar en «suizo» cuando estaban juntos. Iré a decirle que está usted aquí. ¡Pero entre, por favor!

Harold dejó el Flyer en la entrada y esperó solo en el frío vestíbulo. No había sido difícil entrar en Fenbrook, se dijo a sí mismo, y minutos después descubriría que tampoco era complicado sacar de allí a la señorita Grove. La joven bajó corriendo las escaleras, ataviada con su vestido verde, sonrojada e impaciente.

—¡Sargento Bantz, qué maravilla verlo! —Y añadió, abriendo la puerta principal para echar un vistazo—: ¿De dónde ha sacado ese bonito trineo?

—Estaba en el hotel.

—¡Me gustaría mucho ir a tirarnos ladera abajo! ¡Me encantaría! Pero... —Su rostro se ensombreció—. La señora Dobson dice que le ha contado lo del señor Mott Fenway.

—Terrible.

—Quizá no debería salir hoy, pero creo que a él no le gustaría que me quedara encerrada en casa. Pensaría que es una bobada porque, después de todo, no soy familiar y de verdad quiero ir.

—Tenía buen juicio. Iría usted a dar un paseo, ¿no? —repuso Harold sonriendo—. No creo que esto sea muy diferente.

—Si vamos por donde Bill Craddock nos llevó una vez con un trineo de carreras, la vuelta le parecerá bastante más ardua que un paseo —le advirtió Hilda entre risas—. ¡Fue espectacular! Éramos cuatro, Bill y yo y la señorita Fenway con un amigo suyo. Bajamos desde lo alto de la colina por la carretera de Albany y a la derecha por el camino hasta la estación de Rockliffe, ¡curvas y carreteras! Y era de noche. Me temo que hoy no será tan emocionante porque es de día y no hay coches con los que poder chocarse, y además es un trineo muy pequeñito. Espéreme, voy a por mis cosas.

—¿Podría hacer una llamada mientras tanto?

—Por supuesto.

Pero antes Harold aprovechó la oportunidad para hacer un rápido reconocimiento. Abrió la puerta que había al final del pasillo y vio las escaleras de servicio; luego vio otra puerta a la derecha y oyó la voz del señor Dobson que venía del otro lado, parecía la cocina. A la izquierda estaba el cuarto de lavado y más allá las escaleras que llevaban al sótano, detrás de una puerta con el pestillo sin echar. Puede que necesitara esa puerta más tarde, las órdenes de Gamadge incluían registrar la casa. Después del accidente, claro, de su propio accidente: el que debía sufrir al tirarse con el trineo. Mientras se dirigía al cuarto donde estaba el teléfono hizo una ligera mueca con el labio inferior; no le gustaba demasiado la idea de quedar a los ojos de Hilda Grove como un hombre que no podía sostenerse sobre un trineo de juguete.

Llamó a Gamadge a un número que no figuraba en la guía.

—Bien —anunció—, tendré al sujeto fuera de aquí en diez minutos. —Y tras consultar su reloj, añadió—: Son las cuatro cero tres.

—Es lo que había calculado.

—Última llamada antes de sabotear el timbre, ¿algo que añadir a las instrucciones?

—Asegúrate de llamarme cuando hayas terminado el registro. Bueno, intenta llamar a Clara primero, ella me hará llegar el mensaje al número 24. Es mejor que me llame ella desde casa que tú desde donde estás.

—¿Te das cuenta de que quizá no pueda hacer nada hasta que se vayan a dormir? Eso significaría tener que allanar la casa. No puedo quedarme a pasar aquí la noche; si estuviera tan mal como para eso, llamarían a un médico.

—Hazlo lo mejor que puedas. Seguro que eres capaz de conseguir que te dejen un rato a solas en una habitación con baño.

—¿Cuánto tiempo crees que se tarda en registrar una casa?

—Quince minutos deberían bastar si de verdad hay algo preocupante.

—No puede ser otra cosa que...

—De nada sirve especular —lo interrumpió Gamadge—. Me voy ya, adiós.

Harold colgó con suavidad y luego sacó un pequeño estuche de herramientas. Cogió un destornillador y empezó a manipular la caja del teléfono.

Cuando regresó al vestíbulo, la señorita Grove lo estaba esperando enfundada en un traje de esquí totalmente azul oscuro, con el único toque de color de unos guantes rojos. Salieron con buen ánimo, arrastrando el trineo, mientras la señora Dobson los despedía desde la entrada.

Primero dejaron atrás el camino de la estación, luego cruzaron la carretera de Albany y al fin subieron por una ladera extensa y no muy empinada. Hacía frío, aunque no soplaba el viento. Desde lo alto de la colina se veía el cielo amarillento por detrás de las copas de los árboles.

La señorita Grove sabía cómo colocarse en un trineo; Harold tenía espacio

suficiente para dirigirlo y notaba la firme sujeción de sus brazos sin sentirse oprimido. Se lanzaron colina abajo y, para cuando cruzaron la carretera y se metieron en el camino, el sargento ya se había dado cuenta de dos cosas: el descenso iba a ser sensacional y era una suerte que la señorita Grove fuera una veterana y supiera cómo utilizar los pies. Por un segundo se preguntó si el accidente no sería inmediato y fatal en lugar de calculado y una farsa.

Sin que Harold supiera muy bien cómo, giraron dos veces más, bajaron por la carretera del río y encararon la última cuesta con la sensación de ir casi sin tocar el suelo. No tenía razones para suponer que pudieran frenar en seco al llegar al río, a menos que pudiera mantenerse alejado de la estación de Rockliffe, y se preguntaba si el hielo aguantaría su peso.

—Izquierda —le murmuró Hilda al oído.

El sargento obedeció. Trazaron un amplio giro a la izquierda, bajaron por la carretera que había detrás de la estación y fueron perdiendo velocidad hasta detenerse.

—¿No ha sido magnífico? —exclamó la señorita Grove.

Harold respiró hondo un par de veces y luego se giró para mirarla; estaba tranquila y sonriente.

—Fantástico —contestó.

—¿Sabe? Creo que estos Flyer tienen un espíritu más deportivo que los trineos de carreras.

—Estoy de acuerdo.

—La caminata de vuelta merece la pena por un descenso así, ¿verdad?

—Y que lo diga.

De regreso, Harold trató de emplear las energías que le quedaban en identificar un lugar para poder sufrir un accidente y salir con vida. Le parecía recordar un gran cúmulo de nieve en la última curva antes de que el camino llegara a la carretera del río. No creía que debajo hubiera ningún muro de piedra y tampoco había visto árboles alrededor. Sí, ahí estaba.

El segundo descenso fue como una pesadilla en blanco y azul, pero consiguió hacer una maniobra lo bastante brusca en la curva y se estrellaron contra el montón de nieve como dos balas disparadas contra un saco de borra de algodón. Hilda había salido volando por encima de su cabeza y él se quedó sentado, aturdido e inmóvil, con la cara llena de nieve.

Cuando consiguió darse la vuelta, la joven ya estaba de pie y sacudiéndose la ropa.

—¿Está herida? —le preguntó vacilante.

—¿Herida? ¡No, claro que no!

—Pues creo que yo me he torcido un tobillo.

De inmediato, Hilda se mostró tremendamente preocupada.

—¡Harold, qué horror! ¿Es grave?

El sargento se levantó tambaleante. Probó a apoyarse sobre el pie izquierdo, sonrió con coraje y dijo que se curaría con un poco de descanso. Se sentó sobre el Flyer y sacó sus cigarrillos.

—¡Por Dios! No debería usted caminar así. Mejor voy a llamar para que venga un coche a recogerlo.

—Me apuesto algo a que ahora mismo puedo yo subir esa cuesta mejor que un coche.

—Tiene razón, no estoy muy segura de que un coche pudiera subir por aquí. Ha sido culpa mía, no está usted acostumbrado a estas cosas.

—¿Craddock sí lo está?

—Ha practicado mucho.

—Si no soy capaz de dirigir un trineo, tengo que asumir las consecuencias. Tenga un cigarrillo. Al menos me alegro de no haberle hecho daño.

—Espero que no sea un esguince.

Harold movió el pie con cuidado.

—No lo creo. Me lo vendaré cuando volvamos. —Y añadió enseguida—: Si tienen ustedes gasas. Si no, puedo sujetármelo con un trapo cualquiera.

—Tenemos de sobra.

—Entonces no habrá problema.

—¡Ojalá supiera algo de primeros auxilios!

—Yo he tenido que aprender —repuso Harold en tono lúgubre.

—¿En esa isla donde estaba el mono?

—Era el bicho más simpático que haya podido conocer.

—Harold, cuando lleguemos a Fenbrook debe permitir que avisemos a un médico. No me arriesgaré a arruinarle el resto de su permiso.

—Ningún médico va a hacer nada que no pueda hacer yo mismo.

—La señora Dobson se llevará un buen disgusto. ¿Al menos se quedará a cenar?

—Gracias, no quisiera abusar de su amabilidad.

El atardecer los alcanzó antes de llegar a la casa de ladrillo gris y las estrellas empezaban a vislumbrarse en el gélido cielo. Harold se admiró de su propia previsión: eran las seis y cinco minutos. Se las arregló para entrar por la parte de atrás, dejó el trineo junto al porche de la cocina y pisoteó torpemente la nieve del patio. Así, si se veía obligado a volver de madrugada, no dejaría más huellas de las que el señor Dobson pudiera extrañarse.

Al principio la señora Dobson les hizo un montón de reproches: se habían saltado la hora del té, iban a coger una pulmonía, no tenían sentido común... Pero cuando se dio cuenta de la cojera de Harold y le contaron lo del accidente, se volvió todo compasión y ayudó al sargento a quitarse el abrigo mientras Hilda lo sujetaba con suavidad.

—Es lo que yo digo —sentenció—. Si se va demasiado deprisa cualquier cosa es un peligro, incluso un trineo.

Harold, con gesto compungido, le dio la razón.

—La cena estará lista enseguida —anunció la oronda mujer. ¿Está seguro de que puede vendarse usted solo ese tobillo para que no le moleste, sargento?

—Solo necesito esparadrapo y unas tijeras, aunque me llevará un tiempo.

—Dobson puede ayudarlo.

—Creo que me apañaré mejor solo.

Su marido estaba avivando el fuego de la caldera, así que la señora Dobson y Hilda ayudaron al accidentado a subir las escaleras y lo llevaron a una amplia habitación que tenía un cuarto de baño contiguo. La señora Dobson iba de un lado para otro para traerle las vendas, las tijeras, alcohol, gasas y toallas. Luego lo dejaron solo.

Harold esperó hasta que la joven fue a cambiarse de ropa. Luego cerró la puerta del cuarto donde lo habían instalado y se apresuró hacia las escaleras de servicio. Gamadge y él habían acordado que el ático era el lugar más apropiado para empezar la búsqueda, puesto que allí era donde Hilda había oído corretear a la «ardilla».

El ático, sin embargo, apenas merecía ese nombre. Era más bien un cobertizo en la esquina noroeste, un trastero para maletas y muebles que ya no se usaban. Ni las cajas ni los arcones estaban cerrados con llave, ¿habría algo que sí lo estuviera? Harold miró a su alrededor, cada vez más taciturno. Sentía el fastidio del científico o del técnico cuando se ven apremiados y apenas tenía un cuarto de hora para registrar el lugar.

Aunque no había nada donde buscar excepto las cajas y arcones abiertos; nada excepto un armario que hacía esquina y llegaba hasta el techo. Se acercó a él y giró el pomo de la puerta: estaba cerrado.

Capítulo catorce

Medieval

El tardío crepúsculo del horario de guerra permitió a Harold prescindir de la linterna. Era muy potente y no quería encenderla hasta que su luz no pudiera quedar ahogada en las profundidades de los arcones o del armario; si por casualidad el señor Dobson estuviera fuera, haciendo algo en el garaje, podría no solo ver el resplandor detrás de los estores, sino darse cuenta de que aquellos no estaban bajados del todo. Volvió a sacar su estuche de herramientas y forzó la sencilla cerradura del armario a la luz del ocaso; la ventana, orientada al oeste, estaba apenas a un metro de distancia.

La puerta cedió y se venció hacia fuera sobre unos goznes algo flojos. ¿Qué era lo que había dicho Hilda Grove la noche anterior? Que había buscado la lámina del viejo Fenbrook en todas partes excepto en uno o dos armarios que estaban cerrados con llave desde que la familia se había ido a Nueva York en otoño. Ese debía de ser uno de ellos, pero no estaba lleno de ropa de verano: se encontraba totalmente vacío excepto por una bolsa de costura de lana suspendida de uno de los ganchos que, formando una doble hilera, hacían de perchero. Los ganchos quedaban bastante por encima de su cabeza y la bolsa, con dos grandes letras bordadas, «A. G.», estaba colgada al fondo, en la esquina donde se juntaban las dos paredes del armario.

La señora Grove no solo se había dejado su bolsa de costura en Fenbrook, al parecer dentro tenía una labor a medias. Las largas agujas de acero sobresalían por un lado y se distinguía un montón de calceta amarilla y lo que parecía el contorno de un ovillo de lana.

Harold se preguntó si la lámina de un libro en cuarto cabría en la bolsa de labor de la señora Grove y enseguida se dispuso a despejar la duda, pero el sargento era un hombre prudente, entrenado para la reflexión y el rigor, y siempre examinaba el exterior de un objeto antes de aventurarse en lo que pudiera esconder dentro. No obstante, sin saber muy bien por qué se sacó la linterna del bolsillo y la encendió en el interior del armario antes de meterse en él para alcanzar la bolsa. Dirigió la luz hacia el techo, las paredes y el suelo... o más bien hacia abajo, porque suelo no había ninguno.

Se quedó allí, con un pie sobre el elevado zócalo, mirando aquel pozo de oscuridad, y sus pensamientos empezaron a ordenarse: Gamadge había argumentado que, puesto que la segunda flecha no apuntaba hacia Nueva York, no tenían que sacar a Hilda Grove de allí para llevarla a la ciudad, simplemente había que hacerla salir de Fenbrook, ¿y por qué, a menos que allí corriera algún peligro? La misión de Harold era buscar ese peligro y lo había encontrado. Gamadge tenía razón.

La señorita Grove les había dicho con una sonrisa que una de las rinconeras del comedor no era un aparador para la vajilla. Quizá Gamadge habría sido ahora lo bastante inteligente para darse cuenta de que ese armario que acababa de abrir quedaba justo encima de una de esas rinconeras, y sin duda habría estado de acuerdo con él en que hace tiempo, en una casa como Fenbrook, podría haber un montacargas que conectara el sótano con los demás pisos aunque ya no se utilizara. En la época en la que se construyó aquel edificio, probablemente se calentaría solo con chimeneas y necesitarían carbón y hulla, y también madera para encender el fuego en las noches de verano más húmedas. Un montacargas habría sido casi imprescindible para subir las espuestas con todo ese combustible a las habitaciones superiores.

Pero ahora tenían una caldera, la cocina y el cuarto de lavado se habían trasladado a la primera planta y habían reconvertido aquel montacargas en varios armarios con algo tan simple como un suelo de madera y unos ganchos a modo de perchero en cada piso. No obstante, por lo que había insinuado Hilda Grove, el tramo del comedor debía de haberse quedado tal cual.

Harold se arrodilló para examinar los recios soportes que se habían introducido en el ladrillo de la pared como apoyo para la madera que haría de suelo. La habrían cortado en forma triangular para que encajara y aparentemente podía ponerse y quitarse. Se giró para echar un vistazo y localizó algo que ya había visto antes, pero que no había considerado importante: un triángulo de madera que parecía sacado del tablero de una mesa. Estaba detrás de una pila de toldos.

Por encima de su cabeza, en el techo del armario, la linterna iluminó los restos del mecanismo elevador que, sin duda, le habían hecho detenerse por instinto antes de dar un paso hacia el vacío. ¿Un paso hacia la muerte? Era probable, desde allí tenía que haber una buena caída hasta el sótano. Cuando se levantó le temblaban las piernas, pero no de miedo sino de una especie de espanto. Había algo tan solapado, tan elemental en aquella trampa, algo tan ajeno al lugar, al tiempo y al tipo de gente que habitaba aquella casa... Y sin embargo uno de ellos tenía que haberla preparado.

Desde luego no la habían puesto para él ni para los Dobson; estaba pensada para Hilda Grove. Pero si alguien llamaba o escribía y le pedía que recuperara la bolsa de costura de su tía del armario del ático y que la enviara a Nueva York, necesitaría una llave, tendrían que haberle dicho dónde la guardaban. No podía estar donde la señora Dobson pudiera encontrarla por casualidad, pero tampoco la habrían dejado muy lejos de la trampa ni muy escondida.

Harold no tardó ni tres minutos en encontrarla, en el fondo de una funda de tijeras medio raída y de color rojo que había entre otros trastos en el cajón de una mesa de madera de cerezo, con la superficie arañada y una pata rota. No era un mueble de buena calidad, no merecía la pena gastar dinero en un ebanista para arreglarla.

Luego cogió un *mashie* de un saco con viejos palos de golf que encontró en un rincón y descolgó la bolsa de costura del gancho. Dentro no tenía nada salvo un jersey a medio tejer y un ovillo de lana. Entonces se quedó ahí de pie, con la bolsa en

la mano, incapaz de decidir cuál sería su siguiente paso. Podía devolverla a su lugar, cerrar el armario y llevarse la llave; eso dejaría las pruebas intactas y sin duda pondría a Hilda Grove a salvo, pero sabía que no podía marcharse de Fenbrook mientras la trampa siguiera ahí. Necesitaba hablar directamente con Gamadge.

Dejó la bolsa donde la había encontrado, puso el palo de golf en su sitio y cerró con llave la puerta del armario. Por un momento sintió el fuerte impulso de colocar el suelo triangular de madera sobre los soportes, pero se contuvo; al menos él estaba allí y el teléfono no podía sonar.

Bajó de nuevo por las escaleras de servicio y, después de pararse a escuchar, entró en la habitación que quedaba debajo del ático. Allí había otro falso armario también cerrado con llave. Harold lo abrió: percheros vacíos y solo un agujero con los soportes a la vista donde debería estar el suelo. Volvió a cerrar la puerta y bajó por las escaleras principales hasta el salón, donde Hilda lo esperaba vestida con un conjunto rosado de falda y jersey. Se disculpó por la tardanza, el vendaje se le había resistido un poco, pero como podía ver ya no cojeaba.

—Pues no parece usted muy animado, Harold, ¿le duele?

—Estoy bien, pero si no le molesta guardaré el trineo en su sótano hasta mañana.

—Por el amor de Dios, deje que eso lo haga el señor Dobson.

—De ninguna manera. No hace falta que me acompañe, sé dónde están las escaleras.

El sargento se puso su abrigo y su sombrero y salió hacia el patio trasero. Bajó el Flyer al sótano por las escaleras exteriores y entró por la puerta de servicio que había a la izquierda hasta llegar a la enorme cocina original de Fenbrook. Aún conservaba la anticuada estufa, pero por lo demás estaba desmantelada y todas las ventanas se habían cerrado y tenían rejas.

En la esquina suroeste estaba el montacargas y las dos medias puertas que daban acceso a él quedaban a una altura de un metro escaso del suelo. Cuando las abrió, la linterna alumbró un espacio vacío y un suelo de cemento, y el hueco se prolongaba hacia arriba sin ningún obstáculo hasta donde alcanzaba la vista.

Dio un paso atrás, cerró de nuevo las puertas y se quedó allí, en medio de la húmeda penumbra, con el alma afligida. Aunque consiguiera sobrevivir a esa caída desde el ático, nadie la oiría ni la encontraría en mucho tiempo.

¿Por qué tenía que morir aquella chica? ¿Y cómo, se preguntaba, explicarían luego el accidente? A menos que la señora Grove o su cómplice tuvieran la intención de sacar el cuerpo de allí, restituir los suelos de los armarios e idear otra historia sobre la muerte de Hilda.

«Sobrina política», refunfuñó Harold, y luego dedicó a la señora Grove, mascullando entre dientes, algunos epítetos muy poco halagadores. Si no la llamaba «arpía desnaturalizada» era solo porque no estaba familiarizado con *El rey Lear*. Pero era pensar en Craddock lo que más lo asombraba, la posibilidad (la probabilidad, se decía a sí mismo) de que Craddock fuera el esbirro de la señora Grove. Ese tipo de

personajes ya no existían; eran cosa del pasado, si uno podía fiarse de la historia. Esa gente y aquellas mazmorras pertenecían a la misma época, a la Edad Media, quizás incluso pudieran encontrarse hasta el siglo XVIII. Ahora había crueldad, engaño, asesinatos por dinero, pero ¿por qué precio estaría Craddock dispuesto a cometer una vileza semejante?

Sin embargo, sabía bien que tales crímenes eran muy posibles hoy en día, no servía de nada engañarse a sí mismo.

Cuando subió de nuevo, esta vez por las escaleras de servicio, la señora Dobson asomó la cabeza desde la cocina para decirle que la cena estaba lista.

—Solo tengo que hacer una llamada —repuso Harold.

Entonces fue al cuarto donde estaba el teléfono y llamó a casa de Gamadge. Contestó Clara.

—Debe de estar en el número 24, Harold, no ha venido a casa. ¿Quieres que intente localizarlo y le dé algún mensaje?

—Creo que lo intentaré yo mismo.

A continuación llamó a casa de los Fenway, pero la voz al otro lado de la línea le hizo balbucear lo primero que se le ocurrió.

—¿Está el señor Blenker?

—Se ha equivocado de número —dijo la inconfundible voz de un policía—. Los hay que no saben ni marcar.

Harold, inmóvil frente al teléfono, pensó que nadie tendría en cuenta su llamada y que no se molestarían en rastrearla ni en informar de ella siquiera. Un momento después llamó a la Posada del Roble: si él tenía que ir a Nueva York, debían encontrar la manera de que Arline se quedara en Fenbrook. Pero el recepcionista, para su exasperación, le informó de que la señorita Prady no se encontraba en el hotel.

—Tiene que estar ahí —insistió él—. Llámela.

—Se ha ido hace un rato.

Harold colgó de un golpe el receptor, volvió a levantarlo y pidió un taxi para llegar a coger el siguiente tren.

«Tengo que jugármela», se dijo a sí mismo. «El enlace ha fallado y es evidente que algo va mal allí abajo, pero me arriesgo a que alguien venga en las próximas horas o envíe un telegrama.»

Al fin volvió al comedor, pero la perspectiva de la comida no lo seducía. Habría preferido un buen trago y se temía que Hilda no iba a considerar apropiado obsequiar con el whisky de Fenway a sus propios invitados. Deseaba contárselo todo, pero no podía. Esperaba con todas sus fuerzas poder ahorrarle la noticia sobre la trampa del ático. Ojalá nunca tuviera que saber nada de todo aquello.

En ese momento sonó el timbre de la puerta y Harold se levantó de un salto. Llegó al vestíbulo antes de que la señora Dobson tuviera tiempo de salir de la cocina y abrió la puerta. Se había hecho a la idea de encontrarse con Craddock, pero no era

él quien estaba allí de pie en la oscuridad del porche.

Capítulo quince

Vía libre

Esa tarde, aproximadamente cuatro minutos después de las cuatro, Gamadge colgaba el teléfono y se dirigía a un hombrecillo de gafas oscuras. La oficina era apenas un cubículo de los muchos que llenaban la vigésima planta de un edificio en los alrededores de Bowling Green.

—Bien —le dijo—, entonces está solucionado. Su gente no enviará más cartas a nuestro amigo, ni ninguna otra a través de esa vía.

El hombrecillo parecía nervioso.

—Espero que no tenga muchos problemas.

—Quizá pudieran trasladarlo antes de que nos decodificaran. —Y cuando aquel personaje sacudió la cabeza, Gamadge continuó al tiempo que le tendía una carpeta por encima de la mesa—: En cualquier caso, puede asegurar en la Sala 7 que Doumets no ha escrito esto. No hay nada que temer, no habrían podido reproducirlo aunque hubieran sabido que estaba ahí.

—¡Puede que supieran que estaría ahí!

—No podían reproducirlo. Además, la falsificación es casi perfecta, han sido muy inteligentes al sospecharlo.

—Había algo raro en el estilo.

—Tampoco podían reproducir eso... el factor imponderable. He incluido en la carpeta las fotografías ampliadas. La Sala 7 se hará cargo. Lo siento mucho, Georges.

El hombrecillo se levantó.

—¡La de vidas que ha salvado su oficina! Pero me temo que esta no, señor Gamadge, esta vez no.

—A veces no me siento muy útil metido en un despacho.

—No, pero no todos podemos actuar sobre el terreno. Cada cual debe proceder según sus posibilidades.

Se dieron la mano y Gamadge lo acompañó a la puerta. Luego se puso su sombrero y su abrigo, cogió la auténtica primera edición de *Elsie Venner* y el libro de vistas y se dispuso a entrar en acción en su propio caso.

El metro lo dejó unas manzanas antes de la casa de los Fenway. Llegó hasta allí a pie, subió la escalera de la entrada principal y llamó al timbre. En la puerta no había crespones negros ni coronas fúnebres pasadas de moda, no hacían falta; a esas horas todo el mundo sabía lo que había sucedido allí la noche anterior.

Phillips, muy apenado, le dijo que la señorita Fenway lo estaba esperando y que le había dado instrucciones para llevarse el *Elsie Venner* y guardarlo en la biblioteca.

Gamadge se quedó con el otro libro y esperó a Caroline en el salón.

Se quedó de pie, frente a la alta repisa de la chimenea, contemplando un retrato de cuerpo entero de una dama que no conocía, probablemente la madre de Blake Fenway. Su bellissimo rostro lo miraba desde lo alto con un amago de sonrisa, pero era solo un gesto de cortesía. Tenía los codos pegados al cuerpo en una pose muy característica y con las manos sujetaba un pequeño abanico. De cintura para arriba el vestido era una explosión de voluminosas ondas de satén almidonado en color perla y el esbelto cuello emergía de una gorguera como de espuma congelada. Tenía la cabeza un poco retraída, parecía reservada pero no tímida; no creía que le hubiera gustado mucho posar para el retrato.

La voz de Caroline le llegó desde la puerta, a su espalda.

—¿Qué le parece la abuela Fenway, señor Gamadge?

—Mejor de lo que yo le hubiera parecido a ella —contestó este dándose la vuelta.

—Tengo entendido que era muy difícil cumplir sus expectativas. Supongo que era una mujer tremenda, pero ¡qué belleza! Debería ver el retrato de la joven que al parecer ella hubiera querido para el tío Cort.

—¿Nada que ver con la que eligió él mismo?

—Solo vistió muselina blanca y zapatos negros hasta su presentación en sociedad, pero como no tenía madre que pudiera ejercer de casamentera, se marchitó en la casa paterna. ¿Qué tiene ahí? ¿Es el libro de vistas?

—Sí, y resulta de lo más interesante incluso así, incompleto como está. ¿Quiere que le echemos un vistazo?

Se dirigieron al salón posterior y una vez allí Caroline observó las páginas que estaban señaladas.

—Señor Gamadge, ¿qué demonios...?

—Es casi indescifrable sin una lupa, pero creo que podrá distinguir la firma de su tío Cort.

—Sí, aquí está, es bastante evidente. ¡Qué extraño! Escribió una carta y dejó marcas en el libro.

—Creo que lo admitirían en un tribunal, pero me gustaría pedir consejo a un abogado. Es un detalle interesante, ¿no?

—Típico de él haber estropeado un libro así, por puro despiste. Era un hombre amable y considerado, ¿sabe?, pero muy distraído y descuidado. Lo recuerdo bien. Nunca habría dañado un libro a propósito, desde luego, pero... —De pronto levantó la vista, como sobresaltada—. ¡Santo cielo!

—¿Qué ocurre? —le preguntó Gamadge con una sonrisa.

—Se me ha pasado una idea por la cabeza. Quizá mi tío escribiera una carta que, por alguna razón, después decidió no enviar. Creyó que no debía mandarla y la rompió, pero luego se dio cuenta de las marcas que había dejado en el libro y era consciente de que no podría borrarlas.

—Todo un dilema para él.

—Puede que se sintiera tentado a arrancar la página, pero no me lo imagino haciendo algo así sin consultarlo con mi padre. Además, si lo hubiera hecho luego no habría conservado la lámina.

—Pero si sigue estando en algún sitio, ¿quién no quiere que la encuentre?

La joven se quedó perpleja y algo asustada.

—La tía Belle no la está buscando, eso seguro, no puede moverse si no es en esa silla de ruedas. Y no podría hacer que Alden entendiera lo que debía buscar o cómo hacerlo. Señor Gamadge... Esas marcas le dan un giro diferente a todo esto. ¿Me habré equivocado respecto a Alden?

—En ningún momento he creído que Alden Fenway arrancara la lámina, nunca me ha parecido la obra de un deficiente mental.

—Él no habría entendido esas marcas.

—No.

—Pero si me equivocaba con Alden, puede que también lo hiciera con la muerte del primo Mott. ¿Pudo ser un accidente, después de todo? —Gamadge no dijo nada—. El primo Mott y yo teníamos muchos prejuicios, no soportaría pensar que hemos... ¡Señor Gamadge!

Él volvió a sonreír.

—¿Sí?

—Quizá sería mejor que lo dejáramos.

—La gente siempre me hace lo mismo, señorita Fenway.

—¿El qué?

—Pedirme que encuentre algo para ellos y luego arrepentirse.

—Es que esas marcas hacen que todo parezca tan diferente...

—Verá, su padre no habría llamado mi atención sobre la lámina desaparecida si la hubiera arrancado él mismo.

Los oscuros ojos de Caroline buscaron encontrarse de frente con los suyos.

—¿Arrancarla él? ¡Qué ridiculez!

—Me ha parecido que podría estar preguntándose hasta dónde sería capaz de llegar su padre para preservar la reputación de su difunto hermano.

Por primera vez, Gamadge apreció el parecido de la joven con su abuela: ese aire introvertido y el aplomo al retraer la barbilla cuando alzaba la vista hacia él.

—Mi padre nunca haría nada incorrecto, por ninguna razón. Creo que se ha formado una idea equivocada de...

—En absoluto. Es usted quien ha imaginado algo extraño, pero debe dejar de hacerlo.

—Jamás he pensado tal cosa. ¡Los Fenway son incapaces de mentir o engañar por preservar la reputación de la familia!

Gamadge pensó para sus adentros que, probablemente, la abuela Fenway hubiera sido capaz de casi cualquier cosa, y le vino a la mente una inquietante imagen de aquella mujer soltando el abanico con una de sus delgadas manos para empujar a

algún molesto pariente político por la ventana. Pero por supuesto ella no era una Fenway de nacimiento.

—Le aseguro —dijo al fin— que no albergo recelo alguno respecto a su padre. Cuando estuvimos hablando sobre la lámina desaparecida, él no sabía que hubiera ningún misterio actual relacionado con ella. Y desde luego tampoco sabía que el señor Mott Fenway o usted misma fueran a consultarme sobre ello más tarde.

Caroline seguía de pie, con los ojos fijos en la mansión de J. Delabar King.

—Va a llevarse un gran disgusto cuando se entere de que el tío Cort escribía cartas aquí encima y dejaba marcas sobre el libro. Ojalá no tuviera que saberlo.

—¿No cree que lo protege demasiado?

—Haga el favor de no burlarse de mí.

—No me estoy burlando.

—Si lo hago, es culpa suya. El pobre es tan sensible... Señor Gamadge, estoy pensando otra cosa.

—¿Algo agradable?

—Algo espantoso, pero que al menos no nos implica a nosotros. Quiero decir que no es nada de lo que mi padre pudiera avergonzarse. ¿Y si la señora Grove ha descubierto las marcas, ha conseguido leer lo que ponía y ha arrancado la lámina y la tela protectora? Podría estar chantajeando a la tía Belle.

—¿Y qué podría haber escrito el señor Cort Fenway por lo que ahora pudieran extorsionar a su viuda?

—A lo mejor le reprochaba algo que hubiera hecho, pero luego no se atrevió a enviar la carta y decidió esperar a verla de nuevo en persona. Solo que jamás volvieron a encontrarse, mi tío murió.

—Creía que estaban muy unidos.

—Tuvo que ser algo que pasara antes de casarse.

—¿Después no?

—No, jamás se separaron hasta que mi tío tuvo que dejarla allí con Alden y regresar a Estados Unidos por negocios. Yo misma tengo que admitir que lo amaba.

—¿Entonces la señora Grove no la está chantajeando sobre Alden sino sobre su propio pasado, el de la señora Fenway?

—Es lo único que se me ocurre, si es que está usted en lo cierto y en esa lámina puede leerse una carta del tío Cort.

—¿Cree usted que, para evitar que el chantaje saliera a la luz, para evitar que se encontrara esa estampa, la señora Grove pudo tirar a su primo Mott por la ventana?

Caroline se mostró de nuevo alarmada y sorprendida.

—¿Un asesinato? ¡Nunca lo había pensado!

Gamadge la observó inquisitivo.

—A su padre no le gustaría que algo así trascendiera, ¿verdad?

—¡Si ha sido intencionado, por supuesto que tiene que saberse!

Puede que no hubiera tanto de la abuela Fenway en su nieta, después de todo; ella

sin duda habría echado tierra sobre un asesinato en la familia. Y Blake Fenway, pensó Gamadge, habría tenido la fuerte tentación de hacerlo. ¿A Caroline ni siquiera se le pasaba por la cabeza? La tradición parecía estar debilitándose.

—Dejaré esto en su sitio —concluyó al fin, al tiempo que cogía el libro de vistas— y luego podremos subir y seguir con la investigación.

—No sacaré nada de la tía Belle ni de la señora Grove, vuelven a comportarse como siempre.

—Aun así, me gustaría ir a verlas.

Entonces fueron a la biblioteca y Gamadge guardó el libro de vistas en el cofre taraceado. Caroline miró a su alrededor.

—¿Intentará localizar la lámina?

—Debo admitir que voy teniendo una idea algo más clara sobre dónde buscarla.

—Será más fácil dar con ella si no la ha escondido Alden; la mente de los niños es tan ilógica... ¿Va a registrar la biblioteca, señor Gamadge? ¡Me parece una labor interminable, con todos estos libros!

—Para serle sincero, preferiría que fuera su padre quien la encontrara.

—Es usted muy considerado —repuso la joven discretamente—, pero ¿le dirá dónde buscar?

—Quizá no sea necesario. Estoy pensando cómo podría usted indicarme que tengo vía libre para recorrer la casa una vez salgamos del salón. Sería muy raro que Phillips o algún otro criado me sorprendiera deambulando por las escaleras.

—¿No quiere que vaya con usted?

—Verá, señorita Fenway, prefiero no involucrarla en mis actividades. Desentiéndase de mí. Toque el piano.

—¿El piano? ¿Lo dice en serio?

—Esperaré a oír las notas de esa fuga de Bach que vi anoche sobre el atril.

Caroline lo miró sorprendida.

—Me siento casi como en una fiesta infantil en la que el mago te dice que mires la carta que tiene en la mano y luego te la saca del bolsillo.

—Le aseguro que no guardo ningún as en la manga.

—Sin embargo, da la sensación de estar inquieto por algo.

—¿De verdad? Lamento que se lo parezca.

Salieron los dos de la biblioteca, atravesaron el pasillo y subieron por las escaleras.

—Es una casa muy silenciosa —observó Gamadge—. Amortigua el sonido.

—Yo he empezado a odiarla. Desearía estar fuera de aquí, excepto por el hecho de que cuando lo haga será porque mi padre haya fallecido.

Cuando llegaron al rellano presidido por Psique desde su nicho, se adentraron en el amplio corredor del segundo piso. Era cierto que aquellas paredes absorbían el ruido; apenas les llegaba aún un débil murmullo de voces a través de la puerta abierta del salón, aunque cuando entraron había allí cinco personas. El té estaba preparado en

una mesita cerca de la chimenea y Phillips, en ausencia de Caroline, estaba sirviéndolo junto con los pasteles. La señora Grove se sentaba al lado de las bandejas, a continuación estaba Alden, detrás de la mesa de costura, y la señora Fenway tapaba con su silla de ruedas el camino hacia la puerta. Los reposapiés extensibles estaban plegados a modo de escabel y una bata de seda le cubría las rodillas.

Alden jugaba con un rompecabezas de cartón y no levantó la vista y Craddock, desde la ventana del mirador, correspondió al saludo de Gamadge y luego volvió a mirar hacia la calle.

—El señor Gamadge ha venido a traer los libros de padre —anunció Caroline—. Lo he convencido para que subiera a tomar el té.

La señora Fenway giró la cabeza para dedicarle una sonrisa y extendió un brazo a la altura de sus hombros.

—Me alegro de verlo.

Gamadge le estrechó la mano, que desprendía un calor casi febril, y saludó con un gesto a la señora Grove, que había levantado la vista al oírlos entrar. Ella le devolvió el saludo y volvió a concentrarse en el punto de cruz.

—Llega justo a tiempo —continuó la señora Fenway mientras daba unos golpecitos en el respaldo de la silla que quedaba entre ella y la chimenea, a modo de invitación para que tomara asiento—. Phillips iba a recoger.

Caroline ya se había sentado en la misma silla que ocupara la tarde anterior y estaba sirviendo té para su invitado y para ella. Luego Phillips le acercó su taza y un plato.

Gamadge tomó un primer sorbo mientras observaba a la pequeña criatura que tenía enfrente, tan enfrascada en su labor. ¿Por qué pensaba Caroline que esa mujer «volvía a comportarse como siempre»? Era como un animalillo del bosque, en todo momento alerta. Se fijó en el gesto obstinado de su frente y en cómo apretaba los labios. La armoniosa forma de su cabeza bajo el cabello acerado recogido con sencillez denotaba inteligencia. Ataviada con un vestido gris, permanecía sentada sin llamar la atención, pero Gamadge tenía la sensación de que la señora Grove dominaba la escena igual que una roca domina un paisaje lleno de luz.

Al fin Craddock se decidió a unirse al grupo. Se levantó, se acercó a Alden y le puso una mano en el hombro.

—Tenemos visita, amigo.

Alden levantó la cabeza y exhibió la misma sonrisa afable y vacía de siempre.

—Ha vuelto.

—Pero no puedo quedarme mucho, me tomo el té y me marchó. Lo cierto es que tengo bastante prisa.

—Yo también tengo prisa, he de salir a comprar unos sellos —intervino Craddock mirando a Gamadge—. ¿No estará aquí cuando vuelva, entonces?

—Me temo que no, pero espero que podamos vernos en otra ocasión.

Craddock asintió con la cabeza y se fue. Entonces Caroline se dirigió a la señora

Fenway.

—Subimos a verte anoche, tía Belle, pero ya te habías ido a dormir.

—El doctor nos lo ha dicho esta mañana, qué lástima. Me han contado lo atento que fue usted con todos, señor Gamadge. Es nuestro primer té sin el querido Mott, me alegro de que esté con nosotros para llenar el hueco que ha dejado. Lo echamos mucho de menos.

—Yo también —repuso Gamadge—, y solo lo vi una vez.

—¿Y quién no lo extrañaría? —La voz de la viuda se había vuelto quebradiza—. Lo recuerdo tan bien en sus años de juventud, aunque por supuesto era bastante mayor que nosotros. Todos lo admirábamos por ser una persona maravillosa e inteligente, pero también era un gran bailarín y adoraba las fiestas. Me acuerdo perfectamente, solía sacarme a bailar y yo me sentía tan halagada... ¡Un graduado de Harvard, nada menos! Yo me recogía el vestido con una mano mientras él me sujetaba la otra, en la que llevaba el abanico, y lo levantaba y señalaba a la gente con él cada vez que decía algo gracioso sobre alguien. Era una tontería, pero nos reíamos mucho. Formaba parte de nuestras vidas, de un capítulo que ahora se ha cerrado. Al menos no ha tenido que pasar por un montón de cosas horribles: la vejez, la enfermedad, la tristeza...

Alden la miraba con una expresión interrogante en los ojos y el ceño apenas fruncido.

—No pasa nada, cariño —lo tranquilizó su madre con una sonrisa, y luego continuó hablando con el mismo tono de voz que parecía haberlo inquietado—. Solo estoy un poco nerviosa, pero no pasa nada. Nota cuándo estoy nerviosa, señor Gamadge, y eso lo altera mucho; debo tratar de controlarme más. Pero no dejo de pensar en todo lo que ocurrió anoche. Estábamos los tres aquí sentados, justo donde estamos ahora, cuando Bill se fue del salón. Íbamos a jugar al *bridge* y Blake dijo que se uniría a nosotros. Apostamos cantidades muy pequeñas, ya sabe, solo para hacerlo un poco más divertido. No va uno a poner tanto empeño y a sufrir tanta incertidumbre para luego no molestarse siquiera en sumarse los puntos, ¿no cree? Además, Bill Craddock se jugaría hasta el último centavo y a la señora Grove también le gusta apostar, ¿verdad, Alice?

Gamadge creyó advertir en el último comentario una ligera vacilación, apenas perceptible. La señora Grove, sin levantar la vista de su labor, repuso que sus padres eran ingleses y que para ellos apostar era algo habitual.

—Con esos deportes... y las carreras —continuó la voz ahogada de la señora Fenway—. En muchos sentidos parecemos unos meros provincianos comparados con ellos. Pero amables, al menos creo que somos amables. En fin, aquí estábamos sentados y no nos enteramos de nada hasta que Phillips vino y llamó a la puerta de Caroline. Estaba muy alterado, pero es un hombre respetuoso y cauto y me dijo en privado que el primo Mott se había ido, Alden, ¿recuerdas? Te lo conté después.

—Pero no cogió su sombrero ni su abrigo. —Alden parecía un poco confundido

—. Los he visto en el armario de abajo esta mañana.

La señora Fenway se rio y le dio unas palmaditas en la mano.

—Tú tienes dos abrigos y dos sombreros, bobo, ¿por qué no iba a tenerlos él?

—¿Ha terminado con su té, señor Gamadge? —intervino Caroline—. Entonces ya estamos todos, Phillips, puede retirar el servicio.

El mayordomo empezó a recoger los platos y las tazas. Una apacible escena doméstica a la que Caroline contribuyó con su siguiente pregunta.

—¿Ha tenido un día interesante? Claro que su trabajo debe de estar siempre lleno de alicientes.

Gamadge aceptó un cigarrillo de la caja de la señora Fenway y lo encendió con la lamparilla de plata que le tendía Phillips antes de contestar.

—Pues diría que hoy más que de costumbre, fascinante. Supongo que puedo confiarles que en el curso de mi labor conozco a mucha gente que está en contacto con compañeros y aliados reclusos en campos de prisioneros del enemigo.

—¿De veras?

—Sí, y algunas veces mi oficina llega a comunicarse con ellos de manera indirecta, aunque no siempre sé quiénes son. Uno de mis clientes, por ejemplo, tenía un amigo preso a poca distancia de una gran ciudad y esta tarde me han hecho saber, después de intercambiar varios mensajes cifrados, que hemos logrado sacarlo de allí.

Phillips se había marchado y, salvo por el leve rumor y los chasquidos de las canicas de colores con las que jugaba Alden, la habitación estaba en silencio.

—¿Han podido sacarlo de un campo de prisioneros? —preguntó Caroline.

—Sí, y algo más que eso. Nos las hemos arreglado para interrumpir sus comunicaciones. Su teléfono estará fuera de servicio al menos una hora y media. ¿Quieren saber cómo hemos conseguido alejar al sujeto de ese lugar?

La señora Fenway lo miraba expectante.

—¿Cómo?

—En un trineo. Hemos recibido un cable y en este momento mi cliente puede estar seguro de que su amigo está deslizándose colina abajo en un trineo. No resulta una diversión inusual, que llame la atención, ni siquiera entre los adultos.

Caroline parecía interesada.

—¿Y cuándo sabrán cómo termina la historia?

—Bueno, quizá nunca. Ahora es asunto de mi cliente, mi parte del trabajo ha terminado. Pero si en algún momento vuelve a precisar mis servicios, no le costará ponerse en contacto conmigo.

—¿Qué cosas tan extraordinarias hace!

«No hablará mientras yo esté aquí», pensó Gamadge. «Está esperando a Fenway. Será mejor que me vaya.»

—Espero que me perdonen —dijo ahora en voz alta al tiempo que se levantaba—, pero tengo que irme ya.

Caroline también se puso en pie.

—¿No puede esperar a mi padre? Debe de estar al llegar.

—Me es imposible. No avise a nadie, por favor, puedo salir solo.

La señora Fenway extendió de nuevo su ardiente mano y le dirigió una última sonrisa temblorosa. La señora Grove alzó su inescrutable rostro y aquellos labios contraídos se curvaron hacia arriba. Alden Fenway, ensimismado con las canicas de colores y el rompecabezas de cartón, ni siquiera levantó la cabeza.

Según dejaba atrás la habitación, Gamadge pensó que aquello resultaba extraordinario y aterrador. «Ella está ahí sentada, y la otra mujer permanece ajena a todo, no sabe que el juego ha terminado. No debería alejarme mucho».

Pero primero bajó las escaleras, esperó un minuto y luego abrió y volvió a cerrar la puerta principal y se escabulló por la que ocultaba las escaleras de servicio. Podía oír a Phillips haciendo tintinear la porcelana en la despensa, de modo que el camino estaba despejado. Sin embargo, aguardó hasta que las fluctuantes notas de la fuga de Bach llegaron a sus oídos; Caroline tocaba el piano como si su vida dependiera de ello. Entonces, agradecido de que la joven estuviera lejos del foco de la tormenta, Gamadge subió corriendo al segundo piso.

Capítulo dieciséis

Derramamiento de sangre

Gamadge salió de nuevo al corredor principal y, pegado a la pared de la izquierda, se acercó lentamente hasta la habitación de Caroline. Entró en ella empujando la puerta con la espalda y luego volvió a entornarla. No podía ver al grupo que estaba frente a la chimenea del salón, pero podía oír lo que decían. En ese momento era la señora Fenway quien hablaba.

—... te advierto por última vez que esto se acaba aquí.

—Eso ya lo has dicho antes —le replicó la señora Grove con aspereza.

—Pues ahora lo digo en serio. Has cometido un gran error al pensar que podrías atormentarme así para siempre.

—Estaba en tu mano terminar con ello.

—Eres un monstruo, ¿crees que nadie tiene dos dedos de frente salvo tú? No me das pena, no tienes corazón. Tú no sabes lo que es tener hijos. Pero esto se ha terminado.

Gamadge oyó la puerta principal. «Alguien ha entrado con llave», pensó. «Debe de ser Fenway.»

—Ya no puedes atemorizarme con tus amenazas, Belle.

La viuda alzó un poco la voz.

—Ha llegado Blake. Alice, te daré solo una oportunidad más... ¡La última! ¿A ti qué te importa ese dinero? ¡Es estúpido y cruel! —Pero entonces su tono cambió—: ¿Por qué me miras así? ¿Qué vas a hacer?

—Poner fin a todo esto. —Las palabras de la señora Grove sonaban ahora más cerca, como si se hubiera levantado de la silla y fuese a salir—. Ponerle fin ahora mismo.

La puerta del salón se movió y luego se cerró de golpe justo cuando Gamadge salía corriendo de la habitación de Caroline para lanzarse contra ella. Oyó cómo se cerraba el pestillo. Luego hubo un disparo, un grito, otro disparo y después silencio. Entonces se dio la vuelta y vio a Blake Fenway paralizado junto a la escalera.

—¡Por la habitación de Alden! —gritó Gamadge mientras echaba a correr dejando a un lado a Fenway para girar a la izquierda—. ¡Por aquí!

El dueño de la casa lo siguió mientras atravesaban a toda prisa la habitación de Alden, la de la señora Grove y el cuarto de baño, y luego el dormitorio de la señora Fenway hasta la otra puerta del salón. Al llegar se pararon en seco.

La cabeza de Belle Fenway caía hacia atrás sobre los cojines de su silla de ruedas, con la boca abierta y los ojos cerrados. La sangre escapaba entre los dedos de su

mano derecha, con la que trataba de detener la hemorragia de la muñeca izquierda. Alden estaba de pie, apoyado sobre la mesa de costura, observando con mirada vacía, asustada y culpable algo que había en el suelo al otro lado. En la mano derecha sujetaba sin fuerza una pequeña pistola automática, como si no fuera en absoluto consciente de ella. La señora Grove yacía boca abajo delante de la chimenea y la sangre se extendía bajo su cabeza en forma de abanico y empapaba la alfombra.

La voz ronca de Blake Fenway se oyó por encima del hombro de Gamadge.

—¡Dios santo! ¿Qué ha pasado?

Alden tartamudeaba.

—Le ha he-hecho daño a-a madre. Le-le ha hecho daño a madre.

Gamadge se acercó al cuerpo de la mujer, se arrodilló a su lado y la giró sobre su espalda. Le habían disparado en la frente. Sus pupilas vidriosas estaban fijas más allá de él, como si incluso muerta quisiera evitar su mirada, y el gesto de su rostro se había contraído.

Luego se levantó, cogió la bata de seda de las rodillas de la señora Fenway y cubrió el cadáver. Rodeó la mesa y liberó la pequeña automática de los dedos de Alden, le puso el seguro y se la tendió a Fenway, que se había acercado y sostenía a su sobrino por el brazo.

—Chiquillo —le dijo este con la voz rota—, ¿por qué lo has hecho?

—Yo no quería. Le ha hecho daño a madre.

—¿Tiene un pañuelo limpio, señor? —preguntó Gamadge.

Fenway, aún nervioso y sin aflojar la presión sobre el brazo de Alden, rebuscó a tientas en uno de sus bolsillos con la otra mano y le dio un pequeño lienzo blanco. Gamadge lo cogió, sacó también el suyo y fue hacia la señora Fenway. Con cuidado le retiró los dedos de la muñeca ensangrentada, examinó la herida y le hizo un torniquete con la ayuda de su pluma estilográfica.

—Hay que llevarla a... —Fenway vaciló—. Tendríamos que llamar al médico.

—¿Podría traer un poco de agua del cuarto de baño?

La señora Fenway abrió los ojos. Se miró primero el vendaje del brazo, luego a Gamadge y por fin a su cuñado.

—¡Blake!

—¡Por el amor de Dios, Belle! ¿Qué ha ocurrido?

—Alice me ha disparado. Creía que iba a matarme pero Alden se ha tirado sobre ella como un rayo. No me imaginaba lo que pretendía hasta que ha echado el pestillo y ha sacado esa pistola del bolso. Alden se la ha quitado y le ha apuntado con ella a la cabeza. ¿La ha...? ¿Está muerta?

—Me temo que sí.

—¿Y van a meterlo en la cárcel por salvarme la vida?

—¿La cárcel? ¡No!

En ese momento empezaron a llamar a la puerta con enérgicos golpes.

—Yo me encargaré, señor Fenway —se ofreció Gamadge—, si usted trae ese

vaso de agua. Y será mejor que cierre el pestillo del baño.

Fenway obedeció sin pensar. Gamadge fue a abrir y vio el rostro de Caroline, extremadamente pálido, al otro lado de la puerta. El viejo Phillips y otra criada estaban tras ella.

—¿Dónde está mi padre? —preguntó casi en un grito—. Lo he visto subir, ¿qué ha pasado?

—La señora Grove ha muerto.

—¿La señora Grove?

—Y su tía ha recibido un disparo en un brazo. Vamos a llamar a la policía, por supuesto, pero seguro que su padre prefiere que no se quede usted aquí, señorita Fenway. ¿Podría reunir al servicio en la planta de abajo?

Aún con la mirada fija en el salón, Caroline empezó a caminar hacia atrás en silencio. Gamadge cerró la puerta y echó el pestillo, y cuando se giró vio a Blake Fenway acercándose a la silla de ruedas de su cuñada con un vaso de agua en la mano. Gamadge lo cogió y lo aproximó a los labios de la señora Fenway. Después de que esta bebiera un poco, bajó el vaso y la miró.

—Si puede aguantar unos minutos —le dijo—, creo que será mejor que se quede aquí. Será mucho más fácil para la policía y para todos nosotros si dejamos la habitación tal y como estaba en el momento de los disparos.

—Puedo aguantar lo que sea necesario. Quiero contarle a la policía lo que ha sucedido.

Los ojos de Alden iban saltando de uno a otro, pero siempre regresaban a los dedos ensangrentados de su madre. Fenway volvió a cogerlo del brazo.

—Ven conmigo a la ventana, muchacho. Vamos a mirar por la ventana.

—Es que no me dejan.

—Hoy puedes hacerlo.

—Pero se está haciendo de noche.

Fenway miraba aturdido a su alrededor.

—¿Dónde está Craddock? —preguntó—. ¿Por qué no viene Craddock?

—Había ido a la oficina de correos, Blake —contestó la señora Fenway, y luego continuó, dirigiéndose a su hijo—: Alden, con lo que te gusta mirar las luces... — Pero entonces la voz se le quebró y empezó a llorar de forma convulsiva.

Alden fue con pasos lentos hasta el mirador y giró una silla para ponerla frente a la ventana que daba al este. Se sentó dando la espalda a la habitación, recorrió uno de los visillos y miró hacia la avenida.

Fenway se inclinó junto a su cuñada.

—Belle, debes contárnoslo antes de que llamemos a nadie. ¿Por qué te ha disparado?

—Creo que se estaba volviendo loca, Blake. —La señora Fenway trataba de controlar sus sollozos—. Perdió su casa y su dinero, todo lo que tenía, y luego las preocupaciones y ese horrible viaje... Se iba desquiciando poco a poco. Solía decir

que la vida no merecía la pena si a su edad tenía que depender de otras personas y que no podía soportarlo. Yo le aseguraba que nosotros cuidaríamos de ella, Alden y yo. Pensé que con la herencia podríamos darle una pensión digna si la hacíamos nuestra ama de llaves cuando tuviéramos una casa. Ella sabía que yo no tengo mucho dinero, pero hace poco, una semana y media más o menos, empezó a chantajearme. Quería cien mil dólares. Me dijo que si se lo daba en efectivo, lo cogería y se marcharía.

—¿Cien mil dólares?

—Quería que vendiera todo lo que tengo o que me inventara alguna historia para pedírtelo a ti. Me amenazó con que, si decía una sola palabra a alguien, mataría a Hilda.

—¿A Hilda?

—Dijo que había una especie de trampa en Fenbrook y que si la llamaba, Hilda la activaría o caería en ella o algo así, y moriría. Insistía en que nada le impediría llegar hasta un teléfono porque tenía una pistola y repetía que, si yo hablaba, ella no tenía nada que perder y me mataría y luego se mataría ella. Creí que estaba loca, pero ¿cómo iba a arriesgarme a poner en peligro la vida de Hilda?

—Debiste darte cuenta de que estaba delirando. Podías haber encontrado la forma de decírnoslo.

—No era tan fácil, no se despegaba de mí. ¿Cómo iba a correr ese riesgo? He tenido pesadillas con el teléfono. Casi podía oírlo sonando en Fenbrook y luego me imaginaba a Hilda contestando...

—Era solo para intimidarte, Belle. ¿Cuánto tiempo dices que llevaba pasando esto?

—Más de una semana. Yo ya tenía la impresión de que Alice se estaba volviendo muy silenciosa y taciturna, y de repente un día saltó con eso. Ella sabía lo mucho que aprecio a Hilda.

—Es espantoso. ¿Cuándo podría haber puesto una trampa en Fenbrook?

—No creo que fuera a escondidas por la noche, pero no lo sé. A lo mejor lo hizo el verano pasado, si es que de verdad hay una trampa, antes de que volviéramos a Nueva York.

Fenway lanzó una mirada entre incrédula y alucinada a la figura que se perfilaba bajo la bata de seda.

—¡Qué horror! ¿Podía haber caído alguno de nosotros en esa trampa después de que se fuera?

—Me dijo que la dejaría hasta que se sintiera a salvo, que sabía dónde ir. Luego me escribiría y me diría de qué se trataba y cómo encontrarla.

—No me creo ni por un segundo que haya algún peligro en Fenbrook. Pero ¿qué ha hecho que se volviera hoy contra ti?

Las lágrimas empezaron a correr de nuevo por el ceniciento rostro de la señora Fenway.

—¡Blake! Yo... Tenía miedo de que hubiera matado a Mott y ya no aguantaba más.

Fenway retrocedió unos pasos tambaleándose y se agarró al borde de la mesa.

—¡Mott! ¡Asesinado!

—Temía que de alguna manera él hubiera descubierto lo que me estaba haciendo y que ella lo matara para evitar que te lo contara.

—Pero por Dios, Belle, ¡si anoche dijiste que no habíais salido del salón!

—Ella me obligó. ¡He sido un cobarde! Pero no podía seguir así, era demasiado peligrosa. Podría haberte matado a ti o a Caroline. Iba a llamarte cuando te he oído subir las escaleras para pedirte ayuda. Tenía la esperanza de que cediera llegado ese momento, de que quizá no tuviera esa pistola después de todo. Pero entonces se ha levantado y ha dicho que bien, que ella misma pondría fin a todo, ha sacado la pistola del bolso y ha cerrado el pestillo de la puerta. ¡Si hubiera sabido que el señor Gamadge estaba aquí! Podría haberlo llamado a gritos. No sabía que iba a ser mi pobre niño el que me salvara. Blake, estaba tan asustado después de disparar, ni siquiera sabía lo que había hecho. No pueden castigarlo por esto.

—Belle, mi pobre Belle, ¿crees que yo permitiría que alguien le hiciera daño?

—Deberíamos hacer ya esas llamadas —intervino Gamadge—. ¿Quiere que me encargue yo, señor? Primero al médico, para que atienda a la señora Fenway. ¿Cuál es su número?

Fenway se lo dio y Gamadge llamó al despacho de Thurley. Su secretaria dijo que el doctor se había ido a casa, pero que le haría llegar el mensaje para que fuera de inmediato al número 24. Luego Gamadge llamó a la comisaría.

—Que lo pongan con Nordhall —suplicó Fenway—. Es un buen tipo e inteligente.

Tras algunas complicaciones, Gamadge consiguió que Nordhall contestara la llamada y oyó cómo repetía varias veces su nombre con su calmada pero inquisitiva voz de policía.

—Nos conocimos anoche en casa de los Fenway —le explicó Gamadge.

—Ah, sí. Amigo de la familia.

—Ha ocurrido otra desgracia, le llamo desde aquí.

—¿Qué desgracia?

—Han disparado a la señora Grove y ha muerto.

La voz calmada se volvió áspera.

—¿La señora Grove? ¿La dama de compañía de la señora Fenway? ¿Asesinada, ha dicho?

—Por Alden Fenway.

—¿Cómo?

—Y la señora Fenway ha resultado herida en un brazo. Se lo explicaremos cuando llegue.

—¿Dónde está el joven Fenway ahora? ¿Qué hace?

—Está mirando por la ventana.

—Enseguida voy. No toquen nada.

—Todos los implicados están en la habitación, además del señor Fenway y yo mismo, que hemos llegado medio minuto después, y las dos puertas están bloqueadas.

—Manténgalas así.

Cuando Gamadge levantó la vista del teléfono, Blake Fenway estaba de pie a su lado.

—Señor Gamadge —le dijo con toda la bondad de su naturaleza concentrada en sus palabras—, esa chiquilla que está en Fenbrook... debería saberlo.

Gamadge se levantó.

—Imagino que querrá hablar con ella usted mismo, señor.

—No sé cómo contárselo. No sé ni qué decir.

La señora Fenway había vuelto a cerrar los ojos.

—No se lo cuentes todo —le pidió con un hilo de voz—. Dile solo... que ha sido un accidente.

Fenway pidió que lo pusieran con Fenbrook, esperó un tiempo y luego miró a Gamadge sorprendido.

—Dicen que no contesta nadie. —Gamadge, apoyado en el borde de la mesa, lo miraba compasivo—. No lo entiendo, los Dobson nunca dejan la casa vacía, jamás. Las líneas deben de haberse estropeado con el mal tiempo. ¡Qué inoportuno! Los telegramas los transmiten por teléfono y dudo que haya mensajeros disponibles hasta dentro de unas horas, como poco. La casa queda lejos del pueblo y las calles estarán sepultadas bajo la nieve. Habrá que llamar a la estación para enviar un taxi con el mensaje. Supongo que podría dejarlo en la puerta. Pero Hilda... ¡qué desgracia!

—¿Y por qué no sube alguien desde aquí?

Fenway miró a su cuñada y luego otra vez a Gamadge.

—¿Cree que la policía pondrá alguna objeción? —le preguntó casi en un susurro—. Sé lo estrictos que son con estas cosas, incluso en un caso evidente de... incapacidad mental. Gamadge —añadió ladeando la cabeza hacia la encorvada figura que seguía junto a la ventana—, esto va a ser su ruina. Lo encerrarán de por vida.

Gamadge también bajó la voz.

—Sí, eso me temo.

—Es una tragedia. Pero esa pobre muchacha allí en Fenbrook... Después de lo que Belle nos ha contado, de esa inconcebible historia sobre una trampa oculta en la casa, no permitiré que Hilda pase una noche más en ese lugar hasta que lo hayan registrado. ¿Una trampa? ¿Qué clase de trampa? Gamadge, todo esto es una pesadilla.

—¿No hay un hotel que se llama la Posada del Roble cerca de Fenbrook? Yo conozco a una joven que está alojada allí.

—Sí, está apenas a un kilómetro, pero eso sería... No puedo pedirle que...

Los ojos de Fenway se iluminaron.

—Seguro que está encantada de acercarse, y si es necesario ella misma traerá a la señorita Grove a Nueva York.

—No sabe lo mucho que me tranquilizaría. Los Dobson son buenas personas pero no están preparados para afrontar una situación tan difícil. Hilda se quedará consternada, es una chica noble y cariñosa. Parecía querer de verdad a esta... — Fenway sacudía la cabeza—. Pero la mujer había perdido la razón.

Gamadge telefoneó a la Posada del Roble y preguntó por la señorita Prady.

—¿Arline? Tengo que pedirte un gran favor... Gracias, sé que harás lo que esté en tu mano. Hay una joven, la señorita Grove, que vive en una casa llamada Fenbrook a menos de un kilómetro de tu hotel por la carretera...

—Dígale que hay una señal en la entrada del camino —le apuntó Fenway—. Que pida un taxi y lo cargue a mi cuenta.

—Sube en taxi y que se lo cobren al señor Fenway, ¿de acuerdo? Fenway. Sí, el señor Fenway está aquí conmigo. Al parecer hay algún problema con el teléfono de Fenbrook y no puede contactar con la casa. Ha ocurrido una desgracia, han matado a la tía de la señorita Grove. ¿Podrías comunicárselo, decirle que ha sido un accidente y traerla contigo a Nueva York en el primer tren que podéis coger? Sé que es pedir demasiado pero... Gracias, Arline, sabía que podía contar contigo.

Gamadge colgó el receptor. Si en ese momento algo pudiera hacerle gracia, lo habría hecho la conducta casi sobrehumana de Arline. Tras su advertencia la joven se había mentalizado para recibir aquella impactante noticia con la respetuosa compasión que Fenway habría esperado de un absoluto desconocido. No sabía muy bien cómo lo había logrado.

El timbre de la puerta principal sonó dos veces. Fenway se giró hacia su cuñada.

—Belle, mi pobre Belle, ya están aquí. En unos minutos Thurley te atenderá y podrás irte a descansar. Deberías haberlo hecho hace un buen rato. Eres una mujer extraordinaria.

La viuda de su hermano abrió los ojos.

—No me separarán de Alden mientras no sepa lo que pretenden hacer con él.

—No temas. Yo estaré aquí y Thurley también, y el señor Gamadge nos ayudará a hacerles entender lo que ha pasado.

—Me alegra que se quedara —dijo ella con voz débil—. Sé que ingresarán a Alden en un hospital, estoy preparada para afrontarlo.

—Entonces no tienes nada de lo que preocuparte.

Alden se dio la vuelta y los miró.

—Me gusta el hospital.

Gamadge fue hacia la puerta y descorrió el pestillo. Al abrir vio a Nordhall seguido por varios agentes de uniforme que avanzaban por el pasillo. La expresión de su rostro era indescriptible.

Capítulo diecisiete

Seamos sinceros

Los ojos del teniente Nordhall eran de un tono similar a ese mármol azul que había estado de moda hacía algún tiempo y adolecían de la misma falta de calidez. Pero desde el momento en que llegó al salón de los Fenway, poco después de las seis de la tarde, mostró hacia ellos una actitud considerada e incluso compasiva. Escuchó la trágica historia de la señora Fenway y la descripción de la escena que Gamadge y el dueño de la casa se habían encontrado al llegar por la puerta del dormitorio. A ella la elogió por el valor que había demostrado al esperar en aquellas circunstancias a que llegara la policía y le aseguró que su hijo no sería tratado como un criminal, sino como un enfermo, y al fin permitió que Thurley, que permanecía indignado junto a ella, dispusiera su traslado a la cama. La enfermera había llegado tan pronto como el propio Thurley había podido enviar su coche a recogerla al hospital veterinario, pero ni ella ni el médico pudieron convencer a la señora Fenway de que se tomara un solo calmante mientras el destino de Alden no estuviera decidido.

Este, algo aturdido pero sumiso, estaba en su propia habitación bajo la vigilancia de un policía vestido de paisano. Craddock, que regresó y se enteró de lo sucedido a las seis y media, subió de inmediato y empezó a aporrear la puerta. Insistía con vehemencia en estar con su paciente y al final le permitieron verlo. Satisfecho al no encontrar esposas en las muñecas de Alden ni señales de coacción policial más allá de los intentos del agente por enseñarle las reglas de un sencillo juego de cartas, Craddock accedió por fin a contestar él también las cordiales preguntas de la policía.

Cuando se llevaron el cuerpo de la señora Grove, varios criados, pálidos y temblorosos, enrollaron la alfombra de la chimenea, retiraron los cojines de la silla de la señora Fenway y la bata de seda que Gamadge había usado como sudario y lo envolvieron todo para llevarlo a lavar.

Craddock, asistido por la policía, lidió como pudo con la prensa. Una multitud de curiosos, esta vez bastante considerable, se había congregado delante de la casa. Luego llegaron el comisario y un ayudante del fiscal del distrito, estuvieron con Blake Fenway y hablaron con Nordhall antes de volver a marcharse. A las siete y media todo volvía a estar tranquilo y el teniente, espabilado gracias a una taza de café, aprovechó para mantener una reunión con cuatro de los presentes en el salón posterior.

Blake y Caroline Fenway se sentaron juntos, cogidos de la mano, en el pequeño sofá a la derecha del hogar. Craddock, abatido, se quedó de pie al otro lado de la chimenea, con el codo sobre la repisa, la cabeza gacha y los ojos fijos en las llamas.

Gamadge se había apartado y estaba en el mirador, con los brazos apoyados en la superficie cristalina del viejo piano Steinway. Nordhall los miraba a todos desde su posición, justo en la puerta que daba a la sala de visitas.

—Quisiera repetir delante del señor Fenway lo que le he dicho antes, teniente — empezó a decir Craddock—. Todo ha sido culpa mía.

Fenway alzó la vista hacia él.

—¿Tuya, muchacho?

—Sí, señor. Le compré a Alden una pistola de juguete y le enseñé cómo se apretaba el gatillo. ¿Entiende? Si no hubiera sido por mí, no habría sabido disparar. Solo le habría quitado el arma y, aunque la estuviera imitando, si yo no se lo hubiera explicado no habría sabido qué hacer con ella. Nunca habría acertado a no ser que hubiera apretado el cañón contra su cabeza.

—¿Es necesario que escuchemos todo eso otra vez? —dijo Caroline con voz apagada.

Craddock se enderezó y le dirigió una severa mirada.

—Lo hago por él —replicó—. Ahora mismo su futuro me importa más que la sensibilidad de cualquier otra persona, señorita Fenway.

—¡Craddock! —exclamó el padre de la joven.

—Lo sé, señor. Mis modales no están siendo ejemplares, pero puede resultar esencial para Alden que la policía entienda que jamás se ha mostrado violento antes y que lo más probable es que nunca vuelva a suceder. No está en su naturaleza. ¡Vamos! Si usted o yo hubiéramos hecho lo mismo, habría gente dispuesta a concedernos una medalla, pero como tiene el cerebro de un niño a él lo van a castigar por actuar como un hombre.

Los ojos de Nordhall dejaron traslucir que admitía cierto valor en aquel argumento.

—Puede que tenga parte de razón —repuso el policía—, pero el problema reside, y permítame decir que el propio Thurley está de acuerdo conmigo, en que Alden Fenway ha demostrado que es capaz de perpetrar un acto violento, y sean o no sean justas las razones, lo considero prueba suficiente de que, de ahora en adelante, estará mejor en un sitio donde entiendan su problema. En este tipo de casos yo siempre estoy a favor del internamiento institucional. Creo que es lo mejor para el paciente y también para sus familiares. Entiendo que la señora Fenway trate de luchar contra ello, está muy unida a él, pero dudo que pueda ganar la batalla. Aunque si la familia la respalda...

—Solo mi padre.

Blake Fenway se tapó los ojos con una mano.

—Entiendo el punto de vista de Craddock —admitió.

Caroline se giró hacia él.

—Padre...

—¿Sí, cariño?

—La tía Belle no ha mencionado nada sobre la estampa de Fenbrook, ¿verdad? El señor Fenway dejó caer la mano y la miró estupefacto.

—¿La estampa de Fenbrook?

—No parece que lo hiciera la señora Grove, ¿no?

—¿Que hiciera qué?

—Arrancarla del libro.

—¿La señora Grove? ¿Por qué iba ella a llevarse la lámina?

—Al parecer no tenía ninguna razón, y el primo Mott y yo pensábamos que había sido Alden.

—¿De qué lámina están hablando, señorita Fenway? —preguntó Nordhall sin demasiado interés, solo por cortesía.

—Una estampa de la antigua casa de la familia. Alguien la arrancó de un libro que nos enviaron desde Fenbrook el jueves de la semana pasada y parece que desde ese día empezaron todos los problemas. La tía Belle dice que la señora Grove comenzó a chantajearla por entonces, ¿no?

—Sí.

—Caroline, no sabemos cuándo han podido arrancar la lámina —arguyó el señor Fenway.

—No, pero tú descubriste que no estaba el viernes por la tarde, y el primo Mott y yo estábamos seguros de que fue cosa de Alden. Pensábamos que estaba cambiando, volviéndose malicioso y destructivo. Padre, teníamos tanto miedo de Alden..., bueno, yo lo tenía, que anoche llegué a creer que fue él quien había matado al primo Mott.

—¿Qué quiere decir? —gritó Craddock, pero la mirada de Nordhall hizo que se contuviera—. No seguiré pensando eso, ¿no, señorita Fenway?

—No, pero...

Craddock la interrumpió de nuevo, pero hablando más despacio y con furia reprimida.

—Es una idea ridícula. Todos sabemos por qué ha matado Alden a la señora Grove, aunque por supuesto él no sabía que la estaba matando, ni siquiera conoce el significado de esa palabra. No es una persona mezquina. Me parece un crimen acusarlo de actuar a propósito sin tener pruebas.

Nordhall sacudió la cabeza.

—La señorita Fenway solo está diciendo que quiere que su primo se vaya porque le altera los nervios, y que lo mismo le ocurría al señor Mott Fenway. En realidad no está acusándolo de nada en concreto. ¿No tiene pruebas, señorita Fenway?

—No.

—Bien, les diré lo que vamos a hacer. Vamos a llevar al joven a un hospital para que lo pongan en observación, Thurley lo dispondrá todo para que lo ingresen esta noche. Podrá tener todas las comodidades que deseen y no lo someterán a ningún interrogatorio policial ni a ningún juicio ni nada parecido. Pero yo no contaría con que volviera a salir, no creo que eso sea una posibilidad. La cárcel tampoco es una

opción. Craddock puede acompañarlo esta noche y cuando la señora Fenway se recupere también podrá verlo siempre que quiera. Si fueran tan amables de cooperar y explicarle que...

—Yo iré con él —asintió Craddock—. No va a causarles ningún problema, ya lo verá.

—Queremos facilitarles las cosas —continuó Nordhall—. Han vivido momentos muy difíciles a causa de la enajenación de esa mujer. Supongo que era una de esas personas calladas y reprimidas que acaban por perder el control.

—No se imagina lo inconcebible que nos resulta todo esto, teniente —se lamentó Fenway—. La señora Grove no era cualquier dama de compañía a sueldo contratada a través de una agencia, era una de las amigas de juventud de mi cuñada.

—Claro. ¿Y qué hay de esa otra muchacha? La sobrina.

—Sobrina de su marido, Nordhall, una joven realmente encantadora. Debe de estar a punto de llegar, venía de camino, como le he dicho.

—No me creo que haya ninguna trampa en Fenbrook —masculló Craddock—. Ni siquiera esa mujer sería capaz de algo así.

Nordhall lo miró pensativo.

—Desde luego tendré que esperarla y hablar con ella.

—Pero no estará en condiciones... ¡Ella apreciaba a su tía!

—Craddock —lo tranquilizó el señor Fenway—, yo puedo cuidar de Hilda.

—Y yo también —añadió Caroline, y al ver la expresión en el rostro de Craddock continuó con voz calmada—: Y lo haré. Se quedará aquí con nosotros. No sé si hay una trampa en Fenbrook o no, pero ya ha estado allí sola demasiado tiempo. Me repugna pensar en ello, pensar que esa mujer haya podido siquiera imaginar una cosa así para hacerle daño. Es una muchacha excelente, teniente Nordhall, y me gustaría que no tuviera que decirle nada esta noche.

—¿Dicen que lleva tiempo fuera de aquí?

—Hace más de cinco semanas que vio a la señora Grove por última vez.

—Entonces no habrá podido advertir nada anormal, no nos será de mucha ayuda.

—La consideración del teniente Nordhall era admirable—. Puede que no necesite hablar con ella.

En ese momento sonó el timbre de la puerta principal y poco después entró un policía para anunciar que un tal sargento Bantz, que se había presentado como el ayudante del señor Henry Gamadge, quería hablar con este último.

—¿Sargento de qué? —quiso saber Nordhall.

—De Marines. ¿Podría hacerle pasar a la biblioteca? —Gamadge se levantó—. Se tratará de algún asunto de trabajo.

Blake Fenway asintió y Nordhall no puso objeciones, de modo que Gamadge salió de la habitación. El timbre de la entrada sonó de nuevo y esta vez el agente anunció la llegada de la señorita Grove.

Arline Prady, que la había acompañado al interior de la casa, se retiró con

elegancia sin esperar una invitación para quedarse. Los ocupantes del salón salieron al vestíbulo y Hilda se abrazó llorando a William Craddock. Así, apoyada en su viejo amigo, respondió a las dulces palabras de condolencia de Blake Fenway y luego Caroline la tomó a su cargo y la convenció para subir a su antigua habitación en el último piso. Ella se quedaría esa noche en la habitación de Mott y Craddock, como él mismo le explicó una docena de veces mientras las seguía, estaría solo a unos metros de distancia.

Gamadge y Harold no salieron de la biblioteca hasta que Hilda abandonó la primera planta; no querían que se sorprendiera al reconocer en Gamadge al señor Hendrix. Luego este acompañó a Harold a la salida y, cuando se dio la vuelta, Nordhall estaba a su lado. El teniente aún mostraba la misma expresión de frío desapego y serena autoridad, pero ahora había algo más en su rostro: una mirada inquisitiva y ligeramente confusa; esa mirada, de hecho, que Gamadge ya estaba acostumbrado a ver en la cara de los policías.

—Así que es usted «ese» Gamadge —afirmó.

—¿Lo soy?

—El señor Fenway acaba de decírmelo. ¿Sería tan amable de acompañarme a la biblioteca?

—Estaba esperando el momento apropiado para pedírselo yo mismo.

—Yo estaba esperando a comprobar que no se iba usted con su ayudante.

El teniente avanzó delante de Gamadge por el vestíbulo ahora desierto. Le cedió el paso en la entrada de la biblioteca, cerró la puerta tras de sí y luego se asomó al pasillo posterior por la otra. Cuando también la cerró, se giró y vio que Gamadge lo miraba con una apagada media sonrisa.

—¿Qué es lo que le hace gracia? —exclamó arqueando una ceja.

—Nada. Solo estaba comparando en mi cabeza los métodos del aficionado con los del profesional.

—Si usted es un aficionado, también lo soy yo. Sentémonos y charlemos para repasar el caso antes de cerrarlo. Estamos siendo tan cordiales y sinceros esta noche, la señorita Fenway y todos los demás, que he pensado que no le hará daño adoptar la misma actitud y mostrarse cordial y sincero conmigo.

—Por supuesto, teniente.

—Bien.

Se sentaron uno frente al otro delante de los últimos rescoldos del fuego de la chimenea. Se ofrecieron tabaco de sus respectivas cajetillas, negaron cortésmente con la cabeza y cada uno se encendió su propio cigarrillo.

—Lo que quiero decir —continuó Nordhall— es que no tiene usted fama de verse envuelto en ninguna tragedia por casualidad.

Gamadge estaba recostado en su asiento, con las piernas cruzadas, y de su cigarrillo ascendía una temblorosa espiral de humo azulado que enseguida formaba una especie de hongo gris. Parecía no prestar atención a las palabras de Nordhall, con

los ojos medio cerrados y la mirada esquiva, y murmuró algo que el teniente no pudo entender.

—Anoche —siguió este— no sabía quién era usted y tampoco que era la primera vez que estaba en esta casa o que veía a los Fenway. No sabía que había venido porque un pariente suyo había escrito al señor Blake Fenway para pedirle que lo recibiera. Ahora lo sé porque le acabo de preguntar por usted al dueño de la casa, y le he preguntado porque me he dado cuenta de que el señor Fenway no sabía por qué se encontraba usted en el lugar del crimen hace dos horas.

—Había venido a traerle unos libros.

—Un día después de la muerte de su primo usted tiene que traerle unos libros. Solo que el de Mott Fenway no fue un simple deceso, fue una muerte violenta al precipitarse desde una ventana horas más tarde de aparecer usted en su casa por primera vez. Al verlo aquí hoy he pensado que sería un amigo de la infancia de la señorita Fenway o algo así.

—¿No le ha explicado ella que me había invitado a tomar el té?

Gamadge lo miró aún con los ojos medio cerrados y esbozó una leve sonrisa.

—Sí, ha tratado de justificarlo lo mejor que ha podido, pero no ha sido capaz de aclararme cómo ha acabado usted merodeando solo en el corredor de la segunda planta ni por qué ha llegado a oír esos fragmentos de la conversación entre las dos mujeres antes de que le cerraran la puerta en las narices. Si no hubiera sido por eso, habría podido evitar la tragedia.

—O me habrían disparado a mí también. —Gamadge se incorporó un poco en su sillón y se dirigió a Nordhall ya con los ojos totalmente abiertos—. Podría inventarme cualquier historia: que he vuelto a decirle algo a alguien o a buscar algo que había olvidado, pero no tengo la menor intención de mentir. Quiero ser tan sincero con usted como me ha pedido, pero debo admitir que me gustaría haber encontrado una cosa antes.

—¿Qué cosa?

—Esa lámina de la que hablaban hace un rato, la que han arrancado del libro de vistas del señor Fenway.

—¿La que la señorita Fenway cree que ha escondido su primo Alden? Dudo que lo hiciera él.

—Yo tampoco lo creo.

—Nadie con la mentalidad de un niño mostraría interés en un lugar que nunca ha visto, puede que ni siquiera recuerde haber oído hablar de él. Y si solo estaba hojeando el libro como si fuera un cuento ilustrado, habría sido mucha coincidencia que arrancara por accidente esa página en concreto.

—Demasiada coincidencia.

Nordhall lo miró entonces con aspereza.

—La señorita Fenway parece empeñada en ingresarlo en un manicomio. ¿Qué ocurriría en ese caso con su parte de la propiedad?

—No sé cómo se administraría, pero Caroline Fenway no tendría derecho alguno sobre el dinero de su primo Alden, ni mientras este viviera ni después de su muerte. Si fallece, la heredera sería su madre.

—Nada que indagar por ese lado, pues. La señora Fenway lo tiene muy protegido, se dejaría morir de hambre por él.

—Estoy seguro de que lo haría.

—Entonces, ¿por qué quiere encontrar la lámina? ¿Y qué tiene eso que ver con su presencia en esta casa desde ayer? Lo que quiero saber es qué le ha hecho sospechar que aquí ocurría algo.

—Me pusieron sobre aviso.

—¿Mott Fenway?

—Mott Fenway no me pidió que viniera el domingo por la tarde, pero habló conmigo cuando me iba y me sugirió que volviera después de la cena a buscar la lámina desaparecida. Su teoría era la misma que la de la señorita Fenway, como ya sabe.

—¿Y por qué no mencionó anoche que lo habían matado antes de que pudiera volver a verlo?

—No tenía pruebas de que lo mataran porque fuera a dejarme entrar en secreto.

Nordhall lo atravesó con su mirada más gélida.

—Supongo que sí es un aficionado, después de todo. Si hubiera tenido a bien darme esa información entonces, habría hecho más preguntas y podría haber desmontado la coartada de la señora Grove.

—¿De veras?

—Habría interrogado a todos por separado y la señora Fenway me habría contado lo del chantaje. Ahora la señora Grove está muerta en lugar de enfrentarse a un tribunal por la muerte de Mott Fenway y Alden Fenway vivirá encerrado en un psiquiátrico privado de por vida, eso si no lo envían a Matteawan, y su madre ha estado a punto de tener que ingresar ella misma en Bloomingdale. Eso es lo que ha conseguido al husmear por su cuenta en busca de pruebas. ¿O acaso hacía otra cosa?

—Bueno, es cierto, y tengo algunas. Esperaba conseguir más si usted...

—Deje que me haga cargo del caso a mi manera, si no le importa. ¿Cuándo se pusieron en contacto con usted por primera vez y quién?

—El sábado —repuso Gamadge con suavidad—. Recibí lo que podría llamarse una carta anónima.

—Que le envió Mott Fenway, claro, a menos que Caroline Fenway hubiera tomado esa decisión sin consultárselo.

Gamadge ignoró la conclusión del teniente y continuó con su relato.

—También podría considerarse un mensaje cifrado. Los detalles ahora no importan...

—¡Ah! ¿No importan?

Nordhall había llegado a tal extremo de impasibilidad que se permitía

condescender hasta el sarcasmo.

—No, pero puedo facilitárselos todos más tarde, si le interesan. Aunque de veras creo que no le servirán de nada. Tengo razones para pensar que el remitente de la carta llevaba intentando contactar conmigo más de una semana, desde el día, en mi opinión, en que arrancaron esa lámina del libro de vistas.

»El mensaje era bastante críptico, pero parecía indicar que debía venir a investigar algo en esta casa. Me las arreglé para que me invitaran, en eso tiene razón, y lo primero que descubrí que podía considerarse extraño o fuera de lugar fue que la estampa de Fenbrook había desaparecido y que el descubrimiento de esa desaparición se había hecho el mismo día que me habían intentado enviar el primer anónimo.

Nordhall estaba ahora sentado al borde del sillón, con la boca ligeramente abierta y las manos sobre las rodillas, pero no dijo nada.

—Lo siguiente que encontré aquí —continuó Gamadge— fue un segundo mensaje, o al menos algo que podría serlo, en una papelera del salón. Parecía sugerir que hiciera una visita a Fenbrook, de modo que fui allí con mi ayudante ayer por la tarde. Conocí a Hilda Grove y decidí apostar a Bantz en los alrededores. Cuando regresé, Mott Fenway había muerto, pero encontré un tercer mensaje que interpreté lo mejor que pude. Creí que significaba que tenía que sacar algo o a alguien de Fenbrook.

Nordhall no pudo contenerse más.

—¿Qué decía?

—Ni una palabra. Era un horario de trenes, de Rockcliffe, con una flecha sin dirección. Quiero decir que parecía apuntar a ninguna parte, hacia el borde del papel, como alejándose de Rockcliffe.

Nordhall volvió a echarse hacia atrás, despacio, con los ojos fijos en Gamadge y deslizando las manos por sus pantalones azules de raya diplomática.

—Como mi ayudante coincidía conmigo en estas conclusiones —siguió Gamadge—, se llevó a la señorita Hilda Grove fuera de Fenbrook durante unas horas. La invitó, como pretexto, a divertirse un rato tirándose en trineo por la nieve, y cuando ha estado aquí hace un momento me ha asegurado que la experiencia no ha sido el menor de los muchos peligros a los que ha sobrevivido durante el último año.

»Siguiendo mis instrucciones, más tarde ha registrado Fenbrook en busca de alguna amenaza o trampa escondida.

—¿Usted sabía lo de la trampa?

—Me había imaginado algo de ese tipo —admitió Gamadge con modestia.

—Ya es más de lo que he hecho yo. No creo que haya ninguna trampa en esa casa. Supongo que Bantz no habrá encontrado nada, ¿no?

—Pues sí, algo ha encontrado: el hueco de un montacargas en desuso reconvertido en una serie de armarios con la simple adición de varias tablas de madera a modo de suelos desmontables. Bantz descubrió que estas bases no estaban en su sitio. En el falso armario del ático halló además la bolsa de costura de la señora

Grove, colgada en un gancho al fondo del todo y fuera del alcance de la mano, de modo que para cogerla era preciso dar un paso dentro. Si no fuera el más suspicaz y cauto de los seres humanos, el sargento habría entrado a por ella y ahora yacería muerto en el suelo de cemento de la desierta cocina del sótano.

Los ojos azul claro de Nordhall parecían querer salirse de sus órbitas.

—¿Cualquiera podía haber entrado en ese armario?

—No, estaba cerrado con llave. Pero Bantz la encontró y Hilda Grove la habría localizado sin dificultad si alguien le hubiera dado instrucciones por teléfono. Debo añadir que Bantz y yo habíamos decidido centrar nuestra atención en ese ático porque la señorita Grove había oído ruidos que provenían de allí la noche del día 21. Ese — subrayó Gamadge con mirada benevolente— fue el día en que el libro de vistas llegó a esta casa y, si estoy en lo cierto, cuando enviaron el primer anónimo con la esperanza de que me llegara.

—¡Esa mujer subió allí en mitad de la noche!

—Puede que no sepa usted la dificultad que entraña el camino desde la estación de Rockliffe hasta Fenbrook. Harold y yo lo subimos ayer.

—Dicen que los locos son capaces de hacer cosas que no podrían si estuvieran sanos, y ahora lo creo. La señora Fenway tiene razón, esa mujer ha perdido la cabeza a causa de la guerra y de sus problemas... No estoy tan seguro de lamentar que haya muerto.

—Muy compasivo por su parte.

De repente Nordhall se puso en pie.

—¿Bantz ha vuelto a poner los suelos o ha cambiado algo de sitio?

—Por supuesto que no, lo ha dejado todo como estaba, aunque ha vuelto a cerrar con llave la puerta del armario, claro.

—Alguno de los agentes locales a los que he enviado allí podría romperla y caer dentro. ¿Dónde está el teléfono?

Pero el teniente sabía bien dónde estaba, solo lo habían traicionado los nervios del momento. Se dirigió a grandes zancadas a la puerta del corredor de servicio y enseguida se detuvo.

—Nadie contestó cuando Fenway trató de llamar esta tarde. Las líneas deben de estar rotas.

—Creo que ahora podrá contactar con Fenbrook.

Entonces, tras lanzar una severa mirada a su colega, Nordhall desapareció. Unos minutos después estaba de vuelta, hundido en su sillón.

—Estaban buscando bombas de relojería en el sótano —musitó.

—Harold también se había hecho a la idea de encontrar alguna máquina infernal. Ahora que no tenemos que pensar en eso, Nordhall, ¿no cree que deberíamos echar un vistazo a ver si encontramos la lámina desaparecida de Fenbrook?

—¿Pero qué diantres tiene que ver eso con el caso? Será solo una coincidencia — replicó el teniente un poco irritado—. Ya sé que piensa que esa lámina es el origen de

todo el asunto pero, si es así, la señora Fenway no lo sabe, no ha dicho ni una palabra al respecto. Y ahora no importa mucho si Alden Fenway la arrancó o no.

—Él no la arrancó.

—Entonces, ¿a qué viene tanta prisa?

—Será mejor que le enseñe el libro. —Gamadge cruzó la estancia, sacó el cuarto encuadernado en terciopelo verde del cofre taraceado y regresó para dejarlo abierto sobre el ancho brazo del sillón de Nordhall—. Aquí estaba la vista de Fenbrook.

Capítulo dieciocho

La lámina desaparecida

—La han arrancado con cuidado —observó Nordhall—, pero aun así es una terrible mutilación. ¿Quién era este Julian Fenway que escribió la reseña? ¿El abuelo? Entiendo que la familia no quisiera perder la estampa de su antiguo hogar.

—Si busca las láminas de Delabar King y del coronel Ash, verá que tienen algunas marcas, al igual que sus telas protectoras. No se distinguen demasiado bien sin una lupa —añadió Gamadge—, tiene una en el escritorio del señor Fenway. Mientras usted llamaba por teléfono he podido comprobar que esta biblioteca está muy bien equipada. Sin embargo, puede que esté dispuesto a confiar en mi palabra si le digo que las marcas de una de esas láminas corresponden a parte de la firma de Cort Fenway.

—¿Cort Fenway? ¿El hermano que murió hace veinte años, el marido de la señora Fenway?

—Sí. Creo que dejó esas marcas en el libro poco antes de su muerte, al usarlo como apoyo para escribir. Mi teoría es que en la lámina desaparecida habrá más trazas, y más evidentes, de alguna de sus cartas.

—Ahora lo entiendo. —La expresión de Nordhall había cambiado—. ¿Chantaje? Pero a la señora Fenway no la estaban extorsionando con esa lámina, o al menos no ha dicho nada sobre ello.

—No es el caso.

El teniente volvió a mirar a su colega con ojos severos e inquisidores.

—Parece que sabe usted mucho de todo esto. ¿Acaso la señora Grove iba a chantajear a Fenway?

—Sabría más si encontráramos la lámina.

—¿En una casa de este tamaño? —preguntó Nordhall con voz lastimera—. Incluso dos hombres bien entrenados tardarían una semana en registrarla. Podría estar enrollada dentro de una tubería u oculta entre las páginas de cualquiera de estos cientos de libros —arguyó dejando vagar la mirada por las altas estanterías.

—No creo que la hayan doblado ni enrollado. Quien la escondiera querría conservar las marcas lo mejor posible, no se habría expuesto a estropearlas o a que quedaran difuminadas por el roce o los pliegues. Y si no la han doblado, no puede estar en ningún libro de menor tamaño que un cuarto, lo cual elimina más de la mitad de los volúmenes de esta biblioteca.

—¿Y si la han puesto debajo de la moqueta?

—No la dejarían donde no pudieran recuperarla con facilidad. No lo entiende,

Nordhall, la han escondido para que nadie pueda encontrarla ni con el más exhaustivo de los registros. Ya la han buscado: Fenway lleva intentándolo desde el 22 de enero y estoy seguro de que Mott Fenway y la propia Caroline también lo han hecho, por no mencionar a otros.

—Podría estar enterrada en el jardín en un estuche impermeable o guardada en una caja de seguridad.

—Dudo que haya salido de esta habitación.

—¿De veras?

—Sí, luego le explicaré por qué.

Nordhall volvió a levantar la vista hacia las estanterías que tenía enfrente.

—Quizá la hayan ocultado en el fondo de alguna estantería, detrás de los libros.

—Podría encontrarla cualquiera subiéndose a esa escalerilla y quitando dos o tres volúmenes de cada balda.

—No sería tan fácil si estuviera detrás de alguno de esos libros tan grandes, y aquí hay muchos.

—No es por llevarle la contraria, pero sí se vería. Es un papel muy grueso y rígido, se notaría enseguida.

—Y supongo que tampoco estará en la parte de arriba de los estantes, ni de ese armario.

—Los criados limpian el polvo de la superficie de los muebles.

Nordhall se echó hacia atrás en su asiento.

—Pues usted dirá.

—Esto es lo que creo que sucedió en esta biblioteca a última hora de la tarde del jueves 21 de enero, puede que a la mañana siguiente, pero tengo la impresión de que fue el jueves por la tarde. Los libros llegaron, el señor Fenway deshizo el paquete y los dejó a la vista en esa mesa grande del mirador que tiene a su derecha, pero no tuvo tiempo de comprobar el envío. La señora Grove pasó por aquí y se interesó por el lote que su sobrina acababa de mandar, en particular por el conjunto de volúmenes de *Vistas del Hudson*, seguramente porque Fenway los habría mencionado. Cuando estaban en Fenbrook nunca le habían llamado la atención; después de todo no era una Fenway, ni siquiera la señora Fenway lo es de nacimiento, y puede que nunca hubiera oído hablar del viejo Fenbrook hasta ese momento.

»Entonces buscó la lámina, la encontró y se dio cuenta de que tenía algunas marcas, que consiguió descifrar con la ayuda de esa lupa de la que le he hablado antes. No voy a tratar de describir cómo se sintió al hacerlo, pues hasta que no podamos verlo nosotros mismos no seremos capaces de imaginar lo que pudo provocar en ella. Pero cuando se recuperó de la impresión, debió de buscar ansiosa otras marcas en el resto del libro. Por supuesto, se había dado cuenta de lo que había pasado y de lo que Cort Fenway había hecho sin ser consciente de ello. Las otras marcas eran inocuas, no le preocupaban, pero estas sí y, como el libro no era fácil de esconder, arrancó la lámina y su tela protectora.

»¿Qué podía hacer con ellas? Imagino que miraría a su alrededor y pensaría que si pudiera encontrar un sitio donde ocultarlas en la propia biblioteca, no tendría que correr el riesgo de subir con ellas al piso de arriba y no dejaría ninguna pista de su paradero. Y también se dio cuenta de más cosas: de que en una biblioteca hay otros útiles que en un momento dado pueden ser tan prácticos como una lupa y de que los criados no limpian el polvo debajo de los muebles.

—¿Ah, no? —Nordhall movió las piernas, inquieto—. Pero sí levantan las sillas y las mesas. —Entonces miró al chifonier que tenía enfrente y luego otra vez a Gamadge—. ¿No se referirá a...?

Gamadge esbozó una sonrisa al tiempo que negaba con la cabeza.

—Ya lo he intentado.

—Usted pensaba que la lámina estaría pegada en...

—La señora Grove querría conservarla con el máximo cuidado, Nordhall, y en el escritorio hay engrudo y sobres grandes de papel manila.

—¡La ha encontrado!

—No, quería esperar a estar con usted. ¿Qué hay en esta habitación que se pueda levantar pero no dar la vuelta y donde no quepan las manos por debajo?

Nordhall miró a su alrededor y acto seguido se levantó y siguió a Gamadge hasta la mesa *bouffe*.

—Écheme una mano —le pidió este deslizando los dedos bajo un lateral del cofre taraceado—. Esto pesa mucho, es de bronce y marfil. No creo que los criados tengan permiso para arrastrarlo de un lado a otro aquí encima y, si alguien le diera la vuelta, la tapa se caería. Apenas quedan un par de centímetros entre el cofre y la mesa y, si alguna vez se mueve, que lo dudo... —Para entonces ya habían levantado el cofre y había quedado al descubierto una gruesa capa de polvo—, tendría que levantarse como lo estamos haciendo nosotros ahora.

Entre los dos trasladaron el cofre y lo apoyaron en el borde de una mesa más estable, donde Gamadge consiguió sujetarlo en vilo mientras Nordhall se agachaba para mirar debajo. Entonces el teniente dejó escapar una exclamación y tiró de algo que había pegado en la base. Cuando se levantó tenía en la mano un gran sobre de papel manila con varias manchas de adhesivo seco.

—Impecable —apreció Gamadge—. Solo tuvo que deslizar los dedos bajo el cofre lo suficiente para apretar el sobre contra el bronce hasta que se pegara. Muy hábil. Era una mujer muy inteligente.

Nordhall lo observó sorprendido.

—¿Por qué ha pensado que estaría ahí?

—Bueno, no parecía haber razones para pensar que estuviera en ningún otro lugar. Echemos un vistazo al viejo Fenbrook.

El policía sacó del sobre una estampa, una ilustración coloreada con toda delicadeza que representaba una casa blanca rodeada de árboles sobre una colina. La fina tela protectora salió tras ella y cayó meciéndose como una pluma, pero Gamadge

la cogió antes de que llegara al suelo. Se la tendió a Nordhall y este la dejó a un lado junto con la lámina y lo ayudó a devolver el cofre taraceado a su lugar.

Luego encendió una lamparita de mesa, cogió la lupa del escritorio y puso las dos hojas una al lado de la otra. Gamadge lo observaba mientras el policía estaba allí de pie, inclinado sobre las nuevas pruebas, examinándolas.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó de pronto el teniente en voz alta.

Gamadge no dijo nada y siguió esperando, con las manos metidas en los bolsillos.

Nordhall volvió a comprobar la lámina y la comparó con la tela protectora. Cuando al fin se enderezó, todo su cuerpo estaba en tensión y su rostro contraído. Le tendió la lupa a Gamadge y esperó. Este se inclinó a su vez para estudiar las marcas y, al levantarse, el teniente se dirigió a él con cierta acritud.

—Usted se lo esperaba.

—Algo parecido.

—Fue esa pobre mujer quien le envió los mensajes anónimos.

—Sí, le contaré toda la historia después.

—Vigile esto —le ordenó Nordhall señalando hacia la lámina con un enérgico gesto, y luego se precipitó hacia el otro extremo de la estancia. Abrió la puerta y desapareció en el vestíbulo sin molestarse en cerrarla de nuevo. Se oía el retumbar de sus pasos al subir las escaleras.

Gamadge se quedó escuchando en actitud de alerta. Primero le llegó el rumor de varias voces, luego el eco atropellado de una repentina carrera y un grito que parecía una voz de alarma. A este respondió el seco y amortiguado sonido de un disparo. Gamadge se apoyó entonces en el borde de la mesa; estaba sonriendo.

Casi de inmediato Blake Fenway apareció en la puerta de la biblioteca.

—Hay un policía armado al pie de la escalera que me prohíbe subir a la segunda planta. No quiere decirme a quién han disparado ni qué ha sucedido. ¿Usted entiende algo?

La expresión de su rostro había cambiado, ahora le recordaba a la del retrato que presidía la chimenea, incluso en la severidad de la mirada y el rictus de los labios.

—Creo saber lo que ha ocurrido arriba, señor Fenway, y qué lo ha motivado. —Y apuntando a la vista de Fenbrook añadió—: He encontrado su lámina.

—¿Mi lámina? —Fenway parecía no entender de qué le hablaba. Luego, viéndola sobre la mesa, preguntó con repentina perplejidad—: ¿Qué tiene que ver la lámina con todo esto?

—¿Le importaría echarle un vistazo, señor?

Fenway cruzó con pasos lentos la habitación para observar la estampa.

—Tiene unas marcas —dijo casi con indiferencia.

—Son un calco de la escritura de su hermano.

—¿De mi hermano? ¿Qué quiere decir?

—El señor Cort Fenway se apoyó sobre ella para escribir una carta; el papel era muy fino y los trazos del lápiz se quedaron marcados. Puede leerlo con esto.

Le ofreció la lupa, pero este la rechazó con un gesto.

—¿Usted lo ha leído? —le preguntó.

—Sí, y Nordhall también.

—Entonces dígame lo que pone.

—¿No prefiere verlo usted mismo primero?

—¿Para qué? Ya no es un documento privado.

—En realidad no es ni siquiera un documento, señor, en el sentido estricto del término. Es un duplicado de un documento, grabado de manera indeleble en estas dos hojas de papel y con la firma de su hermano. Hay otras marcas parecidas a lo largo del libro de vistas, en las que también se distingue su nombre, pero son muy fragmentarias. Esto es una carta casi entera.

—Si, como parece estar sugiriendo, en ella se afirma algo contra el honor de mi hermano, le aseguro que es una falsificación.

Gamadge lo miró sorprendido.

—¿Contra su honor? Más bien lo enaltece. De hecho corrobora todo aquello que he oído o he llegado a deducir sobre la personalidad de su hermano. Se la leeré, señor Fenway, pero solo si toma asiento mientras me escucha.

Fenway se acercó a la chimenea y se dejó caer sobre un sillón. Gamadge, sin poder verle la cara, empezó a leer:

Mi amada Belle:

Puesto que me dices que nuestro querido Alden no logrará sobrevivir, desde luego que debemos adoptar a tu pequeño. Me alegra pensar que te sentirás algo reconfortada al tener aún contigo a uno de tus hijos y también saber que ahora está tan cerca de ti.

Sabes lo mucho que me impresionó la última vez que lo vi, por su inteligencia, su fortaleza y su buena presencia. Me hará muy feliz considerarlo uno más de la familia. Podemos organizar la adopción sin el menor riesgo para ti, parecerá bastante natural en nuestras circunstancias que queramos hacerlo.

Tal y como me pediste, no he dicho nada sobre el crítico estado de Alden y no lo haré hasta que tú lo decidas. Entiendo que ahora no estés preparada para compartir tu pena más que conmigo.

Muy pronto estaremos juntos.

Cort

Un profundo silencio invadió la biblioteca. Cuando al fin Gamadge se decidió a levantar la vista, Fenway había girado la cabeza y estaba mirándolo.

—¿Eso significa... —titubeó una voz que no parecía la suya— que el hombre que está ahí arriba...?

—No tiene ningún parentesco con usted, señor.

—Entonces no... Si no es Alden, no está incapacitado.

—Así es.

—Belle nos ha engañado todos estos años. —Y después de una pausa añadió—: Y su hijo lleva toda la vida fingiendo.

—Me atrevería a decir que nunca tuvo la necesidad de interpretar ese papel hasta que emprendieron el viaje de regreso a Estados Unidos, cuando él y su madre se encontraron con la señora Grove. Supongo que todo lo que les contaba sobre los especialistas y los sanatorios en Europa era pura invención, ahora es imposible comprobarlo. Y aquí nunca se ha sometido al examen de ningún especialista, ¿verdad? Utilizaban a Thurley como escudo, él nunca ha dudado en absoluto de su estado. ¿Por qué habría de hacerlo? Por eso seguían en su casa, señor, para evitar los exámenes médicos y las pruebas de reclutamiento. Thurley era su seguro en ese sentido.

—Caroline le tenía miedo.

—Debió sorprenderlo con la guardia baja un par de veces y, aunque no fuera consciente de ello, en el fondo sabía que no le pasaba nada.

—¡Dios santo! ¿Por qué han hecho algo así?

Gamadge, observando de nuevo la vista de Fenbrook, le hizo a su vez otra pregunta.

—¿Qué estaba dispuesto respecto a su parte de la propiedad si su hermano moría sin hijos?

Fenway se giró en el sillón para mirarlo y Gamadge fue a sentarse frente a él.

—Volvería al conjunto de la herencia —le explicó—, y con el tiempo pasaría a manos de Caroline.

—Eso pensaba, por lo poco que he oído sobre el asunto. Señor Fenway, creo que Alden murió antes que su hermano.

—¿Qué?

—Cuando su hermano falleció aquí, la señora Fenway llevaba un tiempo sola con su hijo en el extranjero.

—Vivían en una casa de campo bastante apartada y el servicio no dormía allí. A Cort le preocupaba, pero Belle prefería estar sola de noche. No tenía miedo a nada...

—¿La avisó usted por cable cuando su hermano enfermó?

—De inmediato.

—Fue entonces cuando empezó a planearlo, vio la manera de quedarse con la fortuna de su familia para ella y para su propio hijo. No será mucho mayor de lo que sería Alden si siguiera con vida, quizá dos o tres años. ¿Nunca hubo rumores ni se vio envuelta en ningún escándalo?

—No, de ser así mis padres jamás habrían consentido ese matrimonio. Quiero decir —aclaró— que no lo habrían financiado. Ella era una muchacha alegre y despreocupada pero su madre habría encubierto cualquier cosa. La envió a Europa a pesar de la guerra. Cort estaba allí, por supuesto, casi desde el principio, como

voluntario en Francia primero y luego con nuestro ejército. Él estaría dispuesto a ayudarla, era su forma de ser. Sí, ese romántico matrimonio sería un seguro para ella y mi hermano habría aceptado a su hijo sin dudar.

—Hay que reconocer sus virtudes —dijo Gamadge—. Si su hermano la amaba a ella, ella adoraba a su hijo... con fervor.

—¿Y eso es virtud? —El tono de Fenway era cáustico—. ¿Qué clase de criatura puede ser ese hombre? ¿Cómo ha podido mantener un engaño así día y noche? No sé cómo no se ha vuelto loco.

—Creo que de noche se liberaba para hacer su propia vida, señor Fenway, que salía a menudo de esta casa y que cuando su hija trajo al perro él lo mató para que no ladrara cada vez que iba y venía.

—¡Monstruoso!

—Cuando ya no hubiera peligro de que lo llamaran a filas, él y su madre se irían de aquí y él se quitaría la máscara. Habrían encontrado la forma de que pudiera seguir percibiendo su renta sin problemas tras la muerte de su cuñada. No se olvide de la herencia, señor Fenway, para ellos lo era todo, el motivo por el que se han arriesgado tanto.

De pronto Fenway levantó la mirada.

—La señora Grove...

—Con la intervención de la señora Grove el engaño ha derivado en tragedia. El jueves 21 por la tarde vino a la biblioteca, quería ver los libros del último lote que había enviado su sobrina desde Fenbrook. La pobre mujer estaba muy interesada en el libro de vistas, como en todo lo que tuviera que ver con usted y con su familia. Encontró la estampa del viejo Fenbrook, de la que sin duda le habría oído hablar, y descubrió las marcas. Cuando las descifró, fue directamente a hablar con la señora Fenway. Le insistió para que confesara, pero eso significaría renunciar a todo por lo que su hijo y ella se habían arriesgado tanto: la mitad de la fortuna de los Fenway. En ese momento actuó sin pensar, no imaginaba que la vieja amiga sobre la cual una vez tuvo tanta influencia y el joven que durante mucho tiempo había considerado incapaz pudieran cometer un asesinato. Se enfrentó a dos tigres.

»Desde entonces han estado buscando la lámina y a ella la tenían prisionera como a una condenada a muerte. Y de hecho lo estaba, solo habría podido escapar con vida si hubiera confiado plenamente en mí. Pero no lo hizo, ¿sabe por qué? —Fenway negó con la cabeza—. ¡Soberbia locura! No quería revelar un secreto relativo a su familia a nadie salvo a usted; su devoción hacia los Fenway le ha costado la vida. Pero hace un momento me he equivocado en una cosa: sí podría haberse salvado esta tarde, solo tenía que esperar hasta que usted llegara al salón para descubrirlos. Lo que no sabía era que esos dos tenían un plan de emergencia. En cuanto se dieron cuenta de que iba a hablar, la mataron, y luego ese tipo disparó a su madre en el brazo para montar su coartada. Estoy seguro de que lo habían ensayado.

Después de un silencio, Fenway empezó a hablar en tono pausado.

—Era una mujer agradable. A Caroline no le gustaba, pero a mí siempre me lo ha parecido.

—Su lealtad hacia usted era absoluta y sentía un gran afecto por su sobrina Hilda. De lo contrario no habrían podido callarla con la amenaza de una trampa en Fenbrook.

—¿De verdad hay una trampa?

—Sí, y no solo estaba pensada para asustarla. La habrían utilizado como prueba para inculparla después de haberla matado. Fue el miedo a esa trampa lo que la llevó a ponerse en contacto conmigo, sin duda.

—¿Se puso en contacto con usted?

—Con un trozo de papel que tiró por la ventana. El mensaje era muy ambiguo, no podía ser de otra manera. Imagine la posición en la que se encontraba, acorralada por esas dos temerarias criaturas ¡durante casi dos semanas! Pero ellos no conseguían doblegarla y ella no podía hacer ningún movimiento hasta que yo le dijera de algún modo que había entendido sus instrucciones y había sacado a Hilda de Fenbrook. Entonces actuó, medio minuto antes de tiempo, y ellos a su vez pusieron en marcha el plan que habían ideado por si las cosas llegaban a ese punto. No podían hacer otra cosa, tenían que renunciar a la lámina con la esperanza de que, si ellos no habían podido encontrarla, nadie lo haría.

—¿Tendrían intención de matarla incluso si ella se la entregaba?

—Estoy convencido. No dudaron en matar al señor Mott Fenway.

—¡Ellos mataron a Mott!

—Porque él me había pedido que viniera a buscar la lámina desaparecida. Su primo estaba en su contra y ellos temían que los descubriera. —Fenway apretó los puños y Gamadge continuó—: Su casa ha estado sitiada por un hombre con las facultades intactas, inteligente y despiadado, y una mujer que habría dado su vida por él. La señora Grove se interpuso y se mantuvo firme como una roca entre ellos y el éxito final del fraude más cínico y cruel que he visto en mi vida. Al final ha logrado su objetivo y no creo que hubiera lamentado el coste que ha supuesto para ella. Yo he intentado ayudarla a cumplir ese propósito lo mejor que he podido, y no he buscado la lámina ni invadido la privacidad de la familia Fenway —añadió con una leve sonrisa— hasta ahora que ella ya no podía poner la conspiración al descubierto. Solo lamento que no me dejara salvarle la vida.

—¡Ojalá lo hubiera hecho!

—Debe de haber algo que inspira devoción hacia ustedes los Fenway, señor.

—¿Tendría que habernos advertido de que algo extraño sucedía!

—No podía hacerlo por dos razones: no sabía cuál podía ser el coste para mi cliente, sus instrucciones eran muy vagas como le he dicho, y no tenía pruebas.

—¿Ninguna?

—¿Contra su cuñada y su hijo? No. La prueba —añadió Gamadge señalando la vista de Fenbrook— está aquí. Esto es lo único que tenía la señora Grove y Nordhall

y yo no lo hemos visto hasta hace veinte minutos.

—Nordhall... —Fenway se levantó—. ¿Dónde está? ¿Qué ha hecho?

—Creo que no tendrá usted que pasar por el trance de ver a la viuda de su hermano detenida y juzgada, señor Fenway. Supongo que nadie pensó en registrarla en busca de un arma.

—¿Qué quiere decir?

—El disparo que hemos oído antes ha sonado igual que los de esta tarde, como si viniera de una de esas pequeñas pistolas automáticas. Imagino que su cuñada tendría un par de ellas y que, cuando su hijo ha gritado que lo habían descubierto, ha descargado la que le quedaba sobre sí misma. ¿Cree usted que esa mujer querría seguir viviendo si su hijo no puede hacerlo?

Capítulo diecinueve

El señor Bargrave

Nordhall entró en silencio en la biblioteca. Había recuperado la calma y su actitud era la de quien tiene que comunicar algo importante.

—No sé si creerá que es una buena o una mala noticia, señor Fenway. Quizá ni siquiera sea ya una noticia como tal, puede que el señor Gamadge haya imaginado lo ocurrido y se lo haya dicho.

Fenway respondió con gélida cortesía. Estaba aturdido, como en una pesadilla.

—¿Que mi cuñada ha muerto?

—Así es. En cuanto le he dicho a ese tipo que habíamos encontrado la copia de una carta en la lámina, ha abierto de un empujón la puerta de su dormitorio y se ha puesto a gritar que todo había acabado. Es probable que la señora Fenway llevara la otra pistola en un bolsillo desde el principio. Estaba tendida sobre la cama, no había dejado que la enfermera la desvistiese ni que le administrara un calmante; estaba esperando hasta asegurarse de que todo iba bien, de que se habían librado del cargo de asesinato. Sacó el arma y se disparó.

Momentos después Fenway habló de nuevo, ahora en voz un poco más alta.

—¿Dónde está Caroline?

—Está bien. Se ha quedado en el último piso con la señorita Grove, no las hemos dejado bajar. Craddock ha venido corriendo y ha saltado la barandilla, pero ha frenado en seco al ver a ese tipo, al impostor, ¡se lo aseguro! Habrá sido una gran conmoción para él, pero ahora tiene que pensar en la señorita Grove; ha vuelto a subir con ella. Una jovencita muy agradable —añadió el teniente con un ojo puesto en el rostro inexpresivo de Fenway—. Hacen buena pareja. Craddock dice que a partir de ahora estarán juntos aunque se mueran de hambre, hasta que a él lo llamen a filas, claro. Y la muchacha parece estar de acuerdo.

Aquel comentario pareció devolver a Fenway al mundo de los vivos.

—¿Morirse de hambre? —repitió con un ligero movimiento de cabeza—. Craddock debe de estar desvariando. No van a morirse de hambre, yo acogeré a Hilda bajo mi responsabilidad hasta que él pueda hacerse cargo de ella.

Nordhall, satisfecho con su estrategia, cambió de tema.

—Me alegro de no haberle dicho nada sobre las sospechas de chantaje que habían recaído sobre su tía y todo lo demás. Una situación impredecible, ¿verdad? Cuando he visto las marcas en esa lámina y he leído la carta, todo este asunto ha empezado a darme vueltas en la cabeza como una de esas cosas que solíamos tener en los salones, ¿cómo se llamaban? Un caleidoscopio. Las historias se confundían en mi mente. Le

diré algo, señor Fenway, al final todo se ha resuelto mejor de lo que ahora mismo le pueda parecer. Sé que es difícil de asumir, pero al menos no tendrá que ver a la viuda de su hermano en un tribunal, condenada por fraude y conspiración y probablemente por complicidad en un asesinato. Claro que ese tipo podría haber jurado que todo había sido idea suya, que coaccionó a su madre con amenazas.

Gamadge se encogió de hombros.

—Ella no se lo habría permitido.

—La cuestión es —continuó Nordhall— que ahora mismo está dispuesto a confesarlo todo. Quiere hablar con usted, señor Fenway.

Fenway alzó la vista hacia el policía, perplejo.

—¿Ahora?

—Sé cómo se siente, señor. Ese hombre es el último ser de la tierra al que quiere ver. Y será inquietante, no va a reconocerlo. Hasta Craddock se ha quedado paralizado durante un momento. Pero usted está preparado y, para serle sincero, nos haría un gran favor. Puede que no quiera volver a hablar. Es el tipo de hombre que termina todo lo que empieza, pero ahora mismo está impaciente por contárselo todo. Será una declaración voluntaria, con usted y el señor Gamadge como testigos, le aclarará muchas cosas que seguro desea saber y podemos aprovechar que está aquí el taquígrafo.

Después de un largo silencio, Fenway se echó hacia atrás en su sillón y desvió la mirada.

—Hablaré con él —musitó.

—Muchas gracias. En personas como usted sí se puede confiar, señor Fenway, no hay duda.

Nordhall se giró hacia la puerta e hizo un gesto con la cabeza. Un agente de uniforme desapareció de su vista y regresó al poco tiempo.

Detrás de él entraron otros dos hombres que caminaban muy cerca uno junto al otro y que a primera vista eran para Gamadge dos perfectos extraños. Pero solo uno de ellos, el policía de paisano, le era en realidad desconocido; el otro, un tipo alto, de espaldas anchas, buena planta y aire de suficiencia, era el hijo mayor de la viuda de Cort Fenway, que se había desprendido de su máscara.

—Muchas gracias por recibirme, señor —le espetó a Fenway en un tono algo inconexo pero formal. Su voz también era la de un extraño—. Puedo imaginar el esfuerzo que supone para usted, pero sé que entenderá mi postura. Solo quiero honrar el nombre de mi madre.

Fenway se giró despacio en su asiento y se quedó mirándolo con una especie de perpleja incredulidad, como si estuviera viendo un monstruo fantástico convertido en un ser de carne y hueso. Gamadge, que estaba observando con sumo interés a aquel gigante rubio, tuvo la rara impresión de que, al recobrar su propia personalidad, el impostor había perdido la buena educación. Antes parecía mucho más un Fenway. Ahora que se había quitado el disfraz, se mostraba como ese tipo de hombres que

solían verse fanfarroneando en las casas de juego y en las carreras en Europa, groseros, taimados y arrogantes.

El falso Alden apartó la vista del rostro sombrío de Fenway y se dirigió a Gamadge con una media sonrisa.

—¿Cómo se las apañó para pedirle ayuda? —le preguntó con curiosidad.

El agente de paisano dio un pequeño tirón de muñeca y dejó al descubierto las esposas que lo unían al impostor. El prisionero se miró la mano encadenada y la escondió en un bolsillo.

—Está bien —claudicó—. Supongo que ni siquiera podré preguntar dónde estaba esa maldita lámina.

Gamadge miró a su derecha y el otro siguió el movimiento de su cabeza como un rayo.

—Pegada debajo del cofre —le reveló.

—Llevo buscándola una semana y media, cada noche desde el jueves anterior al pasado cuando esa mujer vino y nos dijo... pero ya está. Aun así, teniendo en cuenta lo mucho que dependía de ello, debería haberla encontrado. Demasiados nervios, quizá, con la casa llena de gente por todas partes. En fin. —Luego hizo una pausa, se recompuso y volvió a mirar de frente a Blake Fenway—. Lo primero que quisiera decir es que no debería extrañarle mi actitud, no es frivolidad. Mi madre me educó para ver todo esto como un juego y sabía lo que pasaría si perdiáramos. Estaba preparado para este momento y me alegro de que ella no tenga que vivirlo. Ahora bien, la única razón de nuestra derrota ha sido la llegada de la guerra; además, mi madre se lesionó en ese maldito barco y hubo que buscar a alguien que cuidara de ella. Teníamos que venir aquí y yo debía hacerme pasar por Alden Fenway para evitar las pruebas de reclutamiento.

»Mi papel no era tan difícil como cree, me entrené desde muy pequeño. Buscamos algunos casos en los grandes sanatorios de Europa y mi madre hizo muchas preguntas. Luego practicábamos en los hoteles y la verdad es que no era para tanto. Aquí solo tenía que mantener las apariencias unas horas: desayunar tarde y retirarme a dormir temprano, y después podía hacer mi vida y divertirme un poco.

Gamadge, con gesto de cansancio y apoyado en un extremo de la repisa de la chimenea, miró por encima de la figura aún más cansada de su anfitrión e interrumpió la explicación del reo.

—Supongo que para eso se vio en la triste necesidad de matar al perro de la señorita Fenway.

Los vivos ojos azules del impostor se nublaron.

—Hubiera preferido que no sacara ese tema. Sentí mucho tener que hacerlo. Además era peligroso, pero me las arreglé.

—Mott Fenway pensaba que había sido Craddock.

—El señor Mott Fenway tenía demasiadas ideas brillantes —ironizó aquel tipo—. En cualquier caso, he llevado una vida casi tan buena como la que mi madre y yo

teníamos en Europa. Allí viajábamos, ninguno se metía en la vida del otro y cada uno disfrutaba de sus propios divertimentos. ¡Era una mujer increíble! Para ella era muy difícil estar aquí encerrada, pero no le importaba, solo se preocupaba por mí. No se atrevía a alejarse de la familia, claro, por temor a que me sometieran a alguna de esas pruebas modernas para medir el coeficiente mental, como ya he dicho. Ninguno de los dos conocíamos los métodos científicos actuales y no hará falta que le diga que no consultamos con ningún especialista en Europa.

—Ni siquiera con Fagon en París —comentó Gamadge.

Ante la risotada del otro, Fenway lo miró y luego cerró los ojos y dejó caer la cabeza sobre los cojines de su asiento.

—¿Fagon? Pobre desgraciado. Esperábamos que todos sus registros y sus historias clínicas se hubieran perdido, pero tuvimos que arriesgarnos. Nos iba bastante bien, aunque Caroline y Mott se estaban hartando de nosotros y su primo no hacía más que vigilarme. Y entonces apareció ese condenado libro y el jueves por la tarde la señora Grove subió corriendo a soltar la bomba: había encontrado el calco de una carta en una de las páginas, sobre la lámina del viejo Fenbrook. Dijo que tenía la firma de Cort Fenway, que iba dirigida a mi madre y que demostraba que yo no era Alden. Nos acusó de robar a los Fenway la mitad de su dinero y amenazó con contárselo a menos que mi madre confesara. Montó un escándalo por nada, ¿qué daño habíamos hecho? Los Fenway ni querían ni necesitaban ese dinero y a Cort Fenway le habría parecido bien que lo tuviera yo. Me tenía afecto, iba a adoptarme. Pero esa estúpida y obstinada mujer, que no aprendió nada de la vida ni fue capaz de ampliar sus miras una vez salió del internado... No conseguimos que lo entendiera. —Entonces miró a su alrededor con el ceño fruncido—. Siempre estaba hurgando en esta habitación, debí imaginar que escondería la lámina aquí. Pero pensé que ya había cubierto bien esta zona y estaba perdiendo el tiempo con la moqueta de la escalera.

Fenway abrió los ojos.

—Belle tenía que saber que yo jamás la llevaría a juicio —replicó con voz monocorde.

—Usted siempre tan amable y considerado, pero ese no era el problema. Mi madre pensaba en mis intereses, en mi renta. La señora Grove no sabía entonces a lo que se enfrentaba pero no tenía ninguna oportunidad. Sin embargo, tras la muerte de Mott se dio cuenta de lo que le esperaba si insistía en tratar de arruinarnos y no entendíamos por qué se empeñaba en continuar así. Lamento que haya perdido a su primo, señor Fenway. —Este seguía mirándolo fijamente—. La cuestión es que ayer le oí hablar con el señor Gamadge y no podíamos dejar que lo contratara para buscar la lámina. Temíamos que acabara encontrándola por casualidad... ¡Y vaya si lo ha hecho! Así que tuve que improvisar y librarme de Mott porque me pareció que suponía un riesgo. Pero no debí ser tan impulsivo. En realidad era más peligroso para nosotros muerto que vivo. —Sus atentos ojos azules se posaron en Gamadge—. Sabe por qué, ¿no?

Gamadge asintió con la cabeza y el otro continuó, en cierto modo un poco avergonzado.

—Fui un idiota. La familia invitaría a Hilda y a los Dobson al funeral de Mott y la señora Grove se enteraría; sabría que iban a salir de Fenbrook y le iría con toda la historia a Fenway tan pronto como estuviera segura de que venían de camino. Ya sabe lo de la trampa; la preparé yo mismo ese jueves por la noche. ¡Qué infierno de viaje! Pero necesitábamos mantener callada a la señora Grove y también una prueba para inculparla si finalmente teníamos que recurrir a la escena que hemos representado esta tarde. ¿Sabe una cosa, Gamadge? Nunca la habríamos convencido de que había una trampa a menos que fuera verdad. Me di cuenta cuando le estaba contando en qué consistía. Después de aquello no podía apartar los ojos del teléfono y jamás volvió a decir una palabra sobre contarle nada a Fenway. Astuta, ¿verdad? Me gustaría saber cómo logró contactar con usted.

—Yo, sin embargo, espero que nunca se entere —repuso Gamadge.

—Le molesta haber perdido a su cliente después de todo, ¿no? Bueno, no tenía ninguna posibilidad. Era consciente de que yo podía llegar a cualquier teléfono antes de que nadie se levantara para impedírmelo. Además, podría haberme enfrentado a todos con una sola mano, incluyendo a Craddock.

Su tono era de pura satisfacción.

—Eso sí que son delirios de grandeza —murmuró Gamadge.

—¡Se equivoca! —le respondió el otro como un resorte—. A mi cerebro no le pasa nada.

Gamadge parecía pensativo.

—Una vida así... no puede sino pervertir el alma humana.

—¡Tonterías! He tenido una vida maravillosa.

—Solo intento encontrar una explicación para su forma de actuar —insistió el primero sin dejar de mirarlo como si tratara de descifrar un misterio.

—Si me escucha, enseguida lo sabrá todo sobre mí y también sobre mi madre. ¿Por dónde iba? Ah, sí, nuestra sorpresa al darnos cuenta hace un rato de que la señora Grove iba a hablar con el señor Fenway a pesar de todo. La razón no nos la podíamos ni imaginar. Por supuesto no teníamos la menor idea de que Hilda había salido de Fenbrook ni de que usted estaba implicado. Pero bueno, hemos seguido adelante con el plan que teníamos ensayado por si llegaba a presentarse una emergencia así, y no pueden culpar a mi madre si luego parecía descompuesta; no es ningún chiste que te disparen en un brazo, aunque te lo esperes. Además, nos hemos puesto algo nerviosos al verlo aparecer en el corredor cuando pensábamos que tenía tiempo de sobra para cerrar la puerta y echar el pestillo mientras el señor Fenway subía las escaleras. Pero al final he logrado bloquear la entrada antes de que llegara y todo lo demás ha salido según lo previsto, nuestra coartada era perfecta... al menos en lo que dependía de nosotros. Pero ya basta de hablar de este tema. —Entonces se giró de nuevo hacia Fenway—. Lo que usted querrá saber, señor, es cómo llegué a

ocupar el lugar de mi hermano hace tantos años. Es una historia muy simple.

»Alden y mi madre habían vuelto a casa después de un viaje a Cannes y estaban solos, con la niñera y un par de sirvientes pero que no vivían con ellos; el señor Cort Fenway estaba ya aquí, en los Estados Unidos. Alden sufrió entonces un gran deterioro, tanto físico como mental. Mi madre hizo llamar a un especialista ruso que estaba entonces en París y que poco después se iría a Suecia, donde murió. El diagnóstico fue fatal: un tumor en el cerebro. No se podía hacer nada, apenas le quedaban unas semanas de vida. Ellos siempre habían sido conscientes de esa posibilidad, desde la primera vez que los médicos valoraron su caso. Mi madre no comentó nada con los criados, no era ese tipo de mujer, y fue una suerte que no lo hiciera porque poco después recibió la noticia de que su marido estaba muy enfermo. Imagínese lo que aquello significaba para ella... todo su futuro. Si Alden moría primero y luego le seguía Cort, el dinero de los Fenway regresaría al conjunto de la herencia. No tenía otra opción.

La voz ahogada de Blake Fenway lo interrumpió.

—Yo habría cuidado de ella.

—Pero a mi madre no le convencía esa idea, señor Fenway. Quizás ella hubiera podido vivir recibiendo una asignación por su parte, pero para mí quería algo más. Quería lo que hubiera sido de Alden tras la muerte de su padre. Nunca dejó de pensar en mí. Por aquel entonces yo vivía en casa de unos campesinos cerca de allí y venía a verme a menudo bajo un nombre falso. Y, si me lo permite, le diré que su hermano la acompañaba muchas veces.

»No creo que nadie pueda, con el corazón en la mano, culparla por lo que hizo. Era como un general del ejército. A la niñera le dijo que Alden necesitaba cuidados especializados, que así lo habían dispuesto los médicos, y que tenía que llevárselo a Suiza, y la envió de vuelta con su familia al norte de Francia. Cuando Alden murió los otros criados no se enteraron. Mi madre lo enterró con sus propias manos en los alrededores. En un hermoso lugar, según me dijo, bajo unos árboles muy grandes. ¿De verdad es algo tan terrible?

»Luego dejó dinero para el servicio, una carta para su administrador y la dirección de una oficina de correos en Ginebra para que le enviaran la correspondencia. En la carta decía que se llevaba a Alden a Suiza por orden del médico y que debían cerrar la casa. Después simplemente cogió sus cosas, las metió en un coche y vino a por mí. Me llevó a un pueblecito cerca de Ginebra y desde allí iba todos los días a la estafeta.

»Cuando llegó el cable diciendo que Cort había muerto, nos fuimos a Austria. Estuvimos viajando por Europa hasta que fui lo bastante mayor para hacerme pasar por Alden. Le sacaba poco más de tres años y los dos nos parecíamos mucho a nuestra madre. Caroline y usted me vieron por primera vez en París cuando yo tenía quince años, señor Fenway; quizá entonces pensó que estaba un poco crecido para mi edad, pero supongo que después de todo se había hecho a la idea de que no sería un

chico normal, ni física ni mentalmente. Nos sentíamos a salvo. No creíamos que aquel médico ruso volviera a cruzarse en nuestro camino y no lo hizo, y para cuando estuvimos listos para ir a París, ya había muerto.

—¿Su madre nunca tuvo dificultades? —le preguntó Gamadge con amabilidad—. ¿Ni siquiera al principio, con un niño tan pequeño? ¿Ninguna en absoluto? ¿A tan corta edad fue usted capaz de mantener un secreto así y de aprender a representar ese papel?

—Durante mucho tiempo solo tuve que mantener la boca cerrada, y era muy capaz de hacerlo. No tardé en aprender la diferencia entre una renta exigua y una generosa, créame. Los niños son los seres más interesados del mundo... después de los perros.

—Si se les adiestra para serlo.

—No hace falta demasiado entrenamiento, estimado señor Gamadge. Y ahora sí, creo que eso es todo.

El hijo de la señora Fenway, muy dueño de sí mismo y aparentemente de la situación, tan orgulloso se mostraba, parecía a punto de darse la vuelta para marcharse, pero Gamadge, con las manos en los bolsillos y los ojos fijos en él como si encontrara en su contemplación un misterioso entretenimiento, lo contradijo.

—No, todo no. Aún no sabemos quién es usted.

—¿Quién soy?

—Eso es. ¿Tiene algún inconveniente en decírnoslo?

—Por supuesto que no. Mi padre era un vividor, creo que el gusto por la aventura me viene de las dos ramas de mi familia. Era un seductor, un bohemio y el único ser humano aparte de mí por el que mi madre se preocupó de verdad. Se llamaba Bargrave, Clyde Bargrave, y ese también es mi nombre. Se conocieron en un rancho para turistas. Mi abuela no quería que estuvieran juntos así que se fugaron a México. Entonces él tenía mucho dinero, no sé por qué, pero luego le cambió la suerte y se largó. Mi madre nunca supo qué fue de él.

»Su madre estaba furiosa, claro, la mandó a Europa y se puso en contacto enseguida con su fiel pretendiente, Cort Fenway. Su hermano se comportó como el caballero que era aunque, si me permite decirlo, creo que en su familia todos lo son. Lo sabía todo sobre mí, por supuesto, y ayudó a mi madre con el dinero y con los visados. Llegué al mundo de contrabando, sin que nadie supiera nada de mí desde ese día hasta hoy... nadie relevante, quiero decir. Puede imaginarse el alivio de la señora Kane solo por poder casar a mi madre en esas circunstancias, ¿con Fenway o con cualquiera!

—¿Y si Cort Fenway no hubiera muerto, señor Bargrave?

—¿Qué quiere decir?

—Podría haber sobrevivido a la enfermedad y al regresar a Francia descubrir que su hijo había muerto y que su esposa lo había enterrado de forma ilegal.

—Bueno, no era más que una remota posibilidad, pero mi madre estaba segura de

que no habría hecho nada. Usted no sabe lo que sentía por ella, pero a lo mejor el señor Blake Fenway puede explicárselo. No habría permitido que me hiciera pasar por Alden, claro, pero la habría ayudado a ocultar las circunstancias de su muerte. Ella le habría dicho que no era responsable de sus actos, que había perdido la cabeza a causa del dolor y la preocupación, por la muerte de su hijo y la enfermedad del propio Cort; no le habría confesado sus planes respecto a la herencia. El hermano del señor Fenway la habría traído de vuelta a casa y dirían a todo el mundo que Alden había muerto en Francia y que lo habían enterrado allí, y que él estaba al corriente desde el primer momento. No suponía ningún riesgo, en tiempos de posguerra nadie se molesta en hacer muchas preguntas. Y luego me habría adoptado y ahora formaría parte de la familia. Lo que hizo mi madre, le ruego que trate de recordarlo, fue en todo caso una falta menor, una cuestión de forma. Respecto a la muerte de Mott, lo lamento de veras, pero ya era un hombre viejo e inútil y ha sido una carga para la familia durante años.

—No es usted quién para juzgar lo que mi primo significaba para nosotros —replicó Fenway—. Esos valores quedan fuera del alcance de su comprensión. Creo que no compartimos las mismas ideas sobre los sentimientos humanos, de modo que lo único que puedo preguntarle, y que me parece que entenderá, es qué habría ganado usted con acabar confinado de por vida en una institución para incapaces mentales. Eso es lo que habría ocurrido si el señor Gamadge no hubiera encontrado la lámina de Fenbrook.

—No tenía otra opción. Desde el momento en que la señora Grove decidió hablar era el sanatorio o... bueno, lo que me espera ahora. Pero mi madre y yo teníamos otros planes para el futuro. No iba a dejar que me llevaran a una sala de observación y quedarme esperando a que me examinara ningún especialista, me habría escapado esta noche. No hubiera sido demasiado difícil. Craddock y Thurley habrían convencido a la policía de que era inofensivo y todos me compadecerían y serían indulgentes. Tenía donde ir y no me preocupaba que me reconocieran. ¿Me habría reconocido usted? —Al no recibir respuesta, continuó—: Mi madre iba a reunirse conmigo en cuanto pudiera caminar. Tenía el dinero que había ido ahorrando y seguro que habría conseguido algo más de usted, lo cual era mucho mejor que nada. Yo tendría que haber cumplido con el ejército, pero eso tampoco suponía un problema; tenía mi documentación, la conseguí aquí mismo, en Nueva York. Nos habría ido bien. —Luego hizo una pausa y su mirada se cruzó con la de Gamadge. Con una especie de humor macabro le dijo—: Es a usted a quien tenía que haber eliminado, pero pensé que después de la muerte de Mott consultaría con el señor Fenway y él lo invitaría a no inmiscuirse en sus asuntos. No sabía que tenía otro cliente en la casa. Aunque anoche sentí como una extraña corazonada cuando lo vi en el rellano de la escalera, como si estuviera preparado para descubrirme. Y lo estaba.

—Me gustaría hacerle una pregunta más, señor Bargrave —repuso Gamadge.

—Tantas como quiera.

—Solo una. ¿Por qué nos ha ayudado contándonos su historia con tanto detalle en lugar de oponer resistencia?

Bargrave pareció quedarse atónito.

—¿Resistencia? ¿Y qué tipo de resistencia podía oponer? Si se refiere a la muerte de Mott, ¿de qué habría servido mentir si no puedo negar que maté a la señora Grove? El teniente me ha dicho que habían encontrado la lámina con la prueba de que yo no era Alden Fenway, por lo que ya no podía excusarme en la incapacidad mental y se me consideraría plenamente responsable de mis actos. Tampoco podía alegar circunstancias atenuantes ni falta de premeditación porque tienen el mensaje de la señora Grove y pueden comprobar que hay una trampa en Fenbrook. No creo que Alice le dijera dónde estaba la lámina, mi madre y yo sabíamos de sobra que estaba tratando de evitar el escándalo y que solo se lo revelaría al señor Fenway, pero sin duda contaría que la estábamos amenazando y que se trataba de una conspiración. Usted tendrá ese mensaje, aunque no sé cómo demonios se las apañaría para escribirlo y enviarlo...

—No hay nada en ninguno de los mensajes que recibí de la señora Grove que pudiera usarse contra usted en un tribunal —admitió Gamadge.

—¿No?

—No.

Bargrave se quedó callado un momento sin apartar la mirada, demasiado furioso para hablar. Luego recuperó la compostura.

—No importa —afirmó—. Me habrían impuesto una larga condena en prisión y no quiero pasar por eso. Prefiero quitarme de en medio como ha hecho mi madre, o al menos lo antes posible.

Entonces hizo el ademán de darse la vuelta para marcharse, pero por desgracia para su pose había olvidado las esposas que ceñían su muñeca. Estas lo retuvieron y lo obligaron a permanecer en el sitio mientras el agente vestido de paisano intercambiaba unas palabras con Nordhall. Gamadge se preguntó si aquellos minutos no estarían siendo los más amargos en la vida del señor Bargrave, pues ni siquiera podía fingir estar allí por decisión propia.

Sin embargo, no pasó mucho tiempo hasta que el prisionero y su guardián abandonaron la biblioteca y el taquígrafo salió tras ellos. Blake Fenway se quedó sentado, mirando hacia la puerta vacía, y hundió la cabeza entre sus manos.

—Un hombre tan joven —se lamentó— condenado a una vida así por su propia madre...

—Por lo que he podido observar, señor —repuso Gamadge— es la que él mismo habría elegido.

—Aún no he... —Fenway alzó un rostro demacrado—. No le he dado las gracias.

Gamadge solo pudo responder sacudiendo levemente la cabeza. Luego salió al vestíbulo, se puso su abrigo y su sombrero y abrió la puerta principal. No le hacía ninguna gracia la idea de salir a la calle porque sabía lo que iba a encontrarse: el

número 24 estaba ya invadido por una muchedumbre de curiosos. Y quizá, con el tiempo, la casa acabara realmente en manos de alguno de ellos, puesto que ningún Fenway querría seguir viviendo allí a partir de entonces.

Capítulo veinte

La última pieza

—¡Bargrave! —exclamó Clara—. Me suena a nombre inventado.

—Sin duda lo es.

Gamadge estaba casi tumbado sobre el *chesterfield*, informando a sus agentes con la ayuda de un whisky con soda bien cargado. Clara estaba sentada a sus pies y Harold y Arline junto al sofá. Estos dos últimos parecían tan cansados como él, pero querían conocer toda la historia.

—El señor Clyde Bargrave padre —continuó Gamadge— no era desde luego un hombre que quisiera verse atado a las responsabilidades convencionales de un hogar. Pero debía tener un encanto extraordinario, no parece que la señora Fenway le guardara rencor por haberla abandonado a su suerte después de la aventura mexicana.

—Espero que el señor Fenway ayude a Craddock y a la señorita Grove.

—Craddock podría seguir trabajando para Fenway —elucubró Gamadge— y ayudarle con ese libro de memorias que tenía pensado escribir sobre su familia.

—¡No creo que aún quiera hacerlo! —exclamó Arline.

—¿Estás segura? —Gamadge giró la cabeza y le dirigió una sonrisa—. No sabes el ansia que despierta en uno la literatura una vez sucumbes a sus encantos. Esas memorias serán el consuelo de Blake Fenway en sus últimos años y la reproducción en color del viejo Fenbrook hará de frontispicio. Craddock y Hilda Grove se casarán y él será, después de mí, el hombre más afortunado de la tierra.

—Llamaré y les explicaré lo del accidente con el trineo —intervino Harold—. No me he sentido tan idiota en mi vida.

—Es curioso —observó Arline— que Craddock llegara a tenerle tanto aprecio a ese Bargrave.

—Bueno, estaba magnífico en su papel de Alden Fenway. Supongo que nació con esa facilidad para embaucar, como su padre. Mott y Caroline, con sus prejuicios, creían que ocultaba algo turbio y Craddock también pensaba que algo iba mal, pero, por sus propias ideas preconcebidas, lo achacaba a la señora Grove. Sin embargo, todos se equivocaban.

—Yo aún estoy algo perdido —admitió Harold—. ¿Cómo supiste quién era tu cliente?

—¿Que cómo lo supe? —Gamadge lo miró fijamente—. ¿De verdad me lo preguntas?

—Pues sí, yo estoy igual que ayer y llegué a una conclusión equivocada.

—Pero sabías que solo podían ser la señora Fenway o la señora Grove.

—Sí, porque todos los demás se comunicaban sin problema con el exterior. Nadie salvo ellas hubiera necesitado lanzar un mensaje a escondidas por la ventana.

—Pues bien, ninguna de las dos podía estar en una situación así sin que la otra lo supiera —le explicó Gamadge— y ninguna podía ejercer ese férreo control sobre la otra sin ayuda.

—¡Ah!

—Empecé a buscar al indispensable cómplice minutos después de entrar por primera vez en ese salón. Debía ser alguien que pudiera estar ahí las veinticuatro horas, pues mi cliente tenía que estar vigilada día y noche. Descarté a Blake Fenway, a su primo Mott y a Caroline, que no pasaban ni mucho menos todo el día allí. ¿Craddock? Su dormitorio estaba en la última planta y parecía ir y venir sin muchas reservas. Si Alden Fenway tuviera la capacidad mental de un adulto, su madre y él podrían controlar a la señora Grove como si la tuvieran encerrada en una celda, como de hecho lo estaba por las noches: pronto descubrí que su habitación se situaba entre las de ellos y que no tenía salida al pasillo. Pero los médicos habían dicho que el cerebro de Alden jamás llegaría a desarrollarse tanto. La pregunta entonces fue inevitable: ¿era ese joven Alden Fenway? Y si no lo era, ¿de quién se trataba? ¿Otro hijo de la señora Fenway? De ser así solo podía ser uno mayor que el propio Alden, pues era posible que tuviera más de veinticinco años pero desde luego no menos. La devoción y la preocupación que Belle Fenway demostraba hacia él eran evidentes, por eso pensé que tenía que ser su hijo.

»¿Y por qué iba esa mujer a perpetrar un fraude así? Recordé que, según me habían contado, Cort Fenway tenía derecho vitalicio sobre la mitad de las propiedades familiares y que, al fallecer él, el capital iría a manos de sus herederos. Pero ¿y si moría sin descendencia? Supuse que, casi con total seguridad, ese dinero no sería para su viuda sino que regresaría a la familia. Es lo habitual en una herencia tan cuantiosa y en este caso además era probable por el hecho de que los padres de él nunca habían aprobado del todo su matrimonio.

»El interés de la señora Fenway en este fraude, si es que lo era, residía en la diferencia entre una renta de varios millones y lo que la familia hubiera querido darle o lo que su marido hubiera ganado y ahorrado en vida. Por lo que me habían dicho sobre Cort Fenway, esta última cantidad no podía ascender a mucho.

»¿Había tenido oportunidad de cometer el delito? Alden y ella estaban en Europa y Cort Fenway en los Estados Unidos cuando este murió. ¿Y si el niño hubiese fallecido primero? Era la única posibilidad que cabía asumir: que el pequeño había muerto antes que su padre, que esa circunstancia se había ocultado y que luego se había llevado a término la suplantación. Después, la historia de madre e hijo parecía envuelta en tinieblas: viajaban, consultaban con importantes especialistas y pasaban temporadas en distintos sanatorios. Pero ¿dónde estaban esos centros y sus expertos? ¿Dónde las historias clínicas? Desde que regresaron al país, al supuesto Alden no lo había visto ningún otro médico salvo el de la familia, que no veía al pequeño de los

Fenway desde que aquel niño enfermo tenía cuatro años.

»Si estaba en lo cierto sobre la suplantación, mi cliente se estaba viendo coaccionada por dos personas sin escrúpulos, una de ellas un hombre fuerte y posiblemente despiadado. Pero ¿de qué tipo de coacción se trataba? ¿La amenazaban con utilizar la violencia?

»No creí que eso fuera suficiente para domeñarla. A menudo había muchas otras personas en el salón, incluso una masajista y un médico; demasiadas oportunidades para hablar con alguien y escapar del peligro. Pero ¿a qué otra clase de coacción podían estar sometiéndola? La primera flecha me dio la clave sobre este punto: Hilda Grove estaba al otro lado de la línea telefónica, en una casa aislada, y aunque no era de su propia sangre, su tía se había preocupado lo suficiente de ella como para acogerla y darle una educación con una renta que, por lo que imagino, no sería muy elevada. Puede que hubiera actuado así movida solo por el sentido del deber hacia la sobrina de su marido, pero su cortante desconfianza no me parecía prueba suficiente de que no pudiera sentir también un afecto sincero por ella.

»En el momento en que me envió el primer mensaje, la situación llevaba en punto muerto casi diez días: si la mataban, no podrían encontrar la estampa de Fenbrook, y si ella no guardaba silencio sobre lo que había descubierto, Hilda moriría. Mientras, Bargrave buscaba la lámina por las noches y la señora Fenway trataba de ablandar el obstinado corazón de su vieja amiga de la escuela. Pero aquello no podía seguir así para siempre, el equilibrio se rompería en cuanto Hilda saliera de Fenbrook. Como sabéis, ellos se habían preparado para esa eventualidad, pero no eran los únicos en haber urdido un plan; la señora Grove se había puesto en contacto conmigo.

»¿Que no le sirvió de mucho? Eso pensé yo cuando vi su cuerpo sin vida en el salón. Pero ella no quería desvelar el secreto delante de mí y solo me quedé para echar una mano si era necesario cuando Blake Fenway recibiera la noticia. Lo malo ha sido que esa pequeña y heroica criatura no temía por su propia vida. Pero gracias a ti, sargento —añadió mirando a Harold—, al final ha logrado liberarse y cumplir su propósito.

—Ojalá hubiera sabido antes que no pretendían que Hilda cayera en ese agujero. He malgastado mucha angustia y mucha energía mental preguntándome cómo y cuándo volvería quien fuera a colocar los suelos en su sitio para borrar sus huellas.

—¿Quien fuera o Craddock...? —apuntó Arline.

Pero Harold la ignoró.

—¿Entonces iban a dejar la trampa así, con la bolsa de costura colgada del gancho, como prueba de lo que fueran a inventarse sobre la señora Grove?

—Sí.

—Con razón todo aquello me ponía los pelos de punta.

—Deberíais haberle visto la cara cuando me ha abierto la puerta allí arriba, en Fenbrook —bromeó Arline—. Creía que iba a saltar sobre mí para estrangularme.

—Pensaba que eras alguien que venía a pedirle a Hilda que fuera a buscar esa

bolsa de costura.

Clara había fruncido un poco el ceño.

—Henry —le dijo a su marido—, cuando la señora Grove tiró la primera bola de papel por la ventana, no te conocía de nada. Los Fenway no esperaban entonces tu visita, no creo que hablaran mucho de ti.

—No cielo, no creo.

—Entonces, ¿cómo sabía que entenderías su mensaje y que conseguirías llegar hasta ella? ¿Cómo sabía que te interesarías si quiera por todo esto?

Gamadge sonrió.

—Blake Fenway me dijo que tenía mis libros. A lo mejor los había leído.

—¡No pudo deducir todo eso solo con leer lo que escribes!

—Sin embargo, dicen que una obra literaria siempre revela algo sobre su autor. A lo mejor la mía le dijo que siempre doy respuesta a mis cartas.



ELIZABETH DALY (Nueva York, 1878 - Long Island en 1967), fue una escritora estadounidense.

Hija de Joseph Francis Daly, juez del Tribunal Supremo de Nueva York. Estudió en el Bryn Mawr College de Pennsylvania donde se graduó en 1901, terminó sus estudios en la Universidad de Columbia en 1902. Fue profesora de inglés y francés en el Bryn Mawr hasta 1906. En esa época escribe obras de teatro. Escribía también en revistas y en 1930 hace un primer intento de escribir novelas policíacas, sin éxito.

En 1940, con 62 años, publica el primer libro de la serie de Henry Gamadge e interrumpe la serie en 1951, tras haber publicado 16 títulos.